

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 24.

NUM. 279.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSÉ LÁZARO**

—————

MARZO 1912

—————

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y enquad. de V. Tordeillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

# BUENOS AIRES

---

La impresión de la noche, a la llegada, por la magnífica Avenida de Mayo—estrecha ya para las necesidades actuales de la gran urbe,—se confirmó de día, cuando nos asomábamos por primera vez al balcón del Hotel Castilla: impresión de gran ciudad animada, ruidosa, de movimiento intenso, febril. Y esa impresión persiste, cada vez más afirmada, cuando paseamos por las calles, avenidas, plazas y parques, y nos acercamos a las estaciones de los ferrocarriles. El cruzar de coches y de autos es incesante, incesante el paso por las numerosas líneas de tranvías, con las columnas nutridas de gentes que, sobre todo, a ciertas horas, caminan por las aceras o veredas—como allá dicen—de las calles. Es la visión de París, de Londres, de Barcelona, de Madrid, pero con su carácter propio, local.

Los visitantes extranjeros de Buenos Aires suelen preguntarse por la sensación que suscita la capital del Plata. Trátase, en rigor, de un fenómeno psicológico que ocurre siempre que se visita por primera vez una población. La representación imaginativa de otras surge espontánea, para definir la sensación del momento, por las analogías y las diferencias con las que uno ha visto y vivido hasta entonces. Pero la pregunta se formula con reflexión particular al visitar Buenos Aires, por diversos motivos. De una parte, por la curiosidad natural que

en un europeo despierta la contemplación de estas ciudades, más nuevas, como centros de vida intensa, sin la larga tradición de las grandes formaciones urbanas de los pueblos viejos. ¿Surge en ellas el ambiente de las ciudades de mucha historia? ¿Tienen el refinado elegante, de señorío, que se advierte en los focos de luz y de vida que han elaborado, y mantienen e impulsan la civilización moderna en Europa? Porque la ciudad ha sido el conductor de la cultura humana que ha llegado a dominar el mundo. Y aunque en la época contemporánea el crecimiento de la ciudad—el surgir de la gran ciudad—es un fenómeno característico del movimiento social y económico, capitalístico y mecánico, moderno, sin embargo, el proceso de iniciación y de formación ha tenido que ser en Francia, Inglaterra, Italia... pueblos de vieja historia, y de larga tradición cívica y municipal, distinto de como ha debido ser en la Argentina, país nuevo, que se alza trabajosamente en el misterio de una llanura inmensa, y que recientísimamente llega a una vida de economía social y de cultura progresiva, merced principalmente a empujes de factores cosmopolitas que acuden al Plata, con la emigración de gentes formadas en el ambiente europeo.

Por otra parte, el argentino, y más insistentemente, el de Buenos Aires, os brinda afanoso el tema de las comparaciones: hay en él un ingenuo anhelo por saber, de labios europeos, si Buenos Aires os da la impresión de la gran ciudad moderna, viva, fuerte, cómoda, agradable, atractiva. ¿Recuerda por algún lado Londres, París, Madrid, Barcelona? ¿Y el puerto? ¿Y el movimiento de las calles? ¿Y la animación de la calle Florida? ¿Y el paseo en el hermoso parque Palermo?... Irremediabilmente—es ello hasta un goce estético,—hay que comparar y afinar. La cortesía, la correspondencia al modo abierto, franco, con que se os recibe, imponen el análisis de vuestra sensación, que, por lo demás, entrañará para un español cierto especial placer naturalísimo. Porque ningún extranjero me parece que puede *sentir* a la manera que siente un español. Bue-

nos Aires: acaso el español es quien en mejor situación está para penetrar en el fondo del sér colectivo de la extraordinaria ciudad cosmopolita. Entre otras cosas, porque no podrá menos de ver allí algo muy *suyo*, muy de su alma, de su representación en el mundo: la labor de expansión cultural que tiene en la raíz primaria la sabia de su raza, la quinta esencia de un espíritu que se genera primero en Andalucía, en Castilla, en las tierras bascas, en Valencia, Cataluña, Asturias... en España en suma: espíritu que tiene y tendrá su gran función en el mundo, pese a nuestro descenso actual: ¿Demostración?... ¡Buenos Aires!

Sí, señores argentinos; nosotros sentimos como nuestro vuestro orgullo cívico; y lo sentimos con la intimidad con que nadie quizá más que nosotros es capaz de sentirlo, porque tiene por asiento la sensación una base psíquica común con la vuestra—el alma histórica,—y un medio de expresión común también, el habla de Castilla.

Pero ¿a qué gran ciudad se asemeja Buenos Aires?

Un viajero ilustre que visitaba de conferencista el Plata cuando por allá andábamos—M. Clemenceau,—afirma que la Avenida de Mayo recuerda *Oxford Street*, de Londres (1): la semejanza me parece bien determinada. Hay, sin duda, en Buenos Aires, algo de Londres, por el tono de sus edificios en esa parte renovada, y por la aglomeración de gentes de negocios en los centros de la vida bancaria. Otro visitante francés (2), escritor ameno, advierte que Buenos Aires no evoca ninguna ciudad, hablando propiamente; tiene bastante de muchas: de Londres, de Viena, de Nueva York... de París «por su hermosa Avenida de Mayo, sus aceras espaciosas y sus cafés con terrazas... de España entera, por sus casas de lisas fachadas, de ventanas enrejadas y por lo que queda de suciedad en ciertas ca-

---

(1) G. Clemenceau: *Notes de Voyage dans l'Amérique du Sud*, página 27.

(2) Huret: *De Buenos Aires al Gran Choco*, pág. 44.

lles apartadas». No puede uno menos de admirar cómo afina el escritor su puntería, sobre todo en lo de la «suciedad» de ciertas calles apartadas, no demasiado limpias por lo demás en muchas ciudades, París inclusive, que no es, á mi juicio, más limpio en general que Buenos Aires.

Sin duda, la capital argentina, tiene parecido exterior con muchas ciudades europeas; es una ciudad europea desde el punto de vista del movimiento y del aspecto... municipal. En el primer instante me recordó París, por la Avenida de Mayo y aun por la hermosa calle de Callao; a la mañana, en las horas de trabajo, de vida mercantil, de fiebre de negocios, por las calles de Reconquista, 25 de Mayo, Bartolomé Mitre—al principio—y cerca de la Plaza de Mayo, donde se alza el palazote de Casa Rosada—casa de Gobierno,—con los Bancos, las Agencias de vapores, de venta o especulación de tierras, escritorios de abogados, etc., etc., en la «City» estricta, Buenos Aires recuerda perfectamente Londres, el Londres de la *City*, bien entendido. A la caída de la tarde, por la calle Florida y las que la cruzan, Buenos Aires es puro y neto Madrid; el Madrid de la Carrera de San Jerónimo... Y ahondando en el análisis, a medida que se vive y se penetra, el cimiento de la ciudad es genuinamente español; sobre todo *español*. ¡Y tanto!

Si los extranjeros no españoles no pueden tener la sensación verdad de Buenos Aires, es porque no son españoles; es Buenos Aires español, por la estética, no precisamente de «las fachadas lisas y la suciedad de ciertas calles apartadas», sino del carácter, de la animación, del ruido, del ambiente, de los gritos que se escuchan, en el vocear de los periódicos, en el modo de anunciarlos, en lo mismo que se vende por los golfillos.

—¡El retrato de Canalejas! ¡Veinte centavos!—¡La revolución de Barcelona con la expulsión de los frailes!—se oía en los meses de mi estancia en la capital argentina.

Yo me imagino que un francés, un italiano, un alemán ó un inglés, tienen que vacilar para recibir y definir su sensación. ¿Qué es este pueblo, se dirá? El cosmopolitismo de su compo-



sición, más es para despistarle que para sosegarle. Un español no tiene que hacer esfuerzo alguno de adaptación; está en Buenos Aires—y en toda la Argentina—como en su casa. Si acaso, la perturbación le vendrá de la dificultad, acaso insuperable, de *regionalizar*; Buenos Aires, ¿es andaluz, madrileño, ó qué? Las casas bajas, de un piso, los patios; todo el tono general de la edificación es del Sur de España. Visto Buenos Aires desde la torre del Hotel Majestic—una llanura inmensa, cuyos límites no se delínean, cubierta de azoteas blancas, recortadas, interrumpidas por torres y algunas cúpulas,—Buenos Aires, digo desde allí, recuerda Cádiz—enorme... Las proporciones gigantes de la ciudad argentina sólo se calculan desde una altura... Y desde ella, hablando con el argentino que, en vuestra lengua os llama la atención sobre el esfuerzo que supone aquel océano de edificios, con la marea humana rugiendo abajo, un español—y sólo un español—tiene que sentir cierto orgullo animador, a la vez que su alma se tiñe de renovador optimismo.

Tiene razón el argentino. La obra de europeización del Plata es evidente. Su ciudad es más europea que Río Janeiro; no es tan pintoresca, pero da más intensa la impresión del avance de América hacia la cultura que domina en el mundo contemporáneo. Y el español de acá no puede menos de ver con regocijo, que su raza, en Europa debilitada, resurge allá, potente, con fuerza bastante para fundir en una nueva formación étnica—como los anglosajones del Norte de América,—las heterogéneas corrientes que lanza a la Pampa la miseria, el descontento y la expansión cultural, económica, industrial de tantas regiones europeas.

Al pronto extraña, cómo algunos visitantes y cronistas de la Argentina—no españoles—pasan por Buenos Aires sin fijarse demasiado en la fuerza económica y social que nuestros compatriotas representan en la gran República. Bien mirado, ello se explica, en buena parte quizá, por cierto prejuicio desfavorable con que los cronistas y visitantes no españoles suelen

considerarnos; es una moda ahora, de cuya existencia y predominio somos nosotros harto culpables. Pero fuera prejuicios, deben tropezar con la dificultad que para ellos seguramente entraña el distinguir lo español y al español en la masa argentina. El español se *hace* argentino a poco de llegar, el francés no se puede argentinizar sino en sus descendientes; el italiano quisiera más bien italianizar lo argentino. ¿No? Ya un distinguido escritor argentino, el Sr. Rojas, ha sabido parar la atención en tan singular síntoma, recordando en su interesante *Restauración Nacionalista* algunas típicas indicaciones. Véase la muestra: «El profesor Nitti, economista napolitano, dice: «Si sabemos osar, la lengua y el nombre de Italia, dentro de algunos años, se difundirán en un continente inmenso donde el porvenir nos pertenece.» «En tanto que Colonia sin bandera—copia el doctor Rojas de M. René Gonnard (1),—la Argentina es, pues, para Italia una de las mejores colonias posible... Los italianos de la Argentina pueden aspirar a ser el elemento preponderante en la Argentina, al menos en ciertas provincias, y a obtener para la lengua de Dante, en la América del Sur, un puesto oficial al lado de la lengua de Cervantes» (2).

Y esto los latinos; porque la *argentinación* del elemento alemán ó inglés tiene que presentar y presenta, de hecho, más fuertes dificultades.

\* \* \*

Pero la analogía con lo español, o mejor, el ambiente español que uno respira en la capital del Plata, no borra su marcada originalidad: una originalidad extraordinaria, que se manifiesta con empuje de gigante. Tiene, sí, Buenos Aires, mucho nuestro, sintetiza lo español más quizá—fuera de Madrid, que ninguna otra población de España, tocadas siem-

(1) *L'Emigration Européenne au XIX siècle.*

(2) V. Rojas: *La Restauración Nacionalista*, pág. 342, nota 2.

pre del carácter regional respectivo; pero tiene muchísimo más *suyo*; de su propia formación cerca de un gran río, dominando la Pampa, llave de las más admirables partes de un gran continente, con una historia propia de luchas y de condensaciones económicas. Recuérdese que no hay en España una ciudad de aquella posición, ni de aquella fuerza juvenil, ni de tan enorme acción expansiva. Sólo París, entre las ciudades latinas, supera a Buenos Aires en población; en lengua castellana no hay ninguna que la iguale. Tiene el doble que Madrid, y crece con una rapidez que asombra, como veremos. Y por eso, para nosotros, los del solar europeo, que conservamos su pasado y podríamos —¡qué admirable programa!— ser los guardadores de su espíritu, como depositarios del alma de la raza, Buenos Aires ofrece el excepcional y curiosísimo fenómeno de una ciudad enorme, inmensa, que camina sin cesar, conquistando la llanura, un tiempo inaccesible, formando, sobre la base de cuanto hemos sido, uno de los centros propulsores más poderosos con que hoy la humanidad se honra, generador de una civilización nueva, y la cual ciudad, llena de vida, loca de optimismo, canta su epopeya de grandezas, de expansión económica, de utilización de toda la técnica del progreso material universal, en el idioma que se habla en la austera y despoblada, y a veces desolada llanura castellana.

Los grandes negociantes ingleses, los comisionistas y viajeros de Alemania, los importadores franceses, tienen que aprenderse la lengua del buen hidalgo manchego, para enriquecerse en la orilla del Plata.

El momento actual de Buenos Aires tiene mucho de simbólico, de un simbolismo subjetivo en grado extremo. Es el símbolo de un imperio posible que se dibuja aún como un ideal, pero de realidad segura. Falta todavía el imperio de que debe ser cabeza la gran capital; pero se ve en la perspectiva de un porvenir dado ahora ya como un dinamismo que, fatal y dichosamente, empuja al presente. Se forja el imperio hoy en la atracción de la Pampa; de los bosques del Chaco, más

tarde; de los misterios del Sur hacia la Patagonia, por las vertientes de los Andes... hasta donde el cálculo de las provisiones puede llegar, Buenos Aires tiene garantida la función de impulsor de un mundo lleno de savia y de riquezas. Y luego, analizando la composición actual de la capital Argentina, adviértense todas las indicaciones del centro propulsor en nuestros tiempos. Símbolo, entraña como tal, una rica síntesis de símbolos especiales. Y ello no obstante cierta impresión de nomadismo, de campamento en marcha que, más aún que la estructura material de la ciudad, produce su psicología; todo es allí o parece ser un vivir tan inquieto, con un hacer y rehacer de calles, plazas y fortunas, que se imagina uno hallarse en el centro de una de esas grandes masas que en la Historia han invadido la costa mediterránea y las tierras del Sur de Europa. Todo se mueve y todo parece movedizo, en un movimiento de avance con la maravillosa disposición de espíritu de quien a todo se atreve para lograrlo todo. Si hiciera falta, Buenos Aires no dejaría en sus calles y avenidas piedra sobre piedra; reedificaría cuanto fuere preciso para convertir la ciudad en la mejor del mundo; no tiene otra ambición colectiva más impulsora y determinante. Ya veremos cómo este sueño no es precisamente un sueño, sino, hasta cierto punto... un proyecto.

Pero en medio de esa naturaleza movediza, ofrécense formas definidas, actuantes, que dibujan una como línea ideal de condensación del proceso urbano, y que son las manifestaciones indicadoras de la gran ciudad que pretende ejercer y ejerce una hegemonía en la creación nacional de la Argentina.

He aquí esas manifestaciones verdaderamente simbólicas:

El *Puerto*, los *Bancos*, las *Escuelas*, la *Prensa*. Esto aparte de aquellas otras indicaciones que se concentran en Buenos Aires, como asiento de la capitalidad federal, y en las cuales se concretan las funciones generales del Gobierno nacional, el Congreso, la Casa de gobierno, los Tribunales, el Consejo nacional de Educación, la Facultad de Medicina, la Penitenciaría...

## El Puerto.

Es, naturalmente, lo más característico y saliente de Buenos Aires. Derivado de la situación sobre el inmenso río, cerca del Atlántico, recibiendo las vías pluviales naturales, en que se vierten las aguas de tan rica extensión de un continente, el puerto es la explicación geográfica de la formación de aquella gigantesca aglomeración de gentes. En cierto modo, la historia del puerto es la historia del proceso económico y sociológico de Buenos Aires: en rigor esta ciudad es el primer puerto de salidas y entradas, implicado en la conquista de la Pampa por el hombre y para el hombre, problema fundamental y acicate de la Argentina, y la explicación suficiente—de infraestructura—de su existencia nacional en el mundo.

La ciudad, por otra parte, se apoya en el puerto como en su asiento propio y natural, inmenso hoy desde el Riachuelo hacia adentro, río arriba, sin límites, puede decirse, y luego río abajo—el espacio sobra para todo desarrollo.

Allá, en el Riachuelo, comenzó la vida.

En cierta ocasión, visitando la ciudad con el distinguido caballero D. Manuel Güiraldes, Intendente municipal, al recorrer el Parque Lezama, cercano al puerto, y en un alto que permite una larga vista de la población que sigue al río, nos indicaba nuestro amabilísimo guía:

—Cuando los españoles desembarcaron por primera vez en esta tierra con Mendoza, se establecieron allá abajo, en esa hondonada, donde está la boca del Riachuelo, terreno pantanoso y sin defensas.

Fué en 1536 cuando Pedro de Mendoza eligió para abrigo de sus naves el pequeño puerto de *Riachuelo de los Navíos*. Dícese que cuando en 1538 llegó a aquellas regiones el genovés Pancaldo, el Puerto de Santa María de Buenos Aires, situado media legua arriba de la entrada del Riachuelo, se reducía a

un miserable conjunto de ranchos cubiertos de paja, pasto a menudo del incendio o juguete de las aguas, con una iglesia de madera y una fortaleza que se formara con la nave *Trinidad*, varada en tierra (1). Despoblado Buenos Aires por disposición de Irala, y porque entonces la atracción sugestiva de la conquista se ejercía río arriba, hacia el Paraguay, en busca del Perú y de *El Dorado*, al volverse a fundar por Juan de Garay, en 1580, se reconstruyó el puerto cerca de una fortaleza con baluartes de tierra, que en 1688 se rehizo con piedra y ladrillo. En 1663 el Adelantado Saavedra levantó la primera Aduana. Hacia 1770 proponíase la construcción a lo largo del Plata, a fin de no tener que entrar en el Riachuelo, de uno de los muelles y malecones. En 1771 proyectóse un dique en el bajo de la calle de Corrientes; en 1796 se hizo el dique, de 35 metros, hacia Barracas; en 1802 se empezó el muelle de piedra, de 720 metros, destruído por un temporal en 1805. En los tiempos difíciles que acompañan y siguen a la guerra de la Independencia, poco puede hacerse en el puerto.

Realmente, según afirman los Sres. Urien y Colombo, antes de 1876 Buenos Aires no tenía verdadero puerto. «Las operaciones de carga y descarga de los buques cuyo calado no permitía la entrada al Riachuelo, se hacían en la rada o en la playa, por medio de lanchas o de carros, que se internaban en el río» (2). A muchos españoles de los residentes en la gran ciudad, que pone su mayor orgullo en el puerto actual, les oímos referir cómo se dejaba el barco por la lancha, y cómo se tomaba en medio del río, a bastante distancia de tierra, un carro, que poco a poco se acercaba a la ciudad por medio de las turbias aguas del Plata, allí por donde ahora llegan los trasatlánticos de diez o doce mil toneladas.

En 1874 se abordó resuelta y científicamente el problema

---

(1) V. Pelliza: *Historia Argentina*. 1, cap. I.—Urien y Colombo: *La Argentina en 1910*, II, pág. 42.

(2) Obra citada, II, pág. 53.

de un puerto para Buenos Aires, que respondiera a las necesidades del comercio universal. El nombre del ingeniero Hergo va unido a los estudios y a la construcción del puerto del Riachuelo. Empezaron las obras en 1876, y en Julio de 1877 las lanchas podían entrar y salir por el canal en cualquier estado de las mareas. En 1878 se declaró abierto, y entraron en Riachuelo buques de Ultramar. Hasta 1886 se gastaron 3.316.400 pesos oro. Pero este era sólo un primer paso: faltaba continuar por el Plata; en 1888, inicióse la construcción del que hoy llaman Puerto Madero, que es, con el del Riachuelo, el gran puerto, que pone en comunicación a Buenos Aires con el mundo. Puerto Madero costó unos 37.000.000 de pesos oro: se emplean en el dragado alrededor de 1.200.000 al año, subiendo los gastos de administración a 1.500.000, y representando los intereses y amortización del capital invertido unos 2.142.000 anuales.

Contemplando el puerto hoy, es de una extensión enorme: de un lado está el de Riachuelo, con calado de diez y ocho pies, y que corre con el río la parte Sur de la ciudad, con 4.500 metros de muelle de madera en la ribera Norte: es aquello como un gran complemento y auxiliar del puerto de la capital propiamente dicho; el movimiento es incesante, y por aquella parte Buenos Aires ofrece el aspecto de las cercanías del puerto de Londres: sucio, polvoriento todo, con constante ir y venir de carros, y con almacenes enormes y buques numerosísimos. Basta ver el plano de Buenos Aires para comprender la importancia de esta parte; las calles afluyen, pobladísimas, a las márgenes del Riachuelo. Y la población sigue por el partido de Barracas al Sur o Nicolás Avellaneda—un arrabal de Buenos Aires con cerca de 90.000 almas (censo de 1909, 87.031).—El puerto de la capital se extiende á lo largo del Plata, desde el Riachuelo hacia arriba, en el saliente que forma la entrada del citado río por el lado Este de la ciudad, en dirección hacia el Norte y entre dos grandes dársenas, Sur y Norte, comprendiendo estas dos dársenas cuatro

diques intermedios, y estando defendido todo el puerto por un malecón de 4.740 metros. La extensión y proporciones del puerto de la capital las indican estas cifras:

|                     |        |             |        |      |             |           |
|---------------------|--------|-------------|--------|------|-------------|-----------|
| <i>Dársena Sur:</i> | largo, | 930 metros; | ancho, | 120; | superficie; | 111.600   |
| Dique núm. 1:       | »      | 570         | »      | »    | 160;        | » 91.200  |
| Dique núm. 2:       | »      | 570         | »      | »    | 160;        | » 91.200  |
| Dique núm. 3:       | »      | 690         | »      | »    | 160;        | » 110.400 |
| Dique núm. 4:       | »      | 630         | »      | »    | 160;        | » 100.800 |

*Dársena Norte:* forma un gran polígono irregular, con acceso al Canal del Norte, por una abertura de 100 metros; su superficie en agua es de 154.000 metros cuadrados.

Las condiciones generales y de explotación del puerto se señalan con estas indicaciones. Tiene una superficie total en agua de 660.000 metros cuadrados; un calado medio de 7 metros a cero de la escala; posee muelles útiles para el comercio o movimiento en línea de 9.790 metros; las vías férreas y de tracción al servicio del puerto llegan a 93 kilómetros; el acceso al mismo se efectúa por dos grandes canales: el del Sur, que parte del Riachuelo y tiene 10.700 metros de largo y 18 de profundidad, y el del Norte, que parte de la dársena Norte y tiene una extensión de 9.800 metros y 21 de profundidad; ambos están valizados; además, el puerto tiene dos diques de carena: uno de 150 metros y otro de 180, y dispone de depósito de vagones de unos 12 kilómetros de extensión. El movimiento de grúas, puentes, esclusas y demás se efectúa por la fuerza hidráulica que suministran dos grandes fábricas.

La marcha del puerto puede imaginarse comparando estos datos: hacia 1880, los vapores de Europa llegaban a Buenos Aires cuatro veces al mes; el comercio general se hacía en buques de vela; en 1902, el número de buques de vapor y de vela que entraron y salieron de Buenos Aires fue de 26.668 con 8.910.766 toneladas de registro total; en 1908, los buques llegan á Buenos Aires de todas las partes del mundo:

|                   |        |     |           |                        |
|-------------------|--------|-----|-----------|------------------------|
| Entraron ese año. | 12.444 | con | 7.555.574 | toneladas de registro. |
| Salieron.....     | 12.671 | con | 7.562.055 | »                      |



En 1887, Buenos Aires ocupaba el duodécimo lugar en importancia entre los puertos del mundo, con un tonelaje anual de 5 millones; ahora pasa de los 15 millones.

En mercancías representa el tráfico de Buenos Aires, según las cifras del año 1909, lo siguiente:

|               |                        |
|---------------|------------------------|
| Entradas..... | 241.007.773 pesos oro. |
| Salidas.....  | 173.076.319       »    |

Los cuatro diques, las dos dársenas y los dos diques de carena que forman hoy el puerto de la capital, constituyen un puerto capaz para 20.000.000 de toneladas de tráfico, al que habría que añadir 1.200.000, en que se calcula el movimiento anual del Riachuelo (1).

La silueta del puerto ofrece, a través del bosque de mástiles y de cuerdas, las construcciones características de los *Elevadores de granos* y del *Mercado Central de Frutos*; aquéllos en línea, como enormes torreones oscuros, que se levantan a lo largo de los muelles; éste una mole inmensa de ladrillo que cierra largo trecho el paso, y limita el espacio; construcción pesada, sin gracia, pero con expresión de vida, de la vida más concentrada del comercio argentino. Los elevadores son los que permiten que el comercio de exportación de granos—tan importante en la Argentina—pueda hacerse con la rapidez necesaria. Sin ella, la aglomeración de los vagones en la época de las cosechas haría imposible el movimiento. Más de 400 se descargan entonces por día; el Elevador—que tiene capacidad para 30.000 toneladas de cereales a granel, y sus graneros que recogen 55.000 en bolsas, despeja rápidamente las vías y consiente la renovación rápida del material rodante. Para formar idea de la totalidad de este gran auxiliar, bastará saber que las elevadoras costaron 5.000.000 de pesos oro; que su capacidad de depósito alcanza á 200.000 toneladas. La Sociedad de Molineros y Elevadores de granos tiene un gran moli-

(1) Urien y Colombo. Ob. cit. II, pág. 56-57.

E. M.—Marzo 1912.

no en condiciones para convertir diariamente en harina 500 toneladas de trigo, o sea 8.000 bolsas.

Si el Puerto es lo más simbólico de Buenos Aires, el *Mercado Central de Frutos* es lo más simbólico del Puerto, y a través de él, de la Argentina entera.

Lo gigantesco de la República—que se vislumbra en las dársenas y diques, y se revela en los elevadores, quedando sus líneas siempre en el misterio de las llanuras pampeanas, que desde Buenos Aires mismo empiezan y se pierden luego, sin que uno pueda darse cuenta de su oleaje de vida, en su soledad imponente,—lo gigantesco, digo, proyéctase con fuerte relieve en aquel monstruo que traga constantemente cuanto allí, en el misterio de la tierra, se produce: un edificio de cuatro pisos, construído de ladrillo y hierro: es su inmenso dock, uno de los más grandes del mundo; está situado en términos de Barraca, al Sur—hoy Avellanada;—ocupa una extensión de 152.000 metros cuadrados; posee 72 grúas y ascensores que comunican los diversos pisos; lo cruzan tres líneas férreas, por las que se mueven numerosos vagones; sus depósitos alcanzan una capacidad de 26 millones de kilogramos: ocasión hubo en que se encontraron en sus almacenes unos 18 millones de kilogramos de lana, con más 700 vagones de lana, también para descargar —unos 2.200.000 kilos más,—recibiendo en el año unos 150 millones. Es el Mercado —que costó a la Sociedad constructora más de 4 millones de pesos oro —un centro intensificado de vida mercantil: gran depósito, Bolsa de Comercio, allí se efectúan las compras y ventas de los frutos del país; en unos almacenes se apilan en ringlas interminables, a todo lo alto posible, fardos de lana, de pieles de carnero, cueros de vacas y caballos, paquetes de plumas de avestruz; en otros se levantan enormes pilas de sacos y toneles de grasa: todo llega del interior de la tierra argentina, y todo espera el momento en que la máquina lo lance a la bodega del buque que ha de trasladarlo a los mercados principales europeos. Recorriendo las naves de estos Mercados de frutos — otro magnífico hemos visto detenida-

mente en Bahía Blanca, — se tiene la visión exacta de la economía nacional argentina, y a través de ella, la de su geografía y la de su psicología; geografía de país granero y ganadero — con toda la estética de los inmensos campos de trigo, los prados interminables, los alfalferos inmensos, las Estancias, las cabañas, los rebaños en el medio monótono de la Pampa, — y la psicología que se sintetiza en lo que puede ser un pueblo de traficantes, de especuladores, que giran sobre el trabajo duro de una masa que labra una nación futura, en atmósfera de delirio de grandezas... La expresión que entrañan los Elevadores y el Mercado necesita, para ser completa, el rasgo fisiológico que ofrecen los grandes *Frigoríficos*: están cerca; hacia el Riachuelo: en uno de ellos, la *Negruta*, trabajan unos 700 obreros, y mata y prepara por día 2.500 corderos y 250 toros. Año ha habido en que se exportaron congelados a Europa 100.000 toros y 600.000 corderos; en otro, que ocupa 125.000 metros cuadrados, la producción es enorme: en las cámaras frigoríficas pueden congelarse 7.000 novillos y 70.000 capones; el caño que en forma de serpentina sirve el amoníaco necesario á los cuatro pisos de que consta el edificio, hace un recorrido que representa unos 96 kilómetros.

¡Todo es enorme! La proporción de enormidad, que parecía reservada al esfuerzo anglosajón en Inglaterra, y, sobre todo, en los Estados Unidos, tiene en tierra de latinos, de españoles, su expresión gigante en Buenos Aires. Corona allí la raza, que realizó la epopeya de la conquista su obra, en una labor digna de los movimientos intensos y concentrados de la vida contemporánea... ¡Todo es enorme! La impresión del Puerto continúa en los *Bancos*.

### Los Bancos.

No podían menos de existir numerosos. Toda la complicada y fuerte maquinaria económica y social que se concentra en Buenos Aires y se desparrama por 3.000.000 de kiló-

metros cuadrados, con fuertes núcleos en el Río, sobre el Océano, en el Norte, hacia el Chaco, por las vertientes andinas, hacia el Sur, avanzando a la conquista de la Patagonia, necesitaba grandes impulsores bancarios, grandes facilitadores de capital, esto es, saltos de agua con turbinas de  $n$  caballos de fuerza, para mover la maquinaria agrícola y poner en actividad fecundadora tierras, animales, barcos, fábricas, ferrocarriles y... hombres.

Es lo que más pronto se ve y se comprende al recorrer Buenos Aires: la vida febril, intensa, de los Bancos: son muchos; se concentran en la *City*, desde la plaza de Mayo, por las calles de Veinticinco de Mayo, Reconquista, etc. Hay, según parece, 22 Bancos, y con ellos facilitan la vida comercial una *Bolsa de Comercio*, la *Clearing House* y la *Bolsa de Cereales* (1).

Naturalmente, no he visitado todos los Bancos de Buenos Aires; pero la impresión estética, la sensación de lo que representan y son, en la vida argentina, la he recogido recorriendo las dependencias de los dos principales: el de la *Nación* y el *Español del Río de la Plata*, y luego las de un Banco más reciente, que revela una nueva intensificación de fuertes impulsos: el de *Galicia y Buenos Aires*. El *Banco de la Nación Argentina* cítase como el primero: su instalación es soberbia, lo mismo en sus salones de juntas y Secretaría, que en los locales destinados á las relaciones con el público; la Caja, que tenía en depósito más de 300 millones de pesos argentinos, es amplia y desahogada; tiene el Banco su Restaurant, donde, por 2 pesos, si no recuerdo mal, se sirve á sus empleados excelente almuerzo. El Archivo, curiosísimo, limpio, admirablemente ordenado por el sistema de papeletas, que permite conocer al minuto el movimiento del Banco en cualquier día de los diez y ocho años que lleva de existencia.

---

(1) De la potencia financiera que los Bancos de Buenos Aires representan puede dar idea este cuadro estadístico, que tomo del *Anuario de la Ciudad de Buenos Aires* (1909).—Véase el cuadro inserto en la pág. 21

**Situación de los Bancos de Buenos Aires en 31 de Diciembre de 1908.**

| BANCOS                                | DEPÓSITOS         |                    | DESCUENTOS        |                    | CAJAS             |                    |
|---------------------------------------|-------------------|--------------------|-------------------|--------------------|-------------------|--------------------|
|                                       | Pesos oro.        | Pesos papel.       | Pesos oro.        | Pesos papel.       | Pesos oro.        | Pesos papel.       |
| Español del Río de la Plata.....      | 2.266.853         | 132.704.965        | 1.918.126         | 125.532.336        | 1.982.202         | 41.914.203         |
| Francés.....                          | 5.977.356         | 45.609.749         | 5.176.711         | 55.903.074         | 3.454.804         | 10.034.313         |
| Alemán de la América del Sur.....     | 860.378           | 5.027.268          | 1.431.142         | 8.657.384          | 378.056           | 1.618.110          |
| De Londres y del Río de la Plata..... | 6.119.626         | 123.599.072        | 4.941.642         | 80.933.921         | 9.550.842         | 41.727.210         |
| Nuevo Italiano.....                   | 457.332           | 23.873.045         | 790.408           | 21.344.196         | 56.481            | 4.775.675          |
| Popular Argentino.....                | 87.113            | 9.263.560          | 1.762             | 16.499.047         | 109.317           | 3.116.963          |
| Alemán Trasatlántico.....             | 1.188.206         | 34.737.588         | 4.392.954         | 32.342.503         | 1.786.075         | 10.295.002         |
| De Italia y del Río de la Plata.....  | 1.799.135         | 75.038.085         | 4.087.982         | 55.946.415         | 2.976.863         | 14.883.774         |
| De Londres y del Brasil.....          | 691.035           | 8.194.682          | 2.230.375         | 8.076.179          | 785.267           | 2.937.389          |
| De la Nación Argentina.....           | (1) 5.290.593     | 234.176.860        | (1) 2.042.738     | 244.752.938        | 22.696.191        | 67.853.421         |
| Británico de la América del Sur.....  | 780.477           | 36.590.801         | 2.372.326         | 30.373.280         | 2.601.730         | 8.410.589          |
| Anglo-Sud-Americano.....              | 724.955           | 6.917.219          | 813.681           | 16.682.053         | 444.888           | 2.944.299          |
| De Crédito Argentino.....             | 4.192             | 968.106            | 127               | 1.285.859          | 1.265             | 188.504            |
| De Galicia y Buenos Aires.....        | 20.499            | 5.330.544          | 3.701             | 7.121.236          | 30.775            | 1.395.401          |
| «Banco Habilitador».....              | »                 | 56.466             | »                 | 221.101            | »                 | 41.811             |
| Popular Italiano.....                 | 21.401            | 1.993.942          | 10.090            | 1.728.522          | 10.751            | 873.127            |
| De la Provincia de Buenos Aires.....  | (2) 2.648.453     | 64.959.562         | (2) 591.613       | 59.800.743         | 696.596           | 15.717.638         |
| Compañía Nacional de Ahorro.....      | »                 | 1.506.434          | »                 | 2.270.624          | »                 | 322.329            |
| Industrial Argentino.....             | 611               | 262.567            | »                 | 676.443            | 8.034             | 105.799            |
| Latino de la Plata.....               | »                 | 676.306            | »                 | 1.130.202          | »                 | 333.900            |
| Popular Español.....                  | »                 | 1.539.709          | »                 | 246.025            | »                 | 671.943            |
| <b>Totales.....</b>                   | <b>28.538.215</b> | <b>811.026.530</b> | <b>30.805.378</b> | <b>771.524.081</b> | <b>47.570.137</b> | <b>230.161.400</b> |

(1) Incluso los depósitos judiciales, que se elevan á 468.750 pesos oro y 27.930.122 pesos papel.  
 (2) Incluso los depósitos judiciales, que se elevan á 87 pesos oro y 12.186.880 pesos papel.

El Banco creóse por una ley de 15 de Octubre de 1891, siendo Presidente Pellegrini y fijándose su capital en 50 millones de pesos papel, «en un ambiente de hostilidad, en medio de una crisis que había conmovido hondamente nuestro organismo económico, huérfano de la confianza pública, sin más elementos que los oficiales, pero con un Directorio compuesto por hombres de primera fila en el orden social y comercial, abrió sus puertas el Banco de la Nación Argentina, el día 1.º de Diciembre de 1891» (1).

«Este Banco—decía Pellegrini al inaugurarlo—no se funda para atender necesidades del Erario; vais a ser la Tesorería de la Nación, y podréis juzgar por vosotros si el Erario necesita los caudales de este Banco. Este Banco no se funda en interés alguno político, y la misma composición del Directorio lo demuestra, pues el criterio que ha precedido a la elección de cada uno de vosotros no es de vinculaciones políticas que no tenéis, sino de hombres que conocen la plaza en que van a actuar y los intereses que están llamados a servir.

»Este Banco se funda únicamente en servicio de la Industria y del Comercio, y vosotros conocéis bien sus necesidades y estáis en aptitud de atenderlas. Si alguna recomendación pudiera haceros, sería en favor de un gremio que no ha merecido hasta hoy gran favor en los establecimientos de crédito, y que es, sin embargo, digno del mayor interés. Hablo de los pequeños industriales. La verdadera industria en un país nuevo es la que nace en su seno, crece y se desarrolla por el esfuerzo inteligente y perseverante, amoldándose al medio en que va a vivir y adquiriendo cada día nueva experiencia que la vigoriza. Tiene ella más porvenir que esas grandes industrias que se improvisan por el esfuerzo del capital, que muchas veces carecen del obrero y del industrial inteligente y activo, que es el alma que las anima. La ley que organiza este

---

(1) *Banco de la Nación Argentina; Origen y desarrollo.*—1891-1910.—Página 11.

Banco os da una autonomía completa, y por mi parte os diré que tendré especial empeño en alejar de vuestro seno toda acción oficial.»

Fué el Banco discutido, tuvo sus primeros años difíciles, fueron precisas leyes que desataran no poco su primitiva reglamentación férrea, y aumentaran su capital hasta fijarlo en 100 millones de pesos; capital hoy mayor, porque, como según el art. 20 de la ley 4.507, las utilidades del Banco deben destinarse: un 50 por 100 a aumento del capital, y el resto, convertido en oro, a fondo de reserva; el capital actual del Banco está representado por 113.422.656 pesos m/n., y el fondo de reserva por 8.151.376 pesos oro sellado. El Banco de la Nación Argentina tiene hoy establecidas 129 Sucursales, diseminadas en la amplia extensión del territorio de la República, desde las soledades de la Patagonia hasta los verjeles de Jujuy y Misiones, y desde los contrafuertes de la cordillera de los Andes hasta el Plata, facilitando por su intermedio el intercambio de efectos y dineros con la celeridad y seguridad que el movimiento de los negocios exige y la importancia de nuestro país lo requiere. Once Sucursales y Agencias corresponden al radio de la capital federal. Las provincias cuentan con 96 Sucursales.»

Según el art. 10 de su Ley orgánica, «la Nación responde directamente de los depósitos y operaciones que realice»: su función económica es la de regulador supremo de la vida comercial, auxiliar poderoso de las empresas y obstáculo insuperable a la especulación abusiva del crédito. El último Balance publicado cuando yo visité el Banco ofrecía estas cifras de movimiento total: oro, 49.340.917,65 pesos; moneda legal, 474.394.973,78 pesos (1).

*El Banco Español del Río de la Plata* estímase como la segunda institución bancaria de la República; tiene una mag-

---

(1) Del desenvolvimiento de las operaciones del Banco de la Nación desde su fundación da idea exacta este cuadro.—Véase en la pág. 24.

nífica instalación, que se reputa ya insuficientemente; es verdaderamente curiosa la vista del gran Hall, donde se efectúan las operaciones diarias; un verdadero maremágnum de aparente confusión de gentes que entran y salen, cruzan, van y vienen voceando, produciendo un fuerte rumor de marea humana. Ni un momento se ve una ventanilla sin gente que ingresa dinero, que saca plata, que presenta documentos. La fiebre del vivir comercial, industrial, de la especulación que hincha la existencia convulsiva de la ciudad del Plata, y, desde ella, la de la Pampa entera, naturalmente sola, reposada, tranquila, tiene allí, en aquella inmensa sala y en aquel río de billetes, uno de sus más calientes y agitados hervideros. Más de seiscientos empleados trabajan para despachar aquella numerosa clientela.

Fundóse el *Banco Español* en 1887, por un grupo de acaudalados comerciantes españoles y argentinos, por iniciativa de un oriental de empuje, uno de los *héroes* de la *finanza*, el señor

| Casa Central.      |             | SalDOS al 31 de Diciembre en pesos moneda legal. |             |
|--------------------|-------------|--------------------------------------------------|-------------|
| Años.              | Cartera.    | Adelantos en cuenta corriente.                   | Depósitos.  |
| 1892.....          | 12.349.956  | 20.397                                           | 41.276.614  |
| 1896.....          | 27.927.569  | 19.717                                           | 52.535.807  |
| 1900.....          | 38.576.277  | 1.774.654                                        | 58.396.368  |
| 1904.....          | 38.350.510  | 122.154                                          | 84.489.560  |
| 1908.....          | 89.239.856  | 24.123.740                                       | 130.362.626 |
| Marzo 31 1910..... | 97.214.710  | 33.895.823                                       | 191.410.670 |
| Sucursales.        |             | SalDOS al 31 de Diciembre en pesos moneda legal. |             |
| 1892.....          | 20.098.578  |                                                  | 7.777.134   |
| 1896.....          | 38.433.527  |                                                  | 23.708.367  |
| 1900.....          | 44.383.025  |                                                  | 37.204.075  |
| 1904.....          | 58.085.015  | 42.553                                           | 58.966.093  |
| 1908.....          | 127.235.118 | 8.796.809                                        | 115.838.309 |
| Marzo 31 1910..... | 163.284.660 | 13.277.419                                       | 169.037.665 |



Coelho, con un capital de 3.000.000 de pesos; su capital en 1.º de Enero de 1910 elevábase a 50 millones, más de 110 millones de pesos, con un fondo de reserva y previsión de unos 25 millones de pesetas más; posteriormente, en 1910, aumentóse el capital hasta 100.000.000 de pesos argentinos, elevándose el fondo de reserva a 32.896.674.

La historia de este *Banco* es uno de los ejemplos más típicos de las empresas argentinas, y de lo que puede el esfuerzo y el arranque genial de un hombre, de uno de esos grandes capitanes de las *finanzas*, dotado a la vez de gran perspicacia y de caliente imaginación. Inicióse con modestia, en ambiente de reparos, con capital recogido entre gente del comercio, sin el apoyo de los grandes. Los españoles fueron sus principales apoyos, y aunque hoy sea una entidad cuyos elementos económicos están dispersos y diseminados por toda la República y por Europa, este Banco simboliza allí de alguna manera cierta representación del valor y de la fuerza hispana. El presidente del Banco había de ser español; ocupaba este puesto, cuando ya estaba en Buenos Aires el Sr. Polledo, un asturiano de esos que saben elevarse a los primeros puestos en el ejército del trabajo a fuerza de cálculo, de ahorro, de paciencia y de persistente labor. Y este asturiano fué el que, en ocasión solemne, en el banquete con que el comercio argentino obsequiaba el año 1910 al Presidente de la República, llevaba la voz de aquella milmillonada de pesos oro y papel, movilizados en campaña de expansión defusiva. Por otra parte, a este Banco afluyen incesantemente los ahorros que poco a poco consiguen nuestros compatriotas inmigrantes; criados, lecheros, mozos de labor, cocheros... El hombre que creó el Banco y ha sabido llevarle a su fuerza actual, es para la Argentina, uno de los *héroes* más dignos de este nombre; no hay, quizá, quien suscite por allá una alta y sincera admiración. Y no es este mal dato para interpretar el fondo psicológico, y señalar la escala de valores de aquel pueblo en formación, y dominado por la visión de las especulaciones.

El *Banco Español* tiene en Buenos Aires, con la casa central, catorce agencias, si no estoy equivocado; veintiocho sucursales en la República, y otras importantísimas en las principales capitales de la América del Sur y de Europa. Un estudio serio de la relación de España con la Argentina, mucho tendría que ver en la acción económica de este Banco.

En el ejercicio de 1909 hizo el Banco operaciones por valor de 374 millones de pesos, 822 millones de pesetas, con utilidad líquida de unos 13 millones, y reparto de un dividendo de 12 por 100.

El *Banco de Galicia y Buenos Aires* es, como he indicado, de creación más reciente, otra iniciativa privada de empuje, de españoles que han querido ofrecer un núcleo más de condensación al dinero de nuestros compatriotas, especialmente a la colonia gallega, tan numerosa, trabajadora y fuerte en la República. Esta empresa, comenzó a operar el 6 de Noviembre de 1905, y tiene hoy una excelente instalación en la capital, en la calle de Cangallo, al principio, en el centro de la vida bancaria de Buenos Aires, y seis sucursales, además de otras en la República y en el exterior. La breve historia de este Banco, contada por su iniciador, es un curioso «exponente», según allí dicen, de cómo se genera, y forma y se intensifica y extiende, una empresa en el Plata: factores, el esfuerzo genial de quien la inventa y el ambiente de negocio que da para todo, más la fuerza estimulante de la confianza que se inspira; con todo esto, el crecimiento es cosa descontada, sobre todo, actuando con medida, en combinación sensata con el lanzamiento arriesgado. El *medio* ofrece campo que espigar en abundancia. Tengo a la vista varios informes del Directorio de este Banco, y la comparación de las cifras totales de algunos dará idea de su marcha: el 31 de Diciembre de 1909, el movimiento de operaciones representaba 230.607,66 oro sellado, 25.032.351,17 m. legal; en 31 de Diciembre de 1910 llega el movimiento a 643.832,69 oro y 37.138.860,28 m. legal. El capital suscrito y autorizado se eleva a 30 millones de pesos m. n., siendo el realiza-

do de 13 millones y el fondo de reserva de más de 3 millones.

Si quisiéramos recoger ahora en una indicación sintética este aspecto simbólico de la vida que agita a Buenos Aires, nos bastarían estos datos respecto del funcionamiento de dos instituciones actuantes en el corazón mismo del movimiento económico y financiero. La *Bolsa de Comercio* hizo en un año (1909) operaciones por valor de 328.354.425 pesos, y el saldo de cuentas entre los Bancos, en el mismo período, se elevó a 4.527.996.191,36 pesos (1).

### Las Escuelas.

En la corriente interna de la agitada vida de la gran ciudad se produce el movimiento espiritual por la cultura; el alma de Sarmiento, el más alto genio argentino, el hombre más representativo de la nacionalidad presente y futura, muéstrase en los oasis de espléndido exterior que en la llanura chata de la capital se señalan, dibujando, con rasgos no de-

(1) Movimiento de la *Clearing House* en pesos papel desde 1893 a 1908.

| AÑOS                           | Total en el año. | Promedio mensual. |
|--------------------------------|------------------|-------------------|
| 1893 (Junio á Diciembre) ..... | 1.956.213.487,30 | 308.875.813,78    |
| 1894 .....                     | 4.456.900.324,51 | 371.408.360,38    |
| 1895 .....                     | 3.592.583.473,10 | 299.381.956,09    |
| 1896 .....                     | 3.526.891.505,36 | 293.907.625,70    |
| 1897 .....                     | 3.353.600.447,49 | 279.466.703,95    |
| 1898 .....                     | 3.751.406.535,21 | 312.617.211,26    |
| 1899 .....                     | 4.276.692.826,01 | 356.391.067,60    |
| 1900 .....                     | 3.402.660.743,12 | 283.555.061,76    |
| 1901 .....                     | 3.666.683.763,14 | 305.556.980,26    |
| 1902 .....                     | 3.678.749.209,74 | 306.562.434,15    |
| 1903 .....                     | 2.875.294.788,35 | 239.660.399,03    |
| 1904 .....                     | 2.959.108.283,15 | 246.592.356,93    |
| 1905 .....                     | 3.772.087.703,59 | 314.340.641,96    |
| 1906 .....                     | 4.308.708.352,74 | 359.059.029,39    |
| 1907 .....                     | 4.145.929.362,33 | 345.494.113,53    |
| 1908 ... ..                    | 4.038.145.070,53 | 336.512.089,21    |

*Anuario de la ciudad de Buenos Aires* (1909).

masiado fuertes aún, el mapa moral de la sociedad argentina. La marea de la especulación, la preocupación febril de la lucha por el peso, la visión imperialista de grandezas materiales, apaga y disuelve, en un ambiente demasiado cargado, los impulsos del espíritu; pero la voz profética del gran educador y político y evocador del Plata, del autor de *Facundo*, se ha escuchado, encontrando en la capital sus repercusiones, sus ecos, que habrán de prolongarse indefinidamente en la Historia. «Los Estados Unidos—escribía Sarmiento (1),—con sus escuelas al principio como base, han hecho, sin embargo, en un siglo, lo que la humanidad entera ha venido haciendo y deshaciendo en seis mil años de historia: ¡¡La República!! Me despi-do de usted tristísimo. Escriba, combata, resista. Agite las olas de ese *mar muerto*, cuya superficie tiende a endurecerse con la costra de impurezas que se escapan de su fondo. La colonia española, la tradición de Rosas, vacas, vacas, vacas. Hombres, pueblo, nación, porvenir. Todo está en los bancos humildes de la escuela. Trabaje, y el pueblo le ayudará.»

La voz profética de Sarmiento ha tenido en Buenos Aires, como indico, sus ecos, que, por de pronto, se han condensado en obras monumentales de espléndido lujo, de excesivo lujo, de escandaloso lujo; diríamos que explica, si no disculpa, el derroche, la abundancia arrolladora de medios de que la Argentina dispone y la aspiración a poner la escuela a tono con avenidas, plazas, clubs, palacios... La escuela—unas cuantas al menos—son imponentes construcciones, algunas con pórticos de enormes columnas, patios, salones inmensos; todo piedra, todo enorme, quizá pesado para un espíritu austero; todo excesivo, todo impropio. Las Escuelas Roca, las Escuelas Sarmiento, las Escuelas Quintana... Grupos escolares amplios, llenos de luz, son indicaciones magníficas del aprecio que Buenos Aires tiene por la enseñanza; no ha querido la ciudad ni la Repúbli-

---

(1) Carta a los *Anales de la Educación común*. V. *Historia de la Instrucción primaria en la República Argentina (1810-1910)*, t. I, pág. 104.

ca que las Escuelas Roca—situadas cerca del Teatro Colón, en amplia plaza—desmereciesen en lujo de fachada y en proporciones monumentales del gran coliseo, el mejor de América del Sur, donde acude la sociedad más rica y brillante de Buenos Aires. Y lo han conseguido. Las Escuelas Roca forman, dignamente, como edificio, cerca del teatro. Declaro que me costaba cierto esfuerzo definir o imaginar la labor educativa primaria, de maestro de escuela, detrás de aquel pórtico imponente.

Pero no es este el sitio de mis impresiones argentinas donde me propongo hacer un juicio de la labor educacional de la República. Pide esto estudio aparte. Trátase de la indicación de un rasgo exterior de la capital platense; él ayuda a perfilar su fisonomía. Al analizar la impresión, sería preciso utilizar, no sólo la indicación monumental de la escuela, sino otros centros más modestos, vistos por dentro, funcionando, y sumar a las construcciones el espíritu recogido en visitas y en conversaciones numerosas, mantenidas con no pocos de los hombres que en Buenos Aires laboran por formar el alma colectiva. Y habría que completar el cuadro con las Instituciones normales, con la escuela de lenguas vivas, con el Consejo Nacional de Educación, para luego matizar y afinar el juicio, poniendo las claridades y las sombras en su punto; que de todo hay en el magnífico cuadro, que todavía tiene otras vistas si se añaden las manifestaciones de la acción educativa y docente en otros grados de la enseñanza y de la cultura.

### La Prensa.

No quedaría completa la fisonomía de Buenos Aires sin aludir a sus periódicos. Cuando a la noche llegábamos por el río famoso, uno de los resplandores que denunciaban la ciudad en las tinieblas, era el faro del diario *La Prensa*. Publícanse en Buenos Aires los periódicos quizá más grandes del mundo: *La Prensa* (ya citado), *La Nación*, *La Argentina*... los dos primeros son los más característicos y de más tradición;

DEPOSITADO A LA BIBLIOTECA  
ATENCION MARCEL GNE

llegan a veces a dar cuarenta páginas de texto y anuncios. *La Argentina* es más moderno, pero representa un paso de avance en la competencia periodística. *La Prensa* tiene una instalación magnífica, un soberbio palacio en la Avenida de Mayo; fundóse en 1869, por el Dr. José L. Paz; tiene casa en París; tira 125 á 140.000 ejemplares, con un millón de francos mensual de ingresos; es popularísimo este diario. *La Nación*, fundado en 1870, une su nombre y su historia a la del general Mitre; tiene honrosa tradición y gran autoridad, y tono cultísimo y literario. *La Argentina*, fundado por el Sr. Mulhall, hijo del fundador de *The Standar*, de la colonia inglesa, representa uno de los éxitos periodísticos más rápidos y extraordinarios. En mis viajes por la Pampa, *La Argentina*, el más barato de los grandes diarios, se veía en todas las manos, como los antiguos y acreditados después de luchas de años. La máquina de *La Argentina* puede tirar 48.000 ejemplares de a 24 páginas en una hora.

A estos periódicos argentinos de la mañana habría que añadir *El Diario*, que se publica mañana y tarde, con tirada de unos 60.000 ejemplares y gran fuerza política, gracias al hombre que lo hace, al gran escritor periodista, polemista hábil, el senador Láinez; allí escribía, en los días de mi estancia, otro de los grandes literatos argentinos: Leopoldo Lugones. Hay además, *La Razón*, el diario más popular y leído de la tarde, y *El País*, y *Última Hora*, y *El Nacional* y *Sarmiento*.

Y luego los periódicos de las colectividades extranjeras, como *The Standar* (ya citado), el *Buenos Aires Herald*, *La Patria degli Italiani*, *L'Italia...* y el *Diario Español*, órgano de las colectividades españolas, muy leído, con gran información, dirigido por el cultísimo López de Gomara, y del cual no puedo yo decir cosa alguna, ya que hace seis u ocho años que emborrono desde aquí cuartillas con destino a sus columnas. Soy de la casa...

La nota distintiva de los diarios de Buenos Aires es la información y el anuncio: lo que exige y da con más fuerza y

abundancia el país. Es maravilloso: muy de mañana, cuando pedís el desayuno, llegan los diarios, y el europeo se entera, con detalle, en largas columnas de cablegramas, de todo lo más importante que puede interesarle en su país. Mi experiencia de meses me permite afirmar cómo seguí, a través de *La Prensa*, de *La Nación*, de *La Argentina* y del *Diario Español*, la marcha política de España, al día, sin que al llegar aquí tuviera que rectificar ni rellenar apenas nada.

La prensa de Buenos Aires cuenta además con magníficos semanarios ilustrados, bien conocidos, de tiradas verdaderamente extraordinarias, y que representan colosales esfuerzos de ingenio: *Caras y Caretas*, uno, y *P B T*, otro. El primero es el más antiguo: fué fundado por un hijo de Mitre—Bartolomé—con un escritor criollo, José Alvans («Fray Mocho»), y los españoles Pellicer y Mayol. Fué una aventura arriesgada, que alcanzó un éxito estupendo: de 5.000 ejemplares con que se lanzó el primer número a 130.000 que ahora logra, el recorrido es de verdadera importancia. En la dirección de *Caras y Caretas*, sucedió á «Fray Mocho» el Sr. Correa Luna, siendo jefe de redacción el Sr. Pardo, y estando a cargo de la parte artística D. José María Cao. *Caras y Caretas* se publica en cuadernos de 120 a 200 páginas, cuajadas de grabados. *P B T* se fundó, en 1904, por el Sr. Pellicer, que fundara antes a *Caras y Caretas*; es por el estilo de éste, y alcanza tiradas enormes, publicando en sus cuadernos, de cerca de 200 páginas, a veces unos 400 grabados.

Naturalmente, una definición completa de Buenos Aires exigiría la indicación de otras notas que ya no son tan luminosas como las recogidas: el Hotel de Inmigrantes, otro gran símbolo de la significación de la capital y de la República; los barrios cercanos al puerto, los Conventillos, la vida pobre de lucha; todo en proporciones enormes. Pero todo ello exige consideración especial.

ADOLFO POSADA

# DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

---

## La esencia del catolicismo.

Vengamos ahora a la solución cristiana católica, pauliniana o atanasiana, de nuestro íntimo problema vital, el hambre de inmortalidad.

Brotó el cristianismo de la confluencia de dos grandes corrientes espirituales, la una judaica y la otra helénica, ya de antes influídas mutuamente, y Roma acabó de darle sello práctico y permanencia social.

Hase afirmado del cristianismo primitivo, acaso con precipitación, que fué anescatológico, que en él no aparece claramente la fe en otra vida después de la muerte, sino en un próximo fin del mundo y establecimiento del reino de Dios, en el llamado *quiliasmo*. ¿Y es que no eran en el fondo una misma cosa? La fe en la inmortalidad del alma, cuya condición tal vez no se precisaba mucho, cabe decir que es una especie de *subentendido*, de supuesto tácito, en el Evangelio todo, y es la situación del espíritu de muchos de los que hoy le leen, situación opuesta a la de los cristianos de entre quienes brotó el Evangelio, lo que les impide verlo. Sin duda, que todo aquello de la segunda venida del Cristo, con gran poder, rodeado de majestad y entre nubes para juzgar a muertos y a vivos,



abrir a los unos el reino de los cielos y echar a los otros a la geena, donde será el lloro y el crugir de dientes, cabe entenderlo quiliásticamente, y aun se hace decir al Cristo en el Evangelio (Marcos IX, 1), que había con él algunos que no gustarían de la muerte sin haber visto el reino de Dios; estos es, que vendría durante su generación; y en el mismo capítulo, versículo 10, se hace decir a Jacobo, a Pedro y a Juan, que con Jesús subieron al monte de la Trasfiguración y le oyeron hablar de que resucitaría de entre los muertos aquello de: «y guardaron el dicho consigo, razonando unos con otros sobre qué sería eso de resucitar de entre los muertos». Y en todo caso, el Evangelio se compuso cuando esa creencia, base y razón de ser del cristianismo, se estaba formando. Véase en Mateo XXII, 29-32; en Marcos XII, 24-27; en Lucas XVI, 22-31; XX, 34-37; en Juan V. 24-29; VI, 40, 54, 58; VIII, 51; XI, 25, 56; XIV, 2, 19. Y sobre todo, aquello de Mateo XXVII, 52, de que al resucitar el Cristo «muchos cuerpos santos que dormían resucitaron».

Y no era esta una resurrección natural, no. La fe cristiana nació de la fe de que Jesús no permaneció muerto, sino que Dios le resucitó y que esta resurrección era un hecho; pero eso no suponía una mera inmortalidad del alma, al modo filosófico. (V. Harnack, *Dogmengeschichte*, Prolegomena, 5, 4,). Para los primeros Padres de la Iglesia mismos, la inmortalidad del alma no era algo natural; bastaba para su demostración, como dice Nemesio, la enseñanza de las Divinas Escrituras, y era, según Lactancio un dón—y como tal gratuito—de Dios. Pero sobre esto más adelante.

Brotó, decíamos, el cristianismo de una confluencia de los dos grandes procesos espirituales, judaico y helénico, cada uno de los cuales había llegado por su parte, si no a la definición precisa, al preciso anhelo de otra vida. No fué entre los judíos ni general ni clara la fe en otra vida; pero a ella les llevó la fe en un Dios personal y vivo, cuya formación es toda su historia espiritual.

E. M.—*Marzo 1912.*

Jahvé, el Dios judaico, empezó siendo un dios entre otros muchos, el dios del pueblo de Israel, revelado entre el fragor de la tormenta en el monte Sinaí. Pero era tan celoso, que exigía se le rindiese culto a él solo, y fué por el monocultismo como los judíos llegaron al monoteísmo. Era adorado como fuerza viva, no como entidad metafísica, y era el dios de las batallas. Pero este Dios, de origen social y guerrero, sobre cuya génesis hemos de volver; se hizo más íntimo y personal en los profetas, y al hacerse más íntimo y personal, más individual, y más universal, por lo tanto. Es Jahvé, que no ama a Israel por ser hijo suyo, sino que le toma por hijo, porque le ama. (Oseas XI, 1.) Y la fe en el Dios personal, en el Padre de los hombres, lleva consigo la fe en la eternización del hombre individual, que ya en el fariseísmo alborea, aun antes de Cristo.

La cultura helénica, por su parte, acabó descubriendo la muerte, y descubrir la muerte es descubrir el hambre de inmortalidad. No aparece este anhelo en los poemas homéricos que no son algo inicial, sino final; no el arranque, sino el término de una civilización. Ellos marcan el paso de la vieja religión de la Naturaleza, la de Zens, a la religión más espiritual de Apolo, la de la redención. Mas en el fondo persistía siempre la religión popular e íntima de los misterios eleusinos, el culto de las almas y de los antepasados. «En cuanto cabe hablar de una teología délfica, hay que tomar en cuenta entre los más importantes elementos de ella, la fe en la continuación de la vida de las almas después de la muerte en sus formas populares y en el culto a las almas de los difuntos», escribe Rohde (1). Había lo titánico y lo dionisiaco, y el hombre debía, según la doctrina órfica, libertarse de los lazos del cuerpo

---

(1) Erwin Rohde. *Psyche*. «Seelencult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen.» Tübingen, 1907. Es la obra hasta hoy capital en lo que se refiere a la fe de los griegos en la inmortalidad del alma.

en que estaba el alma como prisionera en una cárcel. (Véase Rohde, *Psyche, Die Orphiker*, 4.) La noción nietzscheniana de la vuelta eterna es una idea órfica. Pero la idea de la inmortalidad del alma no fué un principio filosófico. El intento de Empédocles de hermanar un sistema hilozoístico con el espiritualismo, probó que una ciencia natural filosófica no puede llevar por sí a corroborar el axioma de la perpetuidad del alma individual; sólo podía servir de apoyo una especulación teológica. Los primeros filósofos griegos afirmaron la inmortalidad por contradicción, saliéndose de la filosofía natural y entrando en la teología, asentando un dogma dionisiaco y órfico, no apolíneo. Pero «una inmortalidad del alma humana como tal, en virtud de su propia naturaleza y condición como imperecedera fuerza divina en el cuerpo mortal, no ha sido jamás objeto de la fe popular helénica». (Rohde, obra citada.)

Recordad el *Fedón* platónico y las elucubraciones neo-platónicas. Allí se ve ya el ansia de inmortalidad personal, ansia que, no satisfecha del todo por la razón, produjo el pesimismo helénico. Porque como hace muy bien notar Pfeiderer (*Religionsphilosophie auf geschichtliche Grundlage*, 3 Berlín 1896), «ningún pueblo vino a la tierra tan sereno y soleado como el griego en los días juveniles de su existencia histórica... pero ningún pueblo cambió tan por completo su noción del valor de la vida. La greicidad que acaba en las especulaciones religiosas del neo-pitagorismo y el neo-platonismo, consideraba a este mundo, que tan alegre y luminoso se le apareció en un tiempo, cual morada de tinieblas y de errores, y la existencia terrena como un período de prueba que nunca se pasaba demasiado de prisa». El nirvana es una noción helénica.

Así, cada uno por su lado, judíos y griegos, llegaron al verdadero descubrimiento de la muerte, que es el que hace entrar a los pueblos, como a los hombres, en la pubertad espiritual, la del sentimiento trágico de la vida, que es cuando engendra la humanidad al Dios vivo. El descubrimiento de la muerte es el que nos revela a Dios, y la muerte del hombre

perfecto, del Cristo, fué la suprema revelación de la muerte, la del hombre que no debía morir y murió.

Tal descubrimiento, el de la inmortalidad, preparado por los procesos religiosos judaico y helénico, fué lo específicamente cristiano. Y lo llevó a cabo sobre todo Pablo de Tarso, aquel judío fariseo helenizado. Pablo no había conocido personalmente a Jesús, y por eso le descubrió como Cristo. «Se puede decir que es en general la teología del Apóstol la primera teología cristiana. Era para él una necesidad; sustituíale, en cierto modo, la falta de conocimiento personal de Jesús», dice Weizsäcker (*Das apostolische Zeitalter der christlichen Kirche*, Freiburg i. B. 1892). No conoció a Jesús, pero le sintió renacer en sí, y pudo decir aquello de «no vivo en mí, sino en Cristo». Y predicó la cruz, que era escándalo para los judíos y necedad para los griegos (I. Cor. I. 23), y el dogma central para el Apóstol convertido, fué el de la resurrección del Cristo; lo importante para él era que el Cristo se hubiese hecho hombre y hubiese muerto y resucitado, y no lo que hizo en vida; no su obra moral y pedagógica, sino su obra religiosa y eternizadora. Y fué quien escribió aquellas inmortales palabras: «Si se predica que Cristo resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestra fe es vana... Entonces los que durmieron en Cristo se pierden. Si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres». (I. Cor. XV, 12-19.)

Y puede a partir de esto afirmarse que quien no crea en esa resurrección carnal de Cristo, podrá ser filócristo, pero no específicamente cristiano. Ciertamente que un Justino mártir pudo decir que «son cristianos cuantos viven conforme a la razón, aunque sean tenidos por ateos, como entre los griegos Sócrates y Heráclito y otros tales»; pero este mártir ¿es mártir, es decir, testigo de cristianismo? No.

Y en torno al dogma, de experiencia íntima pauliniana,

de la resurrección e inmortalidad del Cristo, garantía de la resurrección e inmortalidad de cada creyente, se formó la cristología toda. El Dios hombre, el Verbo encarnado, fué para que el hombre, a su modo, se hiciese Dios, esto es, inmortal. Y el Dios cristiano, el Padre del Cristo, un Dios necesariamente antropomórfico, es el que, como dice el Catecismo de la doctrina cristiana que en la escuela nos hicieron aprender de memoria, ha creado el mundo para el hombre, para cada hombre. Y el fin de la redención fue, a pesar de las apariencias por desviación ética del dogma propiamente religioso, salvarnos de la muerte más bien que del pecado, o de éste en cuanto implica muerte. Y Cristo murió, o más bien resucitó, por *mí*, por cada uno de nosotros. Y establecióse una cierta solidaridad entre Dios y su criatura. Decía Mallebranche que el primer hombre cayó *para* que Cristo nos redimiera, más bien que nos redimió *porque* aquél había caído.

Después de Pablo rodaron los años y las generaciones cristianas, trabajando en torno de aquel dogma central, y sus consecuencias para asegurar la fe en la inmortalidad del alma individual, y vino el Niceno, y en él aquel formidable Atanasio, cuyo nombre es ya un emblema, encarnación de la fe popular. Era Atanasio un hombre de pocas letras, pero de mucha fe, y sobre todo, de la fe popular, henchido de hambre de inmortalidad. Y opúsose al arrianismo, que, como el protestantismo unitariano y soziniano amenazaba, aun sin saberlo ni quererlo, la base de esa fe. Para los arrianos, Cristo era ante todo un maestro, un maestro de moral, el hombre perfectísimo, y garantía por lo tanto de que podemos los demás llegar a la suma perfección; pero Atanasio sentía que no puede el Cristo hacernos dioses si él antes no se ha hecho Dios; si su divinidad hubiera sido por participación, no podría haberla participado. «No, pues—decía,—siendo hombre se hizo después Dios, sino que siendo Dios se hizo después hombre para que mejor nos deificara (θεοποίησθαι)» (Orat. I. 30). No era el Logos de los filósofos, el Logos cosmológico el que Atanasio cono-

cía y adoraba (1). Y así hizo se separasen naturaleza y revelación. El Cristo atanasiano o niceno, que es el Cristo católico, no es el cosmológico ni siquiera en rigor el ético, es el eternizador, el deificador, el religioso. Dice Harnack de este Cristo, del Cristo de la cristología nicena o católica, que es en el fondo docético, esto es, aparential, porque el proceso de la divinización del hombre en Cristo se hizo en interés escatológico; pero ¿cuál es el Cristo real? ¿acaso ese llamado Cristo histórico de la exégesis racionalista que se nos diluye o en un mito o en un átomo social?

Este mismo Harnack, un racionalista protestante, nos dice que el arrianismo o unitarismo habría sido la muerte del cristianismo, reduciéndolo a cosmología y a moral, y que sólo sirvió de puente para llevar a los doctos al catolicismo, es decir, de la razón a la fe. Parécele a este mismo docto historiador de los dogmas, indicación de perverso estado de cosas, el que el hombre Atanasio, que salvó al cristianismo como religión de la comunión viva con Dios, hubiese borrado al Jesús de Nazaret, al histórico, al que no conocieron personalmente ni Pablo ni Atanasio, ni ha conocido Harnack mismo. Entre los protestantes, este Jesús histórico sufre bajo el escalpelo de la crítica mientras vive el Cristo católico, el verdaderamente histórico, el que vive en los siglos garantizando la fe en la inmortalidad y la salvación personales.

Y Atanasio tuvo el valor supremo de la fe, el de afirmar cosas contradictorias entre sí, «la perfecta contradicción que hay en el *ομολογιος* trajo tras de sí todo un ejército de contradicciones, y más cuanto más avanzó el pensamiento» dice Harnack. Sí, así fué, y así tuvo que ser. «La dogmática se despidió para siempre del pensamiento claro y de los conceptos sostenibles, y se acostumbrió a lo contrarracional», añade. Es que se acostó a la vida, que es contrarracional y opuesta al

---

(1) Para todo esto véase, entre otros, Harnack, *Dogmengeschichte II, Theil I, Buch VII*, cap. 1.

pensamiento claro. Las determinaciones de valor, no sólo no son nunca racionalizables, son antirracionales.

En Nicea vencieron, pues, como más adelante en el Vaticano los idiotas—tomada esta palabra en su recto sentido primitivo y etimológico,—los ingenuos, los obispos cerriles y voluntariosos, representantes del genuino espíritu humano, del popular, del que no quiere morirse, diga lo que quiera la razón, y busca garantía, lo más material posible, a su deseo.

*Quid ad aeternitatem?* He aquí la pregunta capital. Y acaba el Credo con aquello de *resurrectionem mortuorum et vitam venturi saeculi*, la resurrección de los muertos y la vida venidera. En el cementerio, hoy amortizado, de Mallona, en mi pueblo natal, Bilbao, hay grabada una quarteta que dice:

Aunque estamos en polvo convertidos,  
en ti, Señor, nuestra esperanza fía,  
que tornaremos a vivir vestidos  
con la carne y la piel que nos cubría;

o como el Catecismo dice: con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. A punto tal, que es doctrina católica ortodoxa la de que la dicha de los bienaventurados no es del todo perfecta hasta que recobran sus cuerpos. Quéjense en el cielo, y «aquel quejido les nace—dice nuestro Fray Pedro Malón de Chaide, de la Orden de San Agustín, español y vasco (1)—de que no están enteros en el cielo, pues sólo está allá el alma, y aunque no pueden tener pena porque ven a Dios, en quien inefablemente se gozan, con todo eso parece que no están del todo contentos. Estarlo han cuando se vistieren de sus propios cuerpos.»

Y a este dogma central de la resurrección en Cristo y por Cristo corresponde un sacramento central también, el eje de la piedad popular católica, y es el sacramento de la Eucaristía. En él se administra el cuerpo de Cristo, que es pan de inmortalidad.

(1) «Libro de la conversión de la Magdalena», parte IV, cap. IX.

Es el sacramento genuinamente realista, *dinglich*, que se diría en alemán, y que no es gran violencia traducir material, el sacramento más genuinamente *ex opere operato*, sustituido entre los protestantes con el sacramento idealista de la palabra. Trátase, en el fondo, y lo digo con todo el posible respeto, pero sin querer sacrificar la expresividad de la frase, de comerse y beberse a Dios, al Eternizador, de alimentarse de Él. ¿Qué mucho, pues, que nos diga Santa Teresa que cuando estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, comulgando partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz para otra hermana, pensó que no era falta de forma, sino que le quería mortificar «porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas, no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño el pedacito?» Aquí la razón va por un lado, el sentimiento por otro. ¿Y qué importan para este sentimiento las mil y un dificultades que surgen de reflexionar racionalmente en el misterio de ese sacramento? ¿Qué es un cuerpo divino? El cuerpo, en cuanto cuerpo, de Cristo, ¿era divino? ¿Qué es un cuerpo inmortal e inmortalizador? ¿Qué es una sustancia separada de los accidentes? ¿Qué es la sustancia del cuerpo? Hoy hemos afinado mucho en esto de la materialidad y la sustancialidad; pero hasta Padres de la Iglesia hay para los cuales la inmaterialidad de Dios mismo no era una cosa tan definida y clara como para nosotros. Y este sacramento de la Eucaristía es el inmortalizador por excelencia y el eje, por lo tanto, de la piedad popular católica. Y si cabe decirlo, el más específicamente religioso.

Porque lo específico religioso católico es la inmortalización y no la justificación al modo protestante. Esto es más bien ético. Y es en Kant, en quien el protestantismo, mal que pese a los ortodoxos de él, sacó sus penúltimas consecuencias: la religión depende de la moral, y no ésta de aquélla, como en el catolicismo.

No ha sido la preocupación del pecado nunca tan angustio-



sa entre los católicos, o por lo menos, con tanta aparencialidad de angustia. El sacramento de la confesión ayuda a ello. Y tal vez es que persiste aquí más que entre ellos el fondo de la concepción primitiva judaica y pagana del pecado como de algo material e infeccioso y hereditario, que se cura con el bautismo y la absolución. En Adán pecó toda su descendencia, casi materialmente, y se transmitió su pecado como una enfermedad material se transmite. Tenía, pues, razón Renán, cuya educación era católica, al revolverse contra el protestante Amiel, que le acusó de no dar la debida importancia al pecado. Y en cambio, el protestantismo, absorto en eso de la justificación, tomada en un sentido más ético que otra cosa, aunque con apariencias religiosas, acaba por neutralizar y casi borrar lo escatológico, abandona la simbólica nicena, cae en la anarquía confesional, en puro individualismo religioso y en vaga religiosidad estética, ética o cultural. La que podríamos llamar «allendidad» *Jenseitigkeit*, se borra poco a poco detrás de la «aquendidad» *Diesseitigkeit*. Y esto, a pesar del mismo Kant, que quiso salvarla, pero arruinándola. La vocación terrenal y la confianza pasiva en Dios dan su ramponería religiosa al luteranismo, que estuvo a punto de naufragar en la edad de la ilustración, de la *Aufklärung*, y que apenas si el pietismo, imbuyéndole alguna savia religiosa católica, logró galvanizar un poco. Y así resulta muy exacto lo que Oliveira Martins decía en su espléndida *Historia da civilização ibérica*, libro 4.º, cap. III; y es que «el catolicismo dió héroes y el protestantismo sociedades sensatas, felices, ricas, libres, en lo que respecta a las instituciones y a la economía externa, pero incapaces de ninguna acción grandiosa, porque la religión comenzaba por despedazar en el corazón del hombre aquello que le hace susceptible de las audacias y de los nobles sacrificios.» Cojed una Dogmática cualquiera de las producidas por la última disolución protestante, la del ritschleniano Kaftan, por ejemplo, y ved a lo que allí queda reducida la escatología. Y su maestro mismo, Albrecht Ritschl, nos dice:

«El problema de la necesidad de la justificación o remisión de los pecados sólo puede derivarse del concepto de la vida eterna como directa relación de fin de aquella acción divina. Pero si se ha de aplicar ese concepto no más que al estado de la vida de ultratumba, queda su contenido fuera de toda experiencia, y no puede fundar conocimiento alguno que tenga carácter científico. No son, por lo tanto, más claras las esperanzas y los anhelos de la más fuerte certeza subjetiva, y no contienen en sí garantía alguna de la integridad de lo que se espera y anhela. Claridad e integridad de la representación ideal son, sin embargo, las condiciones para la comprensión, esto es, para el conocimiento de la conexión necesaria de la cosa en sí y con sus dados presupuestos. Así es que la confesión evangélica de que la justificación por la fe fundamental lleva consigo la certeza de la vida eterna, es inaplicable teológicamente, mientras no se muestre en la experiencia presente posible esa relación de fin.» (*Rechtfertigung und Versöhnung*, III, cap. VII, 52). Todo esto es muy racional, pero...

En la primera edición de los *Loci communes*, de Melancthon, la de 1521, la primera obra teológica luterana, omite su autor las especulaciones trinitaria y cristológica, la base dogmática de la escatología. Y el Dr. Hermann, profesor en Marburgo, el autor del libro sobre el comercio del cristiano con Dios (*Der Verkehr des Christen mit Gott*), libro cuyo primer capítulo trata de la oposición entre la mística y la religión cristiana, y que es, en sentir de Harnack, el más perfecto manual luterano, nos dice en otra parte (1), refiriéndose a esa especulación cristológica—o atanasiana,—que «el conocimiento efectivo de Dios y de Cristo en que vive la fe es algo enteramente distinto. No debe hallar lugar en la doctrina cristiana nada que no pueda ayudar al hombre a reconocer sus pecados, lo-

---

(1) En su exposición de la dogmática protestante en el tomo *Systematische christliche Religion*, Berlín, 1909, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*, publicada por P. Hinneberg.

grar la gracia de Dios y servirle en verdad. Hasta entonces (es decir, hasta Lutero), había pasado en la Iglesia como *doctrina sacra* mucho que no puede en absoluto contribuir a dar a un hombre un corazón libre y una conciencia tranquila». Por mi parte no concibo la libertad de un corazón ni la tranquilidad de una conciencia que no estén seguras de su perdurabilidad después de la muerte. «El deseo de la salvación del alma—prosigue Hermann—debía llevar finalmente a los hombres a conocer y comprender la efectiva doctrina de la salvación.» Y a este eminente doctor en luteranismo, en su libro sobre el comercio del cristiano con Dios, todo se le vuelve hablarnos de confianza en Dios, de paz en la conciencia y de una seguridad en la salvación, que no es precisamente y en rigor la certeza de la vida perdurable, sino más bien de la remisión de los pecados.

Y en un teólogo protestante, en Ernesto Troeltsch, he leído, que lo más alto que el protestantismo ha producido en el orden conceptual, es en el arte de la música, donde le ha dado Bach su más poderosa expresión artística. ¡En eso se disuelve el protestantismo, en música celestial! Y podemos decir, en cambio, que la más alta expresión artística católica, por lo menos española, es en el arte más material, tangible y permanente—pues a los sonidos se los lleva el aire—de la escultura y la pintura, en el Cristo de Velázquez, ¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos vida!

¡Y no es que el catolicismo abandone lo ético, no! No hay religión moderna que pueda soslayarlo. Pero esta nuestra es en su fondo y en gran parte, aunque sus doctores protesten contra esto, un compromiso entre la escatología y la moral; aquélla puesta al servicio de ésta. ¿Qué otra cosa es si no ese horror de las penas eternas del infierno que tan mal se compadece con la apocatástasis pauliniana? Atengámonos a aquello que la *Theología deutsch*, el manual místico que Lutero leía, hace decir á Dios y es: «Si he de recompensar tu maldad, ten-

go que hacerlo con bien, pues ni soy ni tengo otra cosa.» Y el Cristo dijo: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que se hacen», y no hay hombre que sepa lo que se hace. Pero ha sido menester convertir a la religión, a beneficio del orden social, en policía, y de ahí el infierno. El cristianismo oriental o griego es predominantemente escatológico, predominantemente ético el protestantismo, y el catolicismo un compromiso entre ambas cosas, aunque con predominancia de lo primero. La más genuina moral católica, la ascética monástica, es moral de escatología enderezada a la salvación del alma individual más que al mantenimiento de la sociedad. Y en el culto a la virginidad no habrá acaso una cierta oscura idea de que el perpetuarse en otros estorba la propia perpetuación? La moral ascética es una moral negativa. Y en rigor, lo importante es no morir, péquese ó no. Ni hay que tomar muy a la letra sino como una efusión lírica y más bien retórica, aquello de nuestro célebre soneto

No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido

y lo que sigue.

El verdadero pecado, acaso el pecado contra el Espíritu Santo que no tiene remisión, es el pecado de herejía, el de pensar por cuenta propia. Ya se ha oído aquí, en nuestra España, que ser liberal, esto es, hereje, es peor que ser asesino, ladrón o adúltero. El pecado más grave es no obedecer a la Iglesia, cuya infalibilidad nos defiende de la razón.

¿Y por qué ha de escandalizar la infalibilidad de un hombre, del Papa? ¿Qué más da que sea infalible un libro: la Biblia, una sociedad de hombres: la Iglesia, o un hombre solo? ¿Cambia por eso la dificultad racional de esencia? Y pues no siendo más racional la infalibilidad de un libro o la de una sociedad que la de un hombre solo, había que asentar este supremo escándalo para el racionalismo.

Es lo vital que se afirma, y para afirmarse crea, sirvién-

dose de lo racional, su enemigo, toda una construcción dogmática, y la Iglesia la defiende contra racionalismo, contra protestantismo y contra modernismo. Defiende la vida. Salió al paso a Galileo, e hizo bien, porque su descubrimiento en un principio, y hasta acomodarlo a la economía de los conocimientos humanos, tendía a quebrantar la creencia antropocéntrica de que el universo ha sido creado para el hombre; se opuso a Darwin, e hizo bien, porque el darwinismo tiende a quebrantar nuestra creencia de que es el hombre un animal de excepción, creado expreso para ser eternizado. Y por último, Pío IX, el primer pontífice declarado infalible, declaróse irreconciliable con la llamada civilización moderna. E hizo bien.

Loisy, el ex-abate católico, dijo: «Digo sencillamente que la Iglesia y la teología no han favorecido el movimiento científico, sino que lo han estorbado más bien en cuanto de ellas dependía, en ciertas ocasiones decisivas; digo, sobre todo, que la enseñanza católica no se ha asociado ni acomodado a ese movimiento. La teología se ha comportado y se comporta todavía, como si poseyese en sí misma una ciencia de la naturaleza y una ciencia de la Historia con la filosofía general de estas cosas que resultan de su conocimiento científico. Diríase que el dominio de la teología y el de la ciencia, distintos en principio y hasta por definición del concilio del Vaticano, no deben serlo en la práctica. Todo pasa poco más o menos como si la teología no tuviese nada que aprender de la ciencia moderna, natural o histórica, y que estuviese en disposición y en derecho de ejercer por sí misma una inspección directa y absoluta sobre todo el trabajo del espíritu humano.» (*Autour d'un petit livre*, pág. 211-212.)

Y así tiene que ser y así es en su lucha con el modernismo de que fué Loisy doctor y caudillo.

La lucha reciente contra el modernismo kantiano y fideísta es una lucha por la vida. ¿Puede acaso la vida, la vida que busca seguridad de la supervivencia, tolerar que un Loisy, sa-

cerdote católico, afirme que la resurrección del Salvador no es un hecho de orden histórico, demostrable y demostrado por el sólo testimonio de la Historia? Leed, por otra parte, en la excelente obra de E. Le Roy, *Dogme et Critique*, su exposición del dogma central, el de la resurrección de Jesús, y decidme si queda algo sólido en que apoyar nuestra esperanza. ¿No ven que más que de la vida inmortal del Cristo, reducida acaso a una vida en la conciencia colectiva cristiana, se trata de una garantía de nuestra propia resurrección personal, en alma y también en cuerpo? Esa nueva apologética psicológica apela al milagro moral, y nosotros, como los judíos, queremos señales, algo que se pueda agarrar con todas las potencias del alma y con todos los sentidos del cuerpo. Y con las manos y los pies y la boca, si es posible.

Pero ¡ay! que no lo conseguimos; la razón ataca, y la fe, que no se siente sin ella segura, tiene que pactar con ella. Y de aquí vienen las trágicas contradicciones y las desgarraduras de conciencia. Necesitamos seguridad, certeza, señales, y se va a los *motiva credibilitatis*, a los motivos de credibilidad, para fundar el *rationale obsequium*, y aunque la fe precede a la razón, *fides praecedat rationem*, según San Agustín, este mismo doctor y obispo quería ir por la fe a la inteligencia, *per fidem ad intellectum*, y creer para entender *credo ut intelligam*. Cuán lejos de aquella soberbia expresión de Tertuliano: *et sepultus resurrexit, certum est quia impossibile est!* «y sepultado resucitó; es cierto porque es imposible», y su excelso: *credo quia absurdum!* escándalo de racionalistas. ¡Cuán lejos del *il faut s'abêtir*, de Pascal, y de aquel «la razón humana ama el absurdo», de nuestro Donoso Cortés, que debió de aprenderlo del gran José de Maistre!

Y buscóse como primera piedra de cimiento la autoridad de la tradición y la revelación de la palabra de Dios, y se llegó hasta aquello del consentimiento unánime. *Quod apud multos unum invenitur non est erratum, sed traditum*, dijo Tertuliano, y Lamennais añadió, siglos más tarde, que «la certeza,

principio de la vida y de inteligencia... es, si se me permite la expresión, un producto social» (1). Pero aquí, como en tantas otras cosas, dió la fórmula suprema aquel gran católico del catolicismo popular y vital, el conde José de Maistre, cuando escribió: «no creo que sea posible mostrar una sola opinión universalmente útil que no sea verdadera» (2). Esta es la fija católica: deducir la verdad de un principio de su bondad o utilidad suprema. ¿Y qué más útil, más soberanamente útil, que no morírse nos nunca el alma? «Como todo sea incierto, o hay que creer a todos o a ninguno», decía Lectancio; pero aquel formidable místico y asceta que fué el Beato Enrique Suso, el dominicano, pidióle a la eterna Sabiduría una sola palabra de qué era el amor; y al contestarle: «Todas las criaturas invocan que lo soy», replicó Suso, el servidor: «Ay, Señor, eso no basta para un alma anhelante.» La fe no se siente segura ni con el consentimiento de los demás, ni con la tradición, ni bajo la autoridad. Busca el apoyo de su enemiga la razón.

Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella su criada, la *ancilla theologiae*, la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona. La escolástica, magnífica catedral con todos los problemas de mecánica arquitectónica resueltos por los siglos, pero catedral de adobes, llevó poco a poco a eso que llaman teología natural, y no es sino cristianismo despotencializado. Buscóse apoyar hasta donde fuese posible racionalmente los dogmas; mostrar por lo menos que si bien sobre-rationales, no eran contra-rationales, y se les ha puesto un basamento filosófico de filosofía aristotélico-neoplatónica-estoica del siglo XIII; que tal es el tomismo, recomendado por León XIII. Y ya no se trata de hacer aceptar el dogma, sino su interpretación filosófica medieval y tomista. No basta creer que al tomar la hostia consagrada se toma el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo; hay que pasar por

(1) *Essai sur l'indifférence en matière de religion*. III partie, chap. II.

(2) *Les soirées de Saint-Petersbourg*, Xe entretien.

todo eso de la transustanciación, y la sustancia separada de los accidentes, rompiendo con toda la concepción racional moderna de la sustancialidad.

Pero para eso está la fe implícita, la fe del carbonero, la de los que, como Santa Teresa (*Vida*, cap. XXV, 2), no quieren aprovecharse de teología. «Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder», como se nos hizo aprender en el catecismo. Que para eso, entre otras cosas, se instituyó el sacerdocio, para que la Iglesia docente fuese la depositaria, depósito más que río, *reservoir instead of river*, como dijo Brooks, de los secretos teológicos. «La labor del Niceno—dice Harnack (*Dogmengeschichte*, II, 1, cap. VII, 3)—fué un triunfo del sacerdocio sobre la fe del pueblo cristiano. Ya la doctrina del Logos se había hecho ininteligible para los no teólogos. Con la erección de la fórmula nicenocapadocia como confesión fundamental de la Iglesia, se hizo completamente imposible a los legos católicos el adquirir un conocimiento íntimo de la fe cristiana según la norma de la doctrina eclesiástica. Y arraigóse cada vez más la idea de que el cristianismo era la revelación de lo ininteligible.» Y así es en verdad.

Y ¿por qué fué esto? Porque la fe, esto es: la vida, no se sentía ya segura de sí misma. No le bastaba ni el tradicionalismo ni el positivismo teológico de Duns Escoto; quería racionalizarse. Y buscó a poner su fundamento, no ya contra la razón, que es donde está, sino sobre la razón, es decir, en la razón misma. La posición nominalista o positivista o voluntarista de Escoto, la de que la ley y la verdad dependen, más bien que de la esencia, de la libre e inescudriñable voluntad de Dios, acentuando la irracionalidad suprema de la religión, ponía a ésta en peligro entre los más de los creyentes dotados de razón adulta y no carboneros. De aquí el triunfo del racionalismo teológico tomista. Y ya no basta creer en la existencia de Dios, sino que cae anatema sobre quien, aun creyendo en ella, no cree que esa su existencia sea por razones demos-



trables o que hasta hoy nadie con ellas la ha demostrado irrefutablemente. Aunque aquí acaso quepa decir lo de Pohle: «Si la salvación eterna dependiera de los axiomas matemáticos, habría que contar con que la más odiosa sofistería humana habríase vuelto ya contra su validez universal con la misma fuerza con que ahora contra Dios, el alma y Cristo» (1).

Y es que el catolicismo oscila entre la mística que es experiencia íntima del Dios vivo en Cristo, experiencia intrasmisible, y cuyo peligro es, por otra parte, absorber en Dios la propia personalidad, lo cual no salva nuestro anhelo vital, y entre el racionalismo a que combate (v. Weizsäcker, obra citada), oscila entre ciencia religionizada y religión científicada. El entusiasmo apocalíptico fué cambiando poco a poco en misticismo neoplatónico, a que la teología hizo arredrar. Temíase los excesos de la fantasía, que suplantaba a la fe creando extravagancias gnósticas. Pero hubo que firmar un cierto pacto con el gnosticismo y con el racionalismo otro; ni la fantasía ni la razón se dejaban vencer del todo. Y así se hizo la dogmática católica un sistema de contradicciones, mejor o peor concordadas. La Trinidad fué un cierto pacto entre el monoteísmo y el politeísmo, y pactaron la humanidad y la divinidad en Cristo, la naturaleza y la gracia, ésta y el libre albedrío, éste con la presciencia divina, etc. Y es que acaso, como dice Hermann (*loco citato*), «en cuanto se desarrolla un pensamiento religioso en sus consecuencias lógicas, entra en conflicto con otros que pertenecen igualmente a la vida de la religión». Que es lo que le da al catolicismo su profunda dialéctica vital. Pero ¿a qué costa?

A costa, preciso es decirlo, de oprimir las necesidades mentales de los creyentes en uso de razón adulta. Exígeseles que crean o todo o nada, que acepten la entera totalidad de la dogmática, o que se pierda todo mérito si se rechaza la mínima

(1) Joseph Pohle: *Christlich Katolische Dogmatik*, en la *Systematische christliche Religion*. Berlin, 1909, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*.

parte de ella. Y así resulta lo que el gran predicador unitario Channing decía (1), y es que tenemos en Francia y España multitudes que han pasado de rechazar el papismo al absoluto ateísmo, porque «el hecho es que las doctrinas falsas y absurdas, cuando son expuestas, tienen natural tendencia a engendrar escepticismo en los que sin reflexión las reciben, y no hay quienes estén más prontos a creer demasiado poco que aquellos que empezaron por creer demasiado (*believing too much*)». Aquí está, en efecto, el terrible peligro, en creer demasiado. Aunque no! el terrible peligro está en otra parte, y es en querer creer con la razón y no con la vida.

La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y por lo tanto a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón. Y ésta tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida. No sirve querer forzarse a reconocer sobre-racional lo que claramente se nos aparece contra-racional, ni sirve querer hacerse carbonero el que no lo es. La infalibilidad, noción de origen helénico, es en el fondo una categoría racionalista.

Veamos ahora, pues, la solución, o mejor, disolución racionalista o científica de nuestro problema.

MIGUEL DE UNAMUNO

---

(1) *Objections to unitarian Christianity considered*, 1819, en *The complete works of William Ellery Channing, D. D.* London, 1884.

# MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

## MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

---

### XLVIII

#### **Primer homicidio presenciado.**

Una tarde de verano venía con la escuela repartiendo chicos por las casas, cuando al pasar por la plaza del Castillo vimos un gran corro de gentes en actitud muy agitada; la escuela en pleno se dispersó, a pesar de los gritos y voces del pobre ayo D. José Vivanco. Cada chico, y yo uno de tantos, se dirigió al corro, procurando meter la cabeza por los intersticios del gentío; en tal empeño estaba, cuando de pronto se abrió un anchó portillo en el círculo por el mismo punto por donde yo quería penetrar, quedándome solo, cual piedra miliar en una vía romana.

En el gran espacio del roto círculo, un hombre revolcándose en su sangre; hacia mí, otro descalzo, remangado de piernas y brazos, que huye con un cuchillo sangriento, rompe el círculo con nuevo amago de salir, y al encontrarme en la línea de la huída, pone el puño del arma en mi hombro, me derriba y sigue veloz su carrera.

Tal fue el primer homicidio presenciado. Esto sí que no se olvida como la escritura de las planas; no se olvida ni en sus más ínfimos detalles.

El muerto estaba bien vestido a modo de hombre jaquetón. El matador debía de ser un pescadero, a juzgar por su calzón de lienzo y su camisa despechugada, los brazos y piernas arremangados y el desuso de zapatos. Tengo en los oídos el chapaleo de sus plantas al herir el suelo en la carrera y un *ris* gruñente de sus muslos al rozar entre sí y ladear el cuerpo para salvar el pequeño obstáculo de mi presencia en la línea de su fuga.

Nada tan frecuente por aquellos tiempos como el espectáculo de las peleas con esas terribles armas cortas. Lo trágico tiene sus atractivos, y más para aquellas sociedades que por teatro conocían únicamente la plaza de toros. Así, cualquier pelea de estas formaba *incontinenti* un espeso círculo de ansiosos espectadores. A ninguno se le ocurría apaciguar a los contendientes ni llamar a la guardia, lo primero, por demasiado peligroso; lo segundo, por inútil: la guardia era una, en el cuartel de realistas o de milicianos, y estaba demasiado lejos.

En este particular han variado mucho las costumbres; para ser justos, debe decirse que en mejora y en empeoramiento. En mejoría, porque dichas peleas no son tan frecuentes, porque el público grita al menos para impedir las, porque hay policía que suele acudir y evitar muchas desgracias. En peoría, porque, en cambio, aquellas luchas, verdaderos desafíos, observaban sus reglas de igualdad y cierta honradez. Luchábase frente a frente, cuerpo a cuerpo, con armas iguales, por más que fueran alevosías. Pero consideraban deshonrosa la verdadera alevosía; no atacaban hasta que su adversario no estuviese con su navaja abierta y preparada. Esta ventaja, al menos, no se le puede negar al matonismo. Luego que los tiempos, la policía y la Guardia civil concluyeron con los barateros y matones, vinieron a sustituirlos los *pinchos*, los *madrugadores*, gente cobarde y despreciable que por entonces cuidaban de exterminar a zarpazos los que gozaban plaza de verdaderos valientes.

El suceso no dejó de servirme de lección: desde entonces he

procurado huir de todo sitio y ocasión de peligro, y nada me parece más insensato que arrostrarlo por curiosidad.

Como barbas mayores quitan menores, el susto de ver al homicida sobre mí, el peso de su mano y el cabo del cuchillo que me derribó, apagaron el horror de la sangre ajena.

Ese horror lo experimenté poco tiempo después, hallándome al balcón de mi casa. En la esquina de enfrente se hallaba situada la taberna del Toro, así llamada por uno grande, negro, pintado en la pared sobre fondo de almazarrón.

Era el tabernero un montañés entrado en años y sumamente obeso, cuya circunstancia fue su perdición. Teniendo los montañeses que habérselas a menudo con gente maleante y bebida, no hay que decir si su oficio es peligroso; pero el gremio, por propio instinto, ha discurrido una táctica defensiva y ofensiva particular. El mostrador les sirve de trinchera, y una cachiporra de acebuche de arma la más eficaz contra cuchillo y navaja. Todo consiste en alguna serenidad. El mostrador corta y destruye el medio de proporción que el arma corta necesita para herir, y todo consiste en largar el garrotazo cuando el contrario llega al mostrador. Con esto, descalabradora segura, atontamiento y dejar al enemigo fuera de combate.

La obesidad del montañés, en la ocasión del suceso, dióselo al mal parroquiano para acertarle una degolladura, y que por ella se le escaparan sangre y vida. Acudieron al socorro, que fue el socorro de España. En una silla lo sacaron de la tienda, para llevarlo al hospital. Así le vi, con su enorme papada, tan péndula como la de un cerdo y tajada con un boquerón que daba espanto, boquete por el cual salía la sangre a borbotones, sin dar tiempo para que el herido llegase vivo a la esquina opuesta. ¿Quién me hubiera dicho entonces que, andando el tiempo, nada me hubiese sido tan fácil como detener aquella sangre y salvar al moribundo?

De todas suertes, la escena dejó debilitada mi sensibilidad para los espectáculos sangrientos. Al primer herido que tuve necesidad de socorrer, me acometió un desmayo; y el horror a

la sangre no ha influido poco para buscar y obtener los medios de que se pierda la menos posible en las operaciones que ejecuto.

## XLIX

### Vida y muerte de un notario.

Cuando mi padre me sacaba de paseo, solía llevarme a casa de sus amigos. A la que más me agradaba ir, no sé por qué, era a la del notario R.; tenía aquella casa cierto atractivo, cierta belleza.

Angulo opuesto por el vértice de la escuela de D. Diego, en otra esquina a las calles de Palacios y Nevería, hallábase una ermita que, aun hoy, abandonada, se denuncia por mohosa campanuela durmiendo en mezquina torrecilla de espadaña. Pegada a la ermita existía la casa del notario.

Zaguán empedrado de menudas chinas y vértebras de cornero, dibujando grecas y círculos. Portón sin cordelillo, pero con un postigo enrejado por el que asomaba la punta de la nariz un ama vieja que reconocía prolijamente, antes de abrir, a quien tocase el aldabón. Dentro, antes del patio, un corredor o galería, con dos arcos de ladrillo descansando en una columna central; de frente, otra galería gemela. A uno y otro lado, un arriate corrido, con macetas o tiestos bien cuidados, de claveles y rosales. En el arriate nacidos, troncos de jazmines y otras enredaderas, una de las cuales daba unas a modo de calabacitas, en figura ya de peras, ya como enanas de peregrino. Entre arriates y galerías quedaba el patio casi cuadrado, de buenas proporciones, crujiente de limpio, tan finamente empedrado y dibujado como el zaguán. En el centro del patio, un pozo con brocal y arca de reja, carrillo o polea de hierro y sus correspondientes sogas y cubo.

El notario solía recibirnos sentado en un sillón de vaqueta; el ama, a la derecha, a poca distancia, en una silla baja. El, con gorro de seda negra, chaqueta grande y chaleco ne-

gro abotonado hasta el cuello; los pies con zapatos de orillo, sobre una zalea. Ella, con jubón de cúbica y saya oscura de percal, teniendo en la falda un perrito dogo muy gruñón, ladrador y mal criado.

La decoración era bonita, florida, verde, fresca, limpia; contrastaba con la sequedad de la vejez y con el mal humor del doguillo. Lo que puedo decir es que aquello me gustaba. Además, dábanme licencia para que cogiese calabacillas, y hasta me regalaban rosas y claveles para mi madre.

La visita tampoco era enojosa por larga; se reducía a preguntar mi padre por el estado de un negocio o por el resultado de alguna diligencia. Parecía la casa la mansión del sosiego; si no fuese por el miedo que a los ladrones veíase en el ama y en el notario, para gozar de paz, allí mejor que en un convento.

Viejo el escribano, no menos añosa el ama, sucedió lo que había de suceder: murió el ama, y a poco vino una apoplejía a visitar al notario. Del primer empuje quedó sin habla y turlato; pero por una hora readquirió el conocimiento. Sabido el accidente por sus relaciones, acudieron al socorro, y mi padre como el más inmediato conocido. El notario quería hablar, y no podía; quería escribir, y su mano se negaba. Traslucía inquietud y vehemente deseo de decir alguna cosa. Aunque notario, no tenía hecho testamento, y así murió.

Careciendo de familia, por lo mismo que curial, echóse la curia encima; cerraron el protocolo y se inventarió.

—El compañero debía tener dinero, y no parece; sólo se han encontrado seis pesetas en el cajón de la escribanía, y una esportilla con cuartos.

Esto decía un escribano, proponiendo que se levantaran los enladrillados. Ya iban a comenzar, escarbando los arriates, cuando otro escribano que había estado cuidando del enfermo dijo:

—El compañero, cuando no podía hablar ni escribir, señalaba en su fatiga hacia el patio.

A tal idea, todos se asomaron a él, y como en su centro estaba el pozo, a una, la curia entera dijo:

—Que se registre el pozo.

Un viejo alguacil salió a la calle y echó el guante al primero que topó con trazas para el caso.

Hiciéronle bajar por la cuerda del pozo, atada a la cintura, con un martillo y un farol. Fue registrando de arriba a abajo, sonando las paredes con el martillo. A una vara sobre el nivel del agua, el martillo dió en un punto sonido a hueco, lo que le hizo gritar:

—¡Aquí hay una piedra falsa!

—¡Quítela usted y registre!—le contestaron desde arriba.

En efecto, así lo hizo. Metió con ansia la mano, y penetró en un hueco: en él tocó maderas como de cajones; procuró asir uno, pero el peso lo inmovilizaba. Creció la expectación ansiosa, y hasta el Corregidor quería echarse al pozo.

Por fin, con nuevas cuerdas y mayores auxilios, vino arriba el primer cajón. Con general impaciencia, poco tardó en saltar la tapa, mostrando su contenido de duros mexicanos. El segundo cajón encerraba también plata acuñada y algunas monedas de oro. El tercero llevó al colmo la sorpresa: contenía cálices, patenas, vinajeras de oro, un pectoral, una cruz episcopal y una mitra bordada en oro, con perlas y piedras preciosas.

Hasta el segundo cajón, la cosa se explicaba bien: los ahorros de toda la vida del notario. Pero, ¿y el tercero? Aquí las caras se alargaban y las bocas se abrían, sobre el fondo de emoción que los hallazgos producen. Un rostro, entre los demás, variaba, ofreciendo cierta expresión ladina.

Así, pasado el primer momento de sorpresa, exclamó el Corregidor:

—¡Pero, señor! ¿Qué significa esto?

A lo que el viejo alguacil contestó, con sorna:

—Pues nada, señor: ¡el tesoro de Pichardo!



## L

## El tesoro de Pichardo.

Pocos quedarán ya sobre la tierra que puedan comprender la contestación del alguacil. Esto obliga a una digresión.

En la calle del Ganado, acera frente a la plaza de abastos del Puerto de Santa María, y un tanto más a la derecha, existía la capilla de un Cristo milagroso: capilla y Cristo han desaparecido.

Yo me asomaba al pasar; más que para rezar al Cristo, por ver el enorme trabuco de *Pichardo*, puesto en la capilla como el más importante de todos los milagros y trofeos.

¿Quién era ese *Pichardo*, y por qué estaba su trabuco en la capilla?

El nombre de *Pichardo* y la circunstancia de poseer un trabuco naranjero, ya habrán dado en la nariz que huele a personaje maleante.

Éralo y mucho. Si no ha pasado al romancero de los *guapos*, es porque no hay justicia en la tierra.

Desde el último tercio del siglo que pasó, hasta los primeros años del presente, *Pichardo* fue el ladrón más *echao palante* que pisó los campos de Andalucía.

Desdeñábase de mandar partida: él solo se bastaba y sobraba para hacer lo que cincuenta de pelo en pecho.

Paraba con su trabuco y desvalijaba diligencias y conductas; echaba boca abajo a una compañía de escopeteros, y obligaba al cabo y cuatro números a que llevasen por delante los objetos robados hasta el sitio que *Pichardo* quería.

Estaba pregonado y vuelto a pregonar. Eso le importaba un bledo, pues así y todo, iba (con su trabuco, por supuesto) a la plaza a ver los toros las veces que le daba la gana, y era padrino de bautismo de cuantos chicos parían sus numerosas comadres.

Andando el tiempo, parecerá inverosímil que un hombre solo pueda burlarse así de la sociedad y de las autoridades, y cometer impunemente tantas fechorías. Hoy no, que aún vemos Ejército y Guardia civil quedar impotentes en la persecución del *Bizco* y tantos otros.

Entre los robos de *Pichardo*, uno hizo más ruido que los otros; no porque denotara mayor valor o atrevimiento, sino por la calidad del desvalijado. Tratábase de una conducta fuertemente custodiada, a quien dió el alto al trasponer el cerro de Buenavista, atando a conductores y custodios, y apoderándose del rico botín. Consistía éste en los caudales y alhajas de un obispo de México, que de Cádiz dirigíase a Madrid. Como cosa sagrada, de la Iglesia, el hecho levantó más polvareda que los de otras ocasiones, recrudeciéndose con ese motivo la ineficaz persecución.

Si solitario, *Pichardo* no lo era tanto como parecía. Desde luego, era corresponsal respetable y respetado de todos los capitanes de bandidos que discurrían más allá de Jerez hasta la corte, incluyendo Extremadura y la sierra de Toledo.

Era la llave maestra de los seguros contra el robo a mano armada. Las grandes maestras de las meretrices gaditanas recibían el dinero por los pases de *Pichardo*, y con tan seguro pasaporte se podía andar por los caminos como se navega sobre una balsa de aceite. Los indianos que volvían a España, al desembarcar en Cádiz, ya lo sabían: así fuesen graves oidores o respetables capitalistas, dejábanse conducir en calesa por las señoras del oficio, e iban a dar gracias en el convento del Carmen, por el feliz arribo; dadas ya gracias a Dios, se entregaban con delicia a los diablillos.

A la verdad, si bien por su dinero, no dejaban de ser tratados a cuerpo de rey, mejor que en las fondas actuales; además, la maestra les proporcionaba, por cantidad convenida, el pasaporte de *Pichardo*.

El Obispo debió ir al palacio del mitrado y no andar en

esos trotes, cayendo de esta suerte bajo el poder del trabuco del bandido.

Pero, al fin, como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, entrando una mañana nuestro *Pichardo* hecho un brazo de mar por la calle del Ganado, con capa terciada y trabuco bajo el brazo, al guarda de la plaza, que había tomado el aguardiente con exceso, le dió la tentación de ser valiente. Y como tuviese en mano su negra escopetucha y viese a doce pasos el contoneo provocativo de *Pichardo* vuelto de espaldas, le hizo la mano, dando gusto al dedo, dejándole atravesado de un balazo.

Por caer allí, frente a la capilla, consideróse asunto milagroso; y, para certificarlo, quedó como testigo el trabuco.

Explíquese el lector ahora el miedo del notario y el ama a los ladrones, y el género de relaciones que entre el héroe y el curial debieron de existir.

## LI

### «Todo conde o marqués nace hombre.»

A fines del otoño de 1833, fueron invadidas por el cólera varias poblaciones de Andalucía. La estación, bastante adelantada, fue motivo para que si en algunas produjera estragos la epidemia, se escapara medianamente en las más. Pero llegó el verano del 34, y el azote fue severo. Tan estúpido me tenía la escuela, que apenas me impresionó; casi me alegré, porque se cerraron las escuelas y se prolongaron las vacaciones.

Recuerdo el terror de los vecinos, la casa cerrada de los Porras: casa principal, de una familia rica de ese nombre, y que toda pereció.

Recuerdo también la persecución de los médicos, «tan brutos que a ninguno curaban: lo mismo era recetar un *agua blan-*

ca (¡el inocente cocimiento blanco!), que ya estaba el enfermo en el otro mundo».

También resuena todavía en mis oídos la trompeta de la fama que pregonaba las prodigiosas curaciones conseguidas por un *brujo* que, apiadada, la Providencia deparó entonces a los infelices apestados.

Pero, ciertamente, no era nada de esto lo que me preocupaba:

Mi señor padre tenía sus opiniones científicas. En esto de Medicina, siempre fue escéptico. Pero no un escéptico como se quiera, de esos prudentes que se reducen a no creer y sonreirse de los creyentes cándidos, sino un escéptico brioso, acusador y denostador de la doctrina y sus ministros. La Medicina, para él, no era ciencia ni nada; los médicos, unos animales de bellota. En cambio, él hacía sus composiciones de lugar, y hasta inventaba sus teorías, más o menos originales. Poníase colorado, con la fe de un neófito, asegurando que el cólera era una invasión de animalillos que andaban volitando por el aire, los cuales no se veían por ser incoloros y pequeñísimos; que se metían por la boca, anidando en el estómago y los intestinos, produciendo así sus estragos de vómitos, fatigas y diarreas.

A partir de esos principios, discurrió el remedio: no contando con una escoba para barrerlos, parecióle muy pertinente el sistema de Le Roy, con sus vomitivos y purgantes. La medicina se la aconsejaba a todo el mundo; quiso aplicarla a la familia; pero como mi madre se ponía hecha una furia, tuvo que transigir. Cesó en su empeño respecto a mujer e hijos, y se redujo a preservarse a sí mismo, tomando por la mañana un *vomi*, y al día siguiente un buen purgante.

Mientras más arreciaba el cólera, más apretaba su profilaxis; con lo que los intestinos no eran tripas, sino boca de caño, hasta el punto de dudar si, no obstante esa escoba, quedarían bichos por barrer y estaba ya acometido de la epidemia.

Entre sustos y pérdidas, llegó al estado de esqueleto; has-

ta sin medicina vomitaba los alimentos, y le cogieron síncope tras síncope. Lloraba mi madre, quería llamar a un médico.

—¡No me traigas esos brutos!—gritaba mi padre.

Pero, al fin, en fuerza de desmayos, perdió hasta la energía contra aquéllos. Vino el viejo D. José Grajales, quien, con mucho trabajo y no menos paciencia, pudo enderezar el carro y sacarlo del atolladero.

Apenas empezó a cundir la alarma epidémica, se marcharon los criados, quedando sola mi buena madre para atender a todo, incluso a las resultas del régimen preventivo.

No había quien fuese a la plaza: mi padre, tambaleándose y hecho un esqueleto; mi madre, desarreglada como quien anda en la cocina y el lavado, cuidando de sus hijos y de la casa; mis hermanas eran pequeñas; yo, aunque el 34 contaba siete años, resultaba el único disponible para salir a la calle y traer el pan, la carne y otros comestibles.

Y a esto voy: a la violencia que me costaba desempeñar tales menesteres.

¿De dónde diantres me vendría aquella repugnancia, aquel orgullo? La verdad, es preciso confesarlo.

Pues no venía de la educación: mi familia era modesta; las circunstancias, humildes. Mi padre solía tararear a menudo el himno de Riego, y aun cantarlo más o menos en voz alta, según las circunstancias; y su copla favorita era la siguiente:

Todo conde o marqués nace hombre,  
Los dictados vinieron después;  
Por sus prendas al hombre apreciamos,  
No tan sólo por conde o marqués.

Sobre lo de la copla, era realmente un demócrata anticipado. En su hermosura distinguida mezclaba simpática llaneza. De mi *impatismo* ya dejo notado el origen páginas atrás; ahora conviene observar el hecho de reproducirse con ocasión de desempeñar un oficio doméstico.

Lo que es canasto al brazo, eso no lo logró mi madre; una talega, y con trabajo. En ella traía el pan, y luego la carne, y después las cosas de tienda o las verduras, prefiriendo hacer varios viajes a uno solo; y no por el peso, sino porque un taleguillo medio vacío resultaba menos indecoroso que transportar un saco lleno. Además, conteniendo poca cosa, me permitía correr con él haciéndole describir círculos a modo de jugueteo.

Lo que más me quemaba, era la maldita alcuza. Había que llevarla con el brazo tieso para que no se derramase; a la vez, su figura cónica descarada, no había medio de disimularla. De modo que es cual si fuese metiendo a todo el mundo por las narices aquella ignominia. Digo que me sentía como si al dios Marte le hubieran puesto una papalina, como D. Diego en verse maestro de instrucción primaria.

¡Bien merece meditar sobre el asunto!

Es dudoso que existan ideas innatas; pero es menos dudoso que existan nociones innatas; y ya no es problemático, sino evidente, que existen sentimientos innatos, como congénitos son los ojos, los oídos y los nervios. Esos sentimientos proceden del modo o aptitud de la sensibilidad subjetiva, y esto se hereda por perfecto atavismo. Desde siglos atrás, los españoles tenemos un atávico sentimiento enfermo acerca del decoro; enfermedad que se manifiesta por muchos síntomas y bajo diversos aspectos, siendo uno de ellos el que origina la creencia de que el trabajo es cosa de esclavos, villanos, pecheros y gente baja. Mientras dure esta enfermedad o preocupación, es imposible que nuestro pueblo sea feliz.

Y si he traído a cuento esta mi observación autógena, no es con otro propósito que con el de llamar la atención de los educadores, para que pongan sus cinco sentidos en corregirla, combatirla y modificarla en los educandos.

Está el vicio tan arraigado en las clases altas como en las más humildes. Así, existe horror al trabajo, no sólo por pereza, sino porque se cree que humilla. Ved a un menestral a

quien favorece la fortuna y se hace rico. Si fue albañil, todo su empeño consistirá en abandonar el oficio y hacer olvidar que hizo mezclas y raspó ladrillos. Si zapatero, dejará la tienda, y procurará hacer entender a todos que es un propietario.

Otro efecto de tan ridícula manía es el de sobrecargar las clases improductoras a expensas de las productoras. No hay lavandera que no suspire por convertir a su hijo en padre cura o empleado o médico, así sea un animal, producto del jolgorio con un soldado.

Apenas el carnicero se ve con un duro sobrante, allá va con su hijo para Bachiller y Doctor *in utroque*. Labrador, ganadero, como no sea sirviente a secas, no vivirá contento si su hijo deja de ir para oficial de artillería o a un empleo, cuando no otra cosa. Así va resultando una llamada clase media exuberante, improductiva, hambrienta, parladora, rapada de saber, pretendiente y pretenciosa o presumida.

No es justo ni conveniente volver a las cortapisas de antaño, cuando para ser marino o artillero se exigían *pruebas*. Pero el caso es que en mi tiempo se ha pasado de un régimen absurdo, aunque tenía su ponderación y su equilibrio, a otro más racional y justo, pero de cuya libertad se abusa.

La instrucción primaria era, según dejamos advertido páginas atrás, para el uso de la Iglesia: para frailes y sacerdotes. Luego se agregaba algún contingente para golillas, militares y covachuelistas. Los demás no necesitaban letras: si caballeros, por caballeros; si pecheros, por pecheros.

Ya en mi niñez, sin mejorarse la educación y la instrucción en el fondo ni en la forma, fuimos a las primeras letras para pasar a la segunda enseñanza y de ésta a los estudios mayores. Así, en sesenta años del siglo hemos abarrotado a España de abogados, médicos, oficiales de mar y tierra, ingenieros, arquitectos, catedráticos, empleados, etc.; y de tal suerte y en tal número, que constituyen un verdadero conflicto y una crisis social, el proletariado de levita o de uniforme.

## LII

**Un conciliábulo frailuno.**

El cólera cesó en las proximidades del invierno. Llegó la Nochebuena, y me mandaron a Jerez, con gran contentamiento mío, a que pasara el mes de vacaciones.

El lector conoce los vínculos de parentesco que existían entre la familia de D. Ramón de Torres y D. Tomás de Castro; y cómo el último era a la par comandante de realistas y jefe civil de los absolutistas de Jerez.

Tenía dos hijas y un hijo, que contaba mi edad próximamente. Ya éramos amigos, de años antes; cuando yo estaba en Jerez, venían ellos a casa de los Torres a comer y jugar conmigo; y, por mi parte, iba con frecuencia a la de D. Tomás.

A cosa de medio día, enredábamos por corredores y patio según uso y costumbre, cuando por la galería alta asomó don Tomás a imponernos silencio.

Este señor, severo y algo cejijunto con sus hijos, quizá por seguir el antiguo régimen de educación paterna, era conmigo tan indulgente que rayaba en débil; así, cuando las hijas, el hijo y aun la madre querían pedirle alguna cosa me echaban de intermediario. Extrañamos, pues, que nos llamase al orden. Nos quedamos quietos y silenciosos. Como tal situación era anormal en los pocos años, decidimos irnos a jugar a unas habitaciones altas y lejanas; mas, como para ello tuviésemos que pasar por la galería alta, lo hicimos callandito y de puntillas.

Antes de llegar a la línea de la puerta de la sala, vimos que estaba casi entornada y que salía un rumor de voces desconocidas, como el zumbido de las moscas en verano. Curioso como chico, y aún más por idiosincrasia, hice señas a los colegas



para que se detuviesen; hurtándome cuanto fue posible, y agachado, asomé un ojo por la rendija.

¡Lo que vi me puso carne de gallina!

En cada sillón, sentado un fraile reverendo; en el sofá, don Tomás; y a cada lado de él, otro reverendo de marca mayor. Desde el de Santo Domingo, no había cosa que me produjera más miedo que un fraile. ¡Calcúlese el que me daría al ver tantos reunidos!

Separé de la raja la cabeza y la volví para hacer señas de silencio a mis amigos: si bien me embargaba el miedo, todavía el estímulo de la curiosidad llevóme a poner oído.

Hablaban con interés, pero en voz más baja de la natural; y lo que faltaba de entonación, lo suplían con gesticulaciones. Me quedé en ayunas y pasé frente a la estrecha abertura de la puerta deslizándome sin hacer ruido ni ser visto, imitándome los compañeros. Fuera ya de la galería, echamos a correr como quien huye de un peligro.

Como las impresiones hondas que se reciben en la infancia no se borran jamás, aquella escena la he tenido siempre en el recuerdo. No hay más sino que se mantuvo indescifrable y misteriosa para mi inteligencia, hasta que, ya proveyo y enterado en la historia política de aquellos tiempos, pude descifrarla.

¡Era, sin duda, un conciliábulo absolutista, de los que prepararon y dieron lugar a la primera y sangrienta *guerra civil!*

### LIII

#### Los amos de España!

De la muerte del Rey Fernando ya he dicho que me acuerdo por la alegría que me produjeron las vacaciones dadas por tan infausto acontecimiento.

Recuerdo también la amnistía de la Reina Gobernadora,

E. M.—*Marzo 1912.*

por el contento de mi padre. Y hago memoria de la expulsión de los frailes, que le tuvo preocupado y atareado en el empeño de su influencia para que se fuesen con Dios, salvos y libres de atropellos.

Como quedan tan pocas personas de las que vivieron bajo el régimen aquel, veo con pesar que se ha perdido el concepto verdadero y justo del estado social de España bajo la tutela de los conventos.

Si hombres de Estado como Cánovas y Castelar han contribuido a su restablecimiento, los unos directamente, los otros indirectamente, es porque, muy niños entonces o no nacidos, no pueden apreciar lo peligroso del caso y la responsabilidad moral de su ignorancia.

Nada más peregrino que oír decir como razón de peso que la democracia, reconociendo el derecho de asociación para todos los ciudadanos, no puede prohibir las asociaciones religiosas.

Bueno sería que examináramos antes si los *frailes* son ni pueden ser *ciudadanos*.

El carácter de ciudadano implica condiciones precisas, determinadas y esenciales.

Exige además obligaciones tan sagradas como las de contribuir a los gastos del Estado y defenderlo con las armas, no por gracia, sino por deber.

Si no exige expresamente que mantenga la posibilidad de llegar a cabeza de familia, no puede consentir la imposibilidad de esta mayor jerarquía social.

Y respecto a la libertad de asociación, demás está el decir que el mayor partidario de ella no la entiende como absoluta: tiene sus límites; no hay nadie que deje de imponerlos, ya en la moral, ya en el orden público o en la seguridad del Estado.

Quiero reconocer y no examino los servicios y beneficios que puedan haber prestado y producido las órdenes monásticas (en empresas loables y en los tiempos de sus respectivas fundaciones).

Todavía algunas pudieran desempeñar oficios cristianos y beneficiosos, cual roturar y poner en cultivo tierras incultas, fomentar las buenas costumbres, sanear lugares insalubres, enseñar e introducir industrias nuevas, etc.

Pero de esto a convertir las ciudades en un amasijo de apretados conventos y la sociedad civil en mero asimilado de los mismos, hay una distancia infinita y patente, como la que media entre el uso y el abuso.

La hecatombe que por entonces dió fin en España a las comunidades religiosas, ha borrado sus culpas bajo la mancha de la sangre. Los que al ver la hoja del árbol encuentran su existir dependiente de la ley y no de casualidad, tampoco pueden mirar los hechos de la Historia (cual la creación y extinción de las comunidades religiosas) como producto del capricho ó del acaso.

Respeto los motivos del nacer, pero me parecen más respetables los del morir. Aunque muy niño, tocó en mi tiempo; y algo pude sentir, ya que no apreciar, de esos motivos.

Infinitos frailes provenían de las clases bajas, y tenían los defectos de la mala educación, agrandados por la grosería del dominio.

Infinitos, insensibles al espíritu sutil de la caridad, eran una masa carnosa, con todas sus podredumbres y pasiones.

Si entre tantos, uno por varón piadoso, otro por sabio, otro por humilde, lograban el justo amor y respeto de todo el mundo, tal autoridad moral iba al peculio de la comunidad y de la institución, para que el mayor número de los viciados acreciera sus imposiciones, sus abusos y sus excesos.

Por cada uno despreciador de los bienes terrenales, contábase diez que, sin perjuicio de pretender el cielo, querían también, codiciosos, los bienes de la tierra.

Así acapararon mucha parte de la propiedad territorial; y la hubieran llegado a poseer toda, sin el límite infranqueable de otras manos muertas: patronatos, hermandades, vínculos y propios de los pueblos.

Ordenes cuyos fines habían caducado, como la redención de cautivos, vivían sin propósito y en el corroimiento de lo que existe sin razón para existir.

El influjo social de las comunidades sobre el medio ambiente no podía ser peor: dominación, casi una casta; licencia envuelta en hipocresía; modelación de la mujer en histérico-beata (replegamiento del espíritu, escrúpulos de conciencia, temor al diablo, a los duendes y maleficios); *pérdida de la autoridad moral de los jefes de familia, sustituida, unas veces de grado y otras mediante imposición, por la de uno u otro reverendo.*

Si hoy se nota el poder que despliega cualquiera sociedad laica poseedora de valores o de considerables propiedades, como las compañías de ferrocarriles, ¡qué poder soñará en igualarse al de aquellas comunidades que, sobre ser dueñas de la mayor parte de la riqueza inmueble del país, constituían una falange sagrada, secular e incontrastable!

Esta hipertrofia de un órgano social se efectuaba, y no podía ser de otro modo, a expensas de la atrofia de los demás organismos de la nación. Así, las ciudades españolas, como todavía puede verse, eran enredijos de conventos, entre cuyas grandes mallas apuntaba alguno que otro caserón solariego y alguna que otra casucha de menestral o de villano.

Independiente cada orden, cerraba su autoridad dentro de sí misma en la jerarquía del generalato, superior siempre de hecho (y en muchas materias, de derecho) al episcopado; teniendo como principal oficio, no el de corregir abusos y excesos de la orden, sino el de velar por su auge, ampararla y defenderla en derecho y contra derecho.

El laico más poderoso de la tierra, así hubiese fundado, dotado y concordado las obligaciones de un convento, así reservase para el patronato cláusulas omnímodas, quedaba su potestad en nada desde el punto y hora en que la comunidad se establecía.

Los condes de Niebla, fundadores, dotadores, propietarios

del convento de San Isidro del Campo, escandalizados de la irregular vida airada y viciosa de la orden, quisieron en vano poner remedio. Tuvieron que apelar al poderío de otra orden religiosa que contrarrestase a la primera, porque ni Gobierno, ni Arzobispos, ni Autoridad de ningún género tenían fuerza contra el poder de aquella orgía monástica; y aun así, pasaron muchos años sin lograr reducirla, a pesar de órdenes y breves del Pontífice.

Si la Inquisición, con todo su poderío, metió mano alguna vez, como en este mismo de San Isidro, en algún convento que otro, sólo fue para expurgar casos de fe.—Casos de escándalos viciosos, de abusos y extorsiones, o no quiso o no pudo castigarlos e impedirlos; contentándose sólo y tímidamente con imponer leve corrección a alguno que otro de los llamados *solicitantes*.

El mismo interés común de mantenerse en la altura del respeto, obligaba a los buenos a disimular y ocultar los defectos de los malos. La impunidad alentaba los excesos; y así crecía la grama, ahogando los sanos propósitos de las mejores instituciones.

Injusto sería medir por un rasero a todos los frailes y a todos los conventos. Los había mejores y peores.

Mas, el día de su hecatombe fue estallido sangriento de la barbarie, que siempre marca la Historia cuando por muchos siglos queda ahogada la Justicia.

Obsérvese cómo han ocurrido los hechos análogos: la muerte de los Templarios, la degollación de los Genízaros, la de los Judíos en la conjura del Arcediano de Niebla.

Elijo exprofeso estos ejemplos, por lo mismo que siendo al parecer incongruentes entre sí, tienen de común un mismo término de violencia ensangrentada.

En cada uno de ellos aparece una causa distinta determinante, pero todos reconocen la misma predisponente.

La opinión condenatoria más unánime se refiere a la bár-

bara degollación de los Judíos. Y, sin embargo, ¡qué superficial aparece la Historia al tiempo de juzgarla!

Que entrara el furor fanático en el hecho, ¿quién podrá negarlo? ¡Como entró el error fanático de creer a los frailes de Madrid envenenadores de las aguas! Pero, ni el fanatismo religioso por sí solo hubiera asesinado a los Judíos, ni el populacho ignorante y fiero de Madrid hubiera dado asenso a la calumnia, si causas predisponentes, actuando con lentitud por muchos años, no hubiesen coincidido con otras coadyuvantes y con la determinante, a pesar de su notoria absurdidad y falsedad.

Supongamos a España mucho más pobre que lo está al presente. Supongamos que en vez de trescientas casas de empeño y de usureros hubiera en Madrid diez mil; y que estos usureros fueran poderosos, y enredando a los afligidos de la miseria, llevasen a la desesperación, un año y ciento, generaciones tras generaciones. Supongamos que no hubiese Autoridad o leyes capaces de impedir ni castigar estos abusos.

Como en la naturaleza viva y fisiológica, igual que en la puramente física, las fuerzas se transforman, pero no se pierden; y como la irritación que produce la violencia moral de cada individuo es una fuerza, y esta fuerza, aunque se reprima y quede inerte al parecer, tampoco se pierde, sino que sólo se transmite—al fin y al cabo, un año tras otro año, llega a estallar en forma de violencia horrible. Los diez mil usureros serían carne y sangre insuficiente para clavar los colmillos y las uñas de la ira acumulada; como lo fueron los Judíos, los Genízaros, los Templarios... y, por más que duela decirlo, también los frailes.

Si las leyes físicas son dignas de respeto, es preciso respetar las leyes biológicas.

También la Sociología tiene sus leyes, aún más dignas de respeto: son las leyes de la Humanidad; y si no las ha establecido el Supremo Hacedor, yo no sé quién haya podido decretarlas.

Ya muy entrado en años, fui a visitar en Burgos el convento de la Cartuja.

Lo encontré casi derruido: muchos altares, desmantelados; los góticos sepulcros, primor del arte, convertidos en oprobio de España, que así permite el robo y la fractura de tan nobles e inapreciables monumentos.

Allí, entre soledades y entre escombros, barría el helado cierzo la sangre; caía la lluvia, encharcando el desolado piso y calando los pies.

Una sombra blanca aparece en el fondo del claustro, adelanta con lentitud y la cabeza baja: es un resto, un esqueleto vestido de cartujo, pero con la enjuta cara sonrosada.

Cuenta ochenta y ocho años. No quiso abandonar su convento, y sigue entre sus ruinas hasta la muerte; lo mantiene allí la Providencia, como al jaramago el jugo misterioso de los arcos caídos.

Pasó sin mirarme y sin hablar una palabra. Yo tampoco la pronuncié, pero dije para mis adentros: «¡Bendito seas, anciano venerable!»

\*  
\* \*

Determinados quehaceres me llevaron en cierta ocasión a un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Las mujeres andaluzas tienen un tipo gracioso, franco y simpático que les es común, independientemente de que sean bonitas, regulares o feas.

En las varias poblaciones del partido, chocóme ver un tipo común en sus mujeres, pero enteramente opuesto al de los demás distritos: ya fuesen guapas, feas o medianas, todas caritocidas, antipáticas y desagradables. Los hombres, sin la movilidad y el desplante de la tierra, más bien socarrones, recelosos y predominando en ellos la gordura.

Daba vueltas en mi cabeza al problema: no veía diferencias de razas; cosa ésta muy común en España, donde es frecuente encontrarse, en el corto espacio de un par de leguas,

dos o tres variedades étnicas perfectamente distintas. Teníame ya al fin por confundido, cuando la casualidad me dió resuelto el problema.

En el distrito, en despoblado, el convento de un Cristo milagroso.

Con la devoción, romerías y abundantes ofrendas. Para recogerlas y mandarlas al cielo, suficiente número de frailes trasconejados, sin regla ni hábito, sin rey ni Roque, pero con omnímoda influencia en los contornos. Muchas comadres, más sobrinos (constituídos en autoridades), y todavía más confesadas y muchos más confesados.

Quiere decirse, que hasta ayer mañana cualquier observador podía estudiar en España lo que eran los frailes, los conventos y su influencia en la población.

Lo mejor y lo peor. Lo mejor: hasta arrancar bendiciones de lo más hondo y puro del corazón. Lo peor: hasta producir execración y asco.

Dominó y se impuso lo segundo a lo primero. Cargóse de ira la atmósfera, cayó un ráyo y estalló el incendio.

#### LIV

#### **Donde empieza la fuerza concluye el poder.**

Andaba por los alrededores de los ocho años. Había venido a serme cada día más enojosa la penitencia del rizado a fuego, el corsé y las composturas. Contra esto arreciaban mis protestas y la energía de las mismas.

Cierto día llegaron a mayores: no me estaba quieto, rababa y pataleaba a la colocación de cada *papillote*. Mi pobre madre trató de reducirme a la obediencia con amonestaciones que no me produjeron efecto; luego, con amenazas, y menos todavía. Eché a correr; mi madre corrió también para sujetarme, lo cual no era fácil por mi infantil ligereza. Viéndose des-



obedecida y burlada, montó en cólera y me tiró una bota, con tan mala suerte, que el tacón, dándome en la cabeza, produjo una descalabradura.

Ver mi buena madre correr la sangre y llenarse de angustia, fue todo uno. Tuve yo que tranquilizarla, haciendo ver que la herida era leve y no tendría consecuencias.

Pero en este pronto acabóse la compostura. Renunció a ponerme bonito, y salí de la esclavitud de Babilonia: tiré el corsé y me hice cortar el pelo a punta de tijera. Es más: si no abusé del cariño de mi madre fue porque la amaba tiernamente, pero no porque conservase autoridad sobre mí. ¡Estaba desarmada!

La corrección tiene su límite; es necesario no llegar a él, porque entonces se agota su resorte y el educador queda desarmado. Esto lo sienten y comprenden perfectísimamente los niños.

El poder y la fuerza son dos cosas en absoluto antitéticas: donde empieza la fuerza es porque concluye el poder.

## LV

### **Ni golpes ni insultos.**

Por dicha mía, el año 1837 vino a establecerse en el Puerto otro maestro de escuela.

De su biografía sé muy poco. Sin embargo, me pareció entender que era gaditano, y que unos señores ricos, de Jerez, procurando un buen maestro para sus hijos, se concertaron para proporcionarle un sueldo regular.

Fueron a Cádiz, y tomados informes, eligieron a D. Domingo Fartos. En efecto; dicho señor admitió el partido, trasladándose a Jerez, en cuya ciudad casó con una señora algo hacendada. Vivió así bastantes años, educando a un corto nú-

mero de niños, hasta que, viudo, tomó tedio a Jerez y trasladóse al Puerto de Santa María.

De los Torres había llevado recomendación para mi padre, y el buen porte de D. Domingo hizo que desde luego me entregaran a él, quitándome, con gran contentamiento mío, de la odiosa escuela de D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.

D. Domingo tomó en arriendo una casa principal en la calle Larga, esquina a la de los Descalzos. Solamente diez o doce niños inauguramos la escuela. Los honorarios, tres duros mensuales; y uno más, si aprendíamos dibujo.

Instaló la clase en la sala principal y en las galerías altas, con luces al patio estas últimas. Aquello estaba bien, cómodo y limpio.

D. Domingo vivía decorosamente. Debía tener ahorrillos, con los cuales y una rentita de mil pesetas, producto del arriendo de un majuelo heredado de su mujer, ayudábale la escuela.

Por otra parte, era un señor original.

Su edad, indescifrable. Representaba al pronto así como unos cuarenta y cinco años. Observado despacio, lo mismo podía tener sesenta que setenta u ochenta. En Jerez solían decir:

—Es más viejo que D. Domingo Fartos.

Lo cierto es que no chocheaba; y que hombre más acicalado y recompuesto no lo he visto en todos los días de mi vida.

Mediano de cuerpo, proporcionado de carnes, dadas las mejillas con su poquito de arrebol, teñido prolijamente el escaso pelo de la cabeza y barba, suplidas ambas deficiencias con una peluca rizada y flamante (de *tupé* a lo Martínez de la Rosa) y patillas postizas (a lo Coradino). Gafas de miope, en fina armadura de oro; dientes blancos, pequeñitos, e iguales en ambas mandíbulas, y tan sin faltas como que eran postizos. Camisa blanca, con gran alfiler de piedras; corbatín rayado, de charol; chaleco amarillo, de gamuza; frac azul con botón dorado; pantalones estrechos, de botín; botas de charol, flamantes: era el

figurín, el currutaco, el lechuguino más completo y pulido que concebirse pueda, sobre un pellejo añoso prolijamente restaurado.

Allí no había disciplinas ni palmetas. Respiré con gozo; a besos hubiera despintado el arrebol de D. Diego y héchole emigrar de su sitio las artificiales patillas.

Luego se acercó muy amable y me preguntó en qué regla escribía. Se lo dije, y me contestó:

—Eso no sirve. Escribirá usted en raya y al dictado. Haga la letra buena o mala, como pueda: procure sólo que sea igual y lleve la misma distancia.

Después me dió a leer en el Iriarte, y me dijo:

—Lee usted sin sentido. Primero lea para sí el primer párrafo; entérese de lo que dice, y luego que lo haya entendido leámelo en voz alta.

Así que examinó el grado en que me hallaba de escritura y lectura, pasó a la gramática, haciéndome una observación que me dejó con tamaña boca abierta, a saber:

«Que ignoraba en la gramática lo que sabía perfectamente desde muchos años atrás. Porque no decía *las hombre* ni *el mujeres*, sino que hablaba correctamente, concordando en género y número los masculinos y femeninos; mientras que por la gramática ignoraba todo esto, al parecer. Añadió que no me apurase, pues con un poco de atención y algo de buena voluntad adelantaría en poco tiempo.»

Efectivamente, yo no sé cómo se las manejó aquel bendito de D. Domingo. Al año justo hizo exámenes públicos en el salón del Ayuntamiento, presididos por el Alcalde, a los cuales asistieron el síndico, los regidores y las familias de los alumnos. ¡Y resulté el héroe de la fiesta! Se me encomendó pronunciar un discurso algo pedante, que aprendí de corrido, a pesar de mi falta de memoria.

Todos los chiquillos salimos muy contentos; diéronme la medalla, y el alcalde me enderezó otro discurso cual el de Je-

rónimo Paturot, diciendo también, entre otras cosas, que los niños aplicados éramos la esperanza de la Patria.

Con esto se dió por terminada mi instrucción primaria, y pasé a la categoría de estudiante de latín.

Digamos la verdad: de la escuela de D. Domingo salí bastante ignorante. Respecto a leer, sí, leía de corrido. En cuanto a escribir, medianamente. Ortografía, insegura y aun escasa. De Aritmética: sumar, restar, multiplicar y partir, con gran trabajo. De Historia: que

Libre España, feliz e independiente,  
Se abrió al Cartaginés incautamente.

De Geografía: que el mundo tenía cinco partes, y que en Europa estaba España. De Dibujo: copiar hasta caras; y una pícara mano, con un racimo de uvas, que me llevó tres meses.

Pero, al cabo, volví á desentumir mis facultades intelectuales; sentí el estímulo del buen trato, y me coloqué en camino de aprender. ¡Si hubiera tenido la fortuna de tropezar antes con otros maestros cual D. Domingo, atentos y no rutinarios!

## LVI

### Un general de dos lustros.

A medida que los meses me iban alejando de la escuela de D. Diego, mi espíritu venía desplegándose en la de D. Domingo.

Llegado al punto de entender lo que leía, *motu proprio* leí el *Bertoldo*, que no dejó de hacerme gracia. También leía cuantos romances pregonaban los ciegos. Y a esto se redujo mi primera literatura. Comprendí bien las moralejas de las fábulas de Samaniego, no tanto las de Iriarte. De la Historia de España no hice alto más que en Numancia y en Sagunto, en Viriato, en La Cava y Don Rodrigo.

Con estos materiales y los del medio ambiente, cuya parte

más aguda para mí era la noticia de la guerra civil, despertóse mi cerebro en intensa función imaginativa.

Ya vimos cómo dicha facultad se manifestó años muy atrás, a los tres de mi vida, con motivo de los cuentos de la *abuelita*. Pero entonces el fenómeno ocurría durante el sueño, y mi personalidad poco ponía de su parte: me imaginaba sólo como actor de lo que acababan de contarme, pero no creaba, no producía.

Ahora, esto es, de los diez a los once años, la facultad imaginativa se presenta en toda su amplitud y con todos sus caracteres; no durante el sueño, sino principalmente en esos períodos intermedios del sueño y de la vigilia que se ofrecen entre el acostarse y dormirse, entre el despertar y levantarse por la mañana. También en las ocasiones de reposo y soledad, cuando me echaba a discurrir: un discurrir que sólo consistía en imaginar, crear situaciones, resolver dificultades en pro de mis deseos. ¡Soñar despierto!

Venían estos fenómenos unidos y como evocados por un deseo que, bien puede decirse, declaraba mi vocación: el deseo de moverme, agitarme, correr, volar, combatir y vencer.

Ganábamos una acción a los carlistas, y toda la ciudad se conmovía de contento. Echábanse las campanas a vuelo; el himno de Riego me introducía en el cuerpo el espíritu de un tambor mayor, según cogía el compás, pisaba fuerte y unas carrerillas de calor y frío me soplaban desde el espinazo.

Llegaba la noticia de un desastre; al apocamiento y tristeza de los partes respondían mis emociones con la contracción rígida de los miembros, cual si se prepararan para rechazar y acometer.

Con esto, la imaginación me fingía disponiendo combates: que así picaba de alto, concediéndome, desde luego, el empleo de general en jefe. ¡Y, cosa rara, inventaba recursos para todo! Imaginé una táctica para tener siempre las espaldas cubiertas y defender los flancos, puntos que el mismo instinto me hacía sentir como más débiles.

Discurrí un ataque en forma de cuña, que aún hoy me parece mejor y más racional que el de cabeza de columna y otras muchas cosas que no son pertinentes aquí. Pero que, andando el tiempo y cuando entrado en edad viril, pude dedicarme a la lectura de algunos tratados militares, vi con sorpresa que poco de lo que decían me era nuevo; porque en mi ardor infantil imaginativo ya lo tenía discurrido y aun algo más, por esa especie de visión misteriosa y loca con que la imaginación suele adelantarse.

## LVII

### «Yo trovador, yo pobre y sin fortuna.»

No sé cómo, repentinamente, de la noche a la mañana, ocurrió en la sociedad portuense un trastorno singular: de solitaria, triste e incommunicativa (excepto los días de toros), se hizo sociable, tertuliana y callejera. El fenómeno fue más visible en las mujeres que en los hombres.

Antes, apenas si salían ellas de sus casas, excepto los domingos para oír misa. Ahora veíaseles ir y venir a casa y de casa de sus amiguitas, a la Alameda por las tardes y al emparado de la Victoria por las noches. El teatro, que antes apenas se abría de higos a brevas, y quedaba vacío de señoras, por considerarlo cosa de pecado, llenábase entonces de bote en bote, desde la concha del apuntador hasta la cazuela. La *cazuela* se decía a lo que después se ha dado los nombres de *gallinero*, *ignominia*, *paraíso*, etc. En varias casas particulares se formaron tertulias: se bailaba el rigodón lánguidamente, se recitaban versos y aun, en algunas, se representaba la *Marcela* o algún drama novísimo.

Las mujeres cambiaron los huecadores y el moño alto (a semejanza del retrato de la Reina Gobernadora) por trajes negros, bucles lacios y mal rizados, procurando tomar un aspecto doliente, enfermizo y sentimental. Los hombres se dejaron

crecer el pelo hasta los hombros, sustituyeron el sombrero de copa por chambergo en el invierno y sombrero de paja en el verano.

Ellas tomaban vinagre para empalidecer, y comían poco para ponerse espirituales. Ellos se dieron, del «no hacer nada» andaluz, a pegarse a la guitarra y aprender a cantar, no jaleos ni boleros, sino unas coplas lamento-gemidoras que solían terminar:

«O la muerte o la muerte o tu amor;  
»O la muerte o la muerte o tu amor;  
»O la muerte o la muerte o tu amor.»

Así, repitiendo tres veces, para que se diesen todos por enterados y nadie pecara de ignorancia.

Pero el caso era que la amenaza la tomaban tan por lo serio las mujeres, que apenas cualquiera del sexo feo (a la sazón más afeado por las greñas y lo melancólico del semblante) tenía con los ojos una escaramuza con cualquiera dama, ya creía ella que estaba a punto de matarse o morirse el trovador, si no le concedía sus favores.

En una palabra: cada hombre era un trovador; cada mujer, una dama mal lograda. Para todo evento, llevaban pendiente del cuello con una cinta negra un pomito de cristal que no contenía nada, pero que debiera contener veneno.

Las solteras se quejaban de la tiranía paterna; las casadas, y esto era peor, de la tiranía de los maridos. Y todo, porque ponían reparos a que la moda de trovadores y románticas no llegase a lo vivo.

Realmente, aquello fue un contagio de histeromanía. Ignoro los grados que alcanzara en el resto de España; pero lo que es en el Puerto y en Cádiz, a juzgar por lo que aun pude observar años después, el fenómeno no pudo ser más curioso, más hondo y trascendental.

No sólo influyó en los trajes y costumbres, sino que modificó la afectividad. Los deslices sexuales, antes anatematizados

y seguidos del conjuro social, ahora eran motivo de general compasión. A la denuncia de alguna travesura del dios vendido, respondíase a coro:

—¡Hija (o hijo), Dios le libre de una pasión!

Lances de amor no satisfacían si no se rodeaban de dificultades familiares: el rapto, lo ideal; el conflicto de un duelo entre dos trovadores, o entre un trovador y un hermano o un marido tiránico, el colmo de la apoteosis pasional.

Hasta el tono de la voz sufrió su cambio; y no hay qué decir, los temas de conversación.

Me parece que acaba de ocurrir. Estoy en el paseo nocturno de la Victoria. La tibia luz de la luna sólo basta para hacer más visibles las espesas sombras de los naranjales y emparados. Por sus estrechas calles pasan lánguidas señoritas espirituales. Las mamás, so pena de incurrir en nota de tiranía, quedan sentadas en los bancos de piedra. Los trovadores no suelen ir con las amadas: perdería el amor su prestigio con las facilidades de la aproximación. Allí, entre los árboles, al final o a la cabeza del paseo, allí está el galán enamorado para aprovechar una furtiva seña o deslizar un billete, en verso a ser posible.

Un trovador asendereado (como que viene todas las noches de Jerez con su laúd) se sienta en un taburete (vulgo silla), debajo de un naranjo. Cual el ruiseñor, en lo más oscuro y en lo más espeso, con voz temblona y entonación que todavía recuerdan los tenores de arietas, canta:

«Yo trovador, yo pobre sin fortuna,  
sufro de amor, desdenes y esquivéz.»

Pero, en fin, este trovador trashumante no resultaba demasiado peligroso.

No sucedía así con otro que había hecho de Cádiz teatro de sus aventuras, y que de cuando en cuando venía al Puerto a hacer conquistas.

En efecto, era guapo: alto, delgado, pelinegro, pálido y



ojos interesantes, al decir de las mujeres. El caso es que las noches que aparecía se alborotaba el gallinero, y todos los demás trovadores y románticos se daban al diablo.

Aumentaba el interés lo misterioso del personaje, que no era gaditano ni se sabía de dónde había venido. Podíase colegir que era rico, puesto que tomaba los mejores cuartos de las fondas; tenía un criado-escudero y un perrillo americano que le traían y llevaban los billetes amorosos; no se le conocía oficio ni beneficio, y sólo se ocupaba en ser romántico. Tanto, que nadie poseía el secreto de su nombre: todos le conocían por «el romántico», y *El Romántico* se firmaba, por antonomasia.

Para que nada le faltase, era altivo con el sexo fuerte y había acogotado a algún marido prosaico y a más de un galán romantiquillo de tres al cuarto.

Con tales antecedentes, no es necesario decir las apasionadas que tendría, para quedar luego con el derecho de hacerse las víctimas y pretender tomar veneno.

No sé lo que fue de aquel Tenorio de época; probablemente se moriría de fastidio.

Mas no hay que tomarlo en broma. Aquella socioneurastenia, aquella enfermedad del espíritu y la carne, produjo un aire ambiente, un medio externo, que hasta en mí, aunque sólo contaba unos diez años, produjo ulteriores efectos.

## LVIII

### Mi Pegaso-Rocinante.

Con motivo de la brillantez de mis públicos exámenes, no sólo me dejaron ir a Jerez a pasar la canícula, sino que mi tío Manuel me regaló una peseta, y mi padrino dos.

El viaje a Jerez lo hacía de este modo:

A las cuatro de la tarde en verano, y a las dos en invierno,

E. M.—Marzo 1912.

salía el ordinario de Jerez para conducir cartas y encargos. Correo oficial, aun en poblaciones tan cercanas, no lo había diariamente.

Mi padre, a la hora señalada, conducióme a la casa del ordinario, el cual me montaba en un borrico; y por materia de ocho reales, cuatro por el burro y cuatro por mi encargo, me dejaba en la casa de los señores de Torres.

Esta vez, contando mi padre con mi formalidad y edad adelantada, no me condujo en persona; me entregó las dos pesetas, para que por propia autoridad fuese a casa del conductor y me montase en el burro.

Mas fue el caso que, por el mismo deseo, adelanté las horas, que aquel día me parecieron retardadas y perezosas. No había llegado aún el ordinario, le esperé impaciente. Salí a la calle, mirando en una y otra dirección por si venía. En una de éstas me fijo, sobre un portón de cuadra, en un escudo con la corona real, en medio un caballo pintado, y haciendo círculo un letrero que decía: *Real casa de Postas. Se alquilan caballos.*

Quedé pensativo delante del escudo. Un mozo viejo barría la cuadra perezosamente, como andaluz y viejo y en siesta de verano.

Un pensamiento atrevido me pasó por la frente, hice cierto esfuerzo para desecharlo y salí con precipitación a casa del ordinario. No había llegado aún: aunque en realidad no eran las cuatro todavía, el reloj de mi impaciencia señalaba las cinco.

La idea se puso entre ceja y ceja con mayor energía. El viejo continuaba dando sus escobazos, con tres minutos de intervalo. Al fin no me pude contener.

—¿Se alquilan caballos?— pregunté al barrendero.

—Se alquilan— me contestó, como si sintiera pereza hasta para hablar.

—¿Cuánto cuesta un caballo para Jerez?

—Un duro.

Yo tenía la mano metida ya en el bolsillo del pantalón,

tocando las cinco pesetas de mi caudal: las dos que me dió mi padre para el cosario, y las tres de los agasajos.

Mi respuesta consistió en sacarlas y ponerlas en la mano del interrogado. Guardóselas éste, me miró con indiferencia; y a un caballote muy alto, escaparate de huesos, que estaba ensillado, apretóle la cincha, le puso un bocado y lo arrastró a la calle por la brida.

Mi buena madre, si había desistido de apretarme los entresijos con el corsé y de rizarme el pelo, no así en lo de componerme. Para enviarme a Jerez, había puesto los cinco sentidos. Dormán de paño verde oscuro, con tres hileras de botones de cabeza de turco; cuello blanco, de finos pliegues; gorra de fuelle, con larga borla de seda en la flotante punta; pantalón bombacho y botitos de charol abotonados de azabache: tal era mi indumentaria.

El caballote estaba dispuesto en medio del arroyo, y yo pugnaba inútilmente por encaramarme; el mozo hubo de comprender la necesidad de su auxilio; y echándome un puñado a los fondillos, me dejó perniabierto sobre la silla.

Sentirse el jamelgo con montura y echarse a pasitrote, fue en un punto. Tomó a la izquierda, embocando por la calle Larga, y la siguió toda al mismo aire, para tomar por su propia cuenta el arrecife de la Victoria.

Ni aun tiempo tuve para estimar mis extrañezas. Jinete ya y buen jinete en el borrico pío, al sentir la tentación de hacer un viaje a caballo por mi propia cuenta, entendía que de burro a caballo no iba mucha cosa. ¡Ahí era nada lo del ojo! Desde la primera reacción del jaco, salté media vara de la silla; y al caer no caí equilibrado, sino tan fuera de centro, que gracias si pude agarrarme al borrén delantero para no ir a tierra. Con el respingar del cuerpo, la malhadada gorra de fuelle desarrollaba una fuerza excéntrica, que ya fue milagro no perderla al primer paso; tuve que echarme el barboquejo con una mano, mientras con la otra seguía agarrado adonde podía. No teniendo más manos, perdí las bridas, que cayeron al

suelo; en él fueron pisadas y rotas por las patas del rocín. La vaqueta de la vieja silla, encaracolada por las faldas, estaba lustrosa y resbaladiza en el asiento, más que si untada de jabón. Los estribos no hubo tiempo de proporcionarlos a la longitud de mis piernas, de manera que pendulaban sueltos, cochando los ijares y arreando automáticamente al caballote.

Así iba, con los atávicos recursos de mico caballero para no caer; y todavía hay que mirar en esto cosa de milagro, pues tan pronto me veía montado en el pescuezo como en la grupa, tan pronto descentrado a la izquierda como a la derecha. El animal, por voluntad propia, tomó el camino de la trocha; y, sin dejar su endemoniado trote de posta, entró en Jerez a la hora de salir del Puerto.

Eso sí, ¡la entrada fue triunfal!

Atravesamos (o, con más propiedad, atravesó el Rocinante) por los espesos grupos de *gansos* jerezanos, que, esperando ajuste de trabajo, llenaban la amplia plaza del Arenal. Como vieses tan mal caballo y tan peor jinete, rompieron en una salva tan nutrida y resonante de silbidos y vocal trompetería, que ni la que tanto provocó la *impatuosidad* de D. Antonio.

Mi Pegaso no se dió por aludido. Siguió su trote como si tal cosa, llegó a la calle Larga, colóse en la posada de la Consolación; sin dejar el mismo aire, entró en la cuadra, a pique de estrellarme los sesos contra el dintel de la achatada puerta; gracias que advertí el peligro y me cosí al pescuezo, formando una sola pieza caballo y caballero. En el pesebre, allí paró. Me deslicé, cayendo de pie al suelo; pero tan agarrotado, maltrecho y dolorido de agujetas, que apenas podía andar.

Así salí de la posada, dirigiéndome a la calle de Piernas: a pesar de lo molido, sintiendo cierto orgullo y satisfacción interior por haber hecho un viaje... ¡solo!... ¡y a caballo!

## LIX

**Hago mis segundas armas.**

Si no recuerdo mal, 486 era el número de la casa propia y morada de D. Ramón de Torres. A la izquierda seguía el número 485, también propiedad de D. Ramón, aunque dada en alquiler. Esta, de aspecto antiguo; con trazas solariegas, a juzgar por las dos columnas toscas que limitaban la portada, y el carcomido escudo de mampostería que mediaba el dintel.

Las casas solariegas españolas tienen una cierta elocuencia. Parece que están recitando la sabida copla que dice:

Aprended, flores, de mí  
Lo que va de ayer a hoy;  
Ayer maravilla fui  
Y hoy sombra mía no soy.

Efectivamente, su aspecto triste, lo sucio y desconchado de sus paredes, lo despintado y desvencijado de puertas y ventanas, contrastando con cierto aire de severa antigüedad, con voces mudas declaran lo inestable de la grandeza humana.

Añádase que tales caserones, no teniendo nobles e hijosdalgo que los habiten, se encuentran relegados a la ínfima clase de viviendas de vecindad. Tal era el tipo del número 485.

Poca renta debía producir. La planta baja tenía cuatro puertas a la calle: la del portal ya descrita; a la derecha una, correspondiente a accesoria, barbería a veces, zapatería ahora (en el día a que me refiero); a la izquierda, haciendo esquina, otra accesoria con dos puertas, una a la calle de Piernas, otra a la de Sevilla (dicha accesoria, más constante de arriendo y uso, carnicería la más veces, puesto de frutas y hortalizas las menos).

En las vacaciones de verano del año 37 frisaba ya en los diez de mi edad.

Durante el que pasé en la escuela de D. Domingo, dejo dicho que la inteligencia y el carácter se me habían desentumido. También el cuerpo había experimentado esponje y esperezo; había crecido mucho y embarnecido algo; más parecía de doce, que de diez años.

No cohibido, sentíame inclinado, puede que por natural reacción, a atrevimientos y a diabluras, a ser curioso, con algún tanto de malicia; y, si llegaba el caso, a salir de apuros faltando a la verdad.

En la calle, frente a casa o poco distante, jugaba al toro con otros chicos del barrio, mal educados; corría la varilla, saltaba la mula, jugaba a la patuca y al hoyuelo, y me daba de pescozones con los pilletes cuando llegaba la ocasión.

También hacía mis excursiones por la vecindad. El almacenero de enfrente me regalaba pasas, almendras y castañas pilongas; el zapatero de la accesoria me recibía con consideración.

Un día fuí a hacerle una visita. Había salido a tomar medidas a un parroquiano, y sólo estaba el aprendiz, muchachuelo de catorce años, desvencijado y mal lucido, como suelen los que pasan la juventud sentados, a oscuras casi, oliendo curtidos viejos y cerote.

La curiosidad me llevaba a examinar las cosas inmediatamente, a tentarlas y cogerlas con las manos. Esto es muy común en las criaturas; más común el que se considere como un vicio infantil y se les reprenda diciendo:

—Las cosas no se tocan; se miran y nada más.

La reprensión no es justa ni es discreta. Lo que debe encargárseles bien es que cuiden de no romperlas, de examinarlas con esmero y de volverlas a dejar como estaban y en su propio sitio.

Ello es que yo comencé por mirar y remirar las leznas, el pie de cabra, los hierros y demás chismes que había en la ban-

quilla, cogiendo ora uno, ora otro y palpando sus superficies.

El aprendiz me dijo con malos modos:

—¡A ver si dejas eso!

Y yo le repliqué:

—¿Me voy a comer algún pedazo?

Él entonces, con peores humos, contestó:

—Lo que te digo es que si vuelves a tocar, te bailo un *zapateo* en la barriga.

A esa amenaza, señalándole la puerta de la calle en són de desafío, prorrumpí:

—¡Vamos a verlo!

Salimos, en efecto; y, ya en la acera, comenzamos a darnos de cachetes. Aunque de mayor edad, por desmedrado y mal pergeñado, eran sus moquetes menos duros que los míos; al probar su impotencia, entróse en la tienda y cogió una chabeta, partiendo sobre mí.

Los múltiples y encontrados impulsos que sentí yo en aquellos momentos brevísimos fueron tantos, tan varios y tan complejos, que sólo se pueden concebir dada la velocidad del pensamiento. Entrañan datos de importancia que se relacionan con la psicología de la criminalidad, y creo interesante darlos a conocer y analizarlos. Mas para no cortar el relato diré ahora que, al verle yo trasponer la puerta de la accesoria, di un salto a la derecha, tomé el portal de la casa, y le dejé libre el campo, entrando disimulado a conversar con la familia del señor Felipe Cos.

## LX

### ¿Huída vil o retirada honrosa?

Al ver al zapaterillo echar mano a la chabeta, la primera emoción fue de miedo, acentuado por el recuerdo de los cuadros del pescadero y el muerto, del borracho y el degollado

montañés. Sin intermedio de tiempo apreciable por el reloj, sentí otra emoción poderosísima que no borraba el miedo, pero que se sobreponía a él. Era una cosa indefinible, la cual sólo puedo expresar diciendo que de no seguirla arruinaba todo mi ideal, todo el edificio de lo que yo entendía por vergüenza, honor, valer, estimación, dignidad y capacidad para hacerme llegar a altos hechos, merecedores de alabanza y del aplauso de las gentes. Sentía el honor y el pundonor a la manera y en el grado como se aprecian y sienten en los romances.

En este punto miré al suelo, por si en derredor mío había alguna piedra. Por entonces, pocas calles estaban empedradas en Jerez; la de Piernas hallábase terriza, convertida en fangal en los inviernos y en polvera en los veranos.

Por otra parte, yo no sentía saña, ira ni aun malquerencia contra el aprendiz; y, aun hallada la piedra, hubiérame dolido hacerle demasiado daño.

Quedar quieto para sufrir el ataque sin defensa me parecía absurdo, y sobre todo no satisfacía mi ideal romancesco; porque en este paso honroso la lucha no resultaba útil, satisfactoria y gloriosa si no venía acompañada necesariamente de la victoria. En este caso particular y afortunadamente, como no pasaba nadie por la calle, me pareció que la vergüenza de huir quedaba circunscrita a un acto sin testigos, del que sólo yo podía absolverme o reprocharme. Con esto me decidí y di el salto, que tanto pudo ser de huída como de discreta, ya que no honrosa retirada.

## LXI

### **De la gimnasia psíquica.**

Siendo ley universal la lucha por la existencia, quizá no haya cosa que en mi juicio merezca más atención de parte de la pedagogía que observar y estudiar las manifestaciones de esta ley en los niños educandos.



Algo se trata de hacer sobre este punto, por medio de lo que respecta a la gimnasia, pero me parece algo indirecto y poco suficiente. Bien es verdad que hay conjunción entre el cuerpo y el espíritu: a cuerpo robusto y ágil suele corresponder un ánimo resuelto; pero, ni esto es constante, ni es para olvidar que *tripas llevan piernas*, esto es, que hay en todo categorías y que el hombre acciona más del espíritu al cuerpo que del cuerpo al espíritu, aunque el segundo influye y debe influir sobre el primero.

De las observaciones que he podido hacer en mis sociedades infantiles, en las de adolescentes, en los colegios, de jóvenes en los estudios superiores y de hombres en la edad viril, corriendo por el mundo, he podido notar que el mando y el imperio no recaen por necesidad en los más musculosos y forzudos; es más, paréceme que ni en los más talentosos o cuando menos en los más sabedores.

Resulta ser una *facultad*, según mi parecer, *efecto* de cierta particular combinación a modo de receta en que entran varias drogas. Una de ellas es el elemento ideal, que puede ser muy vario, pero que necesita ser predominante: ya religioso, ya histórico, ya de mero y aun vano entusiasmo, ya ambicioso, ya de pasión y hasta, si se quiere, de aberrada extravagancia. Después interviene otro factor muy importante, y que consiste en una fuerte dosis de carácter, más significado por la constancia en su tensión que por la energía de la misma; a lo cual hay que añadir cierto instinto discreto para manejar esa fuerza con un tira y afloja parecido al que se emplea con la cuerda y el arpón en la pesca de los cetáceos. En tercer lugar, viene como droga el talento; pero está tan en tercer lugar, que el hombre del mayor, más claro y general que he conocido, cuya memoria guardo con respeto y cariño, resulta en mis notas de observación el más desheredado de facultades directrices (1). En cuarto término, viene la instrucción. Y en quin-

---

(1) No creo deslustrar su nombre, antes puede servirle para que la

to, cierta salud y determinadas fuerzas de resistencia física.

Dedúcese del análisis, que, andando el tiempo, se ha de establecer una gimnasia educativa para desenvolver, equilibrar y armonizar las drogas de la anterior receta.

De presente, sólo advierto dos órdenes en que más o menos empíricamente se haya hecho aplicación práctica de las ideas que acabo de enunciar: la milicia, en sus ordenanzas sapientísimas; y las órdenes religiosas, en sus reglas.

Pero, la educación laica y civil necesita no abandonar este punto; antes bien, a ella compete reducirlo a principios científicos, primero por la observación y por el análisis, después por la síntesis.

«Es preciso educar la voluntad, para la acción en todos sus incontables órdenes.»

Como la verdad se impone aun antes de ser conocida, a modo de necesidad, es innegable que uno de los propósitos tácitos de la educativa se dirige a promover esa especie de temple y de fuerza del espíritu. Pero, esta rama de la Pedagogía se halla aún confusa, algo caótica, sofocada por el elemento instructivo y por el elemento moral.

El asunto que indico se ve ya descollar en la Historia, dando carácter a algunos de sus períodos, pero con la inconstancia del empirismo y a modo de fulguraciones. Esparta concedió a tal elemento y de esa manera empírica un culto exclusivo sobre los demás, en desproporcionada educación. Por lo mismo, sus frutos fueron efímeros.

Igual observación puede hacerse respecto a los Estoicos.

Nada constituye las monstruosidades que no esté en la naturaleza. Poned dos cabezas sobre una sola columna vertebral, y resultará un monstruo. Poned un cuerpo educativo dominando y atrofiando a los demás, y resultará un macrocéfa-

---

Historia le juzgue con justicia y le conceda indulgencia: me refiero a don Estanislao Figueras.

lo: una sociedad como la de Esparta o una filosofía rígida, triste e impasible como la estoica.

Pero tanto el hecho histórico como el pensamiento filosófico señalados, muestran de una manera evidente que el tema indicado tiene esa grandísima importancia por mí concedida párrafos atrás, y que merece detenido, profundo y científico estudio. En una palabra: a la gimnasia física hay que agregar una gimnasia psíquica.

## LXII

### **¡Si hay piedras o testigos!**

Descartado ya de la necesidad que sentía de exponer las anteriores indicaciones, por si algo pueden influir más adelante en las meditaciones de los pedagogos, sigo otra vez el hilo de mi deslucida lucha con el aprendiz de zapatero.

La lucha por la existencia se observa tanto en el microbio como en el hombre más perfecto, moral y civilizado. Claro está que el microfito no lucha con las mismas armas que el león, pero en la esencia luchan lo mismo y para lo mismo; en cuanto a su poder, más terrible resulta para el hombre el bacilo tisiógeno que el colmillo y la ponzoña de la serpiente de cascabel.

Puesto que es ley de la Naturaleza y no podemos sustraernos de ella, tenemos que educarnos para luchar y vencer. Esto aparece con el natural instinto, pues no sería lógica la Creación si, dándonos la necesidad, no nos diese los medios de satisfacerla. Tiene, pues, el niño el instinto y la inclinación de la lucha, destruir, vencer, dominar; y tiene el deber de estar apercebido, de guardarse, de rechazar y pretender dominar a todo aquello que pueda amenazarle, perjudicarlo, destruirlo, vencerlo y dominarlo.

Tan brutales inclinaciones no pueden ni deben extinguirse, pero la sociedad humana siempre ha procurado y procura y deberá procurar encauzarlas, modificarlas y dirigir las. He aquí el

problema. Nos llevaría muy lejos la materia: es el problema eterno de la lucha humana, la lucha entre el odio y el amor.

Por lo que toca directamente a mi relato, digo que no entraron por nada las consideraciones de la ley ni de la penalidad criminal. Niño, no la conocía, ni, menos, la sentía.

Obré según lo hice por los motivos que dejo referidos, pero no por temor a la pena judicial. Sin embargo, algo me pasó por el pensamiento, la idea del disgusto, la reprensión y aun el castigo que, de llegar a mayores, pudieran haberme sobrevenido por parte de mi familia.

Pero, ¡que hubiese dispuesto de una piedra, de un palo o de otra arma; que hubiese transitado por la calle alguna gente, algunos testigos de la escena, y es posible y aun probable que hubiera ocurrido una lesión, una herida y hasta un homicidio, un delito, un crimen!

No juzgo inoportuno que, así como los naturalistas estudian en los seres embrionarios los órganos y funciones en embrión, para entender, comprender y explicarse mejor los organismos y las funciones superiores, así también el pedagogo y el criminalista escudriñen y estudien las peleas de los niños, sus móviles y concausas, para poder entender y apreciar mejor la culpabilidad en los delitos.

Tal es el motivo que me ha impulsado en las presentes páginas a dar cuenta de los móviles y factores de mi primera lucha con un pajarraco y de mi segunda con el aprendiz de zapatero.

### LXIII

#### **El señor Felipe y la seña Antonia.**

Puesto que de un salto he ganado la *casa puerta* (que así se llaman los zaguanes en Andalucía) del señor Felipe Cos, entremos en relación con este mi conocido.

El *señó* Felipe era el inquilino de la planta baja de la casa número 485 de la calle de Piernas.

Su edad, de cuarenta a cuarenta y cinco años; estatura, entre alto y mediano; de carnes, enjuto sin ser flaco; rostro oval, bien afeitado; nariz aguileña. Sombrero de cubilete, echado hacia la frente; cabeza tocada con un pañuelo de seda rojo y amarillo, anudado a la nuca, flotando los picos bajo ella; chaquetilla de tezado, bordada en seda verde, con mangas independientes articuladas al hombro con enrejado de cordón; chaleco de pana verde oscuro con botones de plata, en forma de cascabeles, sujetos por patas de muletilla; camisa de chorreras; calzón a la rodilla, del mismo género y color que el chaleco, sujeto en *arzapón* a la cintura por tres medios duros columnarios empataados de muletilla y que hacen de botones; dos hileras de éstos, formados por monedas de veintiuno y cuartillo, corren una a cada lado, desde la cadera a la rodilla; faja de seda roja; botines blancos, de becerro, bordados en seda grana y verde; zapatos semejantes a los botines terminan la indumentaria de la persona.

Al mirarle tan majo y tan bien *jateado*, cualquiera esperará que salga ahora un hombre de jácara y de rumbo, que eche mano a la guitarra y se entone con una copla. Pues nada menos que eso. En primer lugar, las vestiduras llamativas y pintorescas son como las flores, que se marchitan a las tres posturas, del cuerpo aquéllas, del sol éstas. Así el *señó* Felipe resultaba algo *chafado* desde el sombrero a los zapatos, quedando sólo reluciente el monetario que usaba por botonadura.

Como por fuera, así debía de estar por dentro. Siempre le vi sentado, en la misma posición, excepto cuando se levantaba perezosamente, por entregas, para ir a la cuadra a echar el pienso a su jaca. Fuera de esos instantes, estábase el *señó* Felipe en una silla alta, con los talones en el travesaño delantero, el cuerpo encorvado, los codos sobre los muslos y las mandíbulas descansando en las palmas de las manos. No dormía, y no me era fácil colegir si estaba cansado, triste o pensativo;

puede que más lo primero, algo lo segundo y poco menos lo tercero. En cuanto a hablar, no hablaba; al menos era el hombre de más pocas palabras que he conocido en mi vida.

Una semana entera se pasaba en esta disposición. Al llegar la noche del domingo, el *señó* Felipe hacía con el tronco tres oscilaciones sobre el asiento de la silla. En la primera, bajaba los brazos y las piernas; en la segunda, se enderezaba; en la tercera, levantábase del asiento. Después descolgaba un albardón, con muchos caireles, de una palomilla colocada en el testero de la sala, iba a la cuadra y aparejaba su caballería. Volvía por una manta y una alforja valenciana, un retaco y un cabezón; saliendo a poco, tirando por éste de su jaca, huesuda y de pescuezo oblicuo.

Ya en el patio, de par en par abierto el portón, aquel hombre, que durante una semana parecía la estatua de la pereza, en media vuelta, de un salto tan fácil y limpio como pudiera darlo el mejor titiritero, quedaba sentado en el caballo; el cual, al sentir al dueño encima, sin correr, salía a paso tan veloz que caballo y jinete desaparecían como la fulguración de un relámpago.

El *señó* Felipe era contrabandista de tabaco y sedas: de tabaco, por su cuenta; de sedas, por comisión de honrados y respetables comerciantes.

Una semana empleaba en ir a Gibraltar, hacer sus compras y volver; otra, en descansar de tan ruda y azarosa faena. No he visto condición como la que origina Andalucía: o una energía febril, o una pereza apática cual la de los adoradores extáticos del Budismo.

Porque no huelga, completemos el cuadro de la familia. La *señá* Antonia, mujer del *señó* Felipe, era una arrogante moza cuando se componía: treinta y cuatro a treinta y seis años, alta y bien metida en carnes, blanca y de facciones correctas, a pesar de los hoyos de viruelas. Con su pañolón de espumilla blanco o rojo, su mantilla de tira o su velo de encaje, daba la hora.

Pero, el atavío era excepcional. Lo corriente, verla de trapillo, sentada en su silla baja, rodeada del enjambre que le había deparado su fecundidad. Se reproducía todos los años, y a veces por gemelos; tenía siempre al pecho algún crío y algún chiquitín entre las rodillas; otros a los lados, el uno que se revuelca, el otro que llora, éste que pide pan, aquél que ya lo roe, sazonado con sus velas de moco. Madre y prole mal vestidas, ellos churretosos, ella oliendo a leche agria y orinas infantiles.

Destacaba del cuadro, a modo de azucena en jardín descuidado, María Josefa, niña de doce años, hija mayor, fina de naturaleza como un coral, limpia como una patena y más bonita que el capullo de una rosa.

#### LXIV

#### «¡Yo seré más!»

El lance del zapaterillo no bastó a enseñarme que no era tan fácil como yo me figuraba el ser un personaje de romance. Seguía soñando y gozando con mis pensamientos de valentías y sucesos gloriosos; y mi natural impaciencia se acrecentaba con la tardanza de los cuatro o cinco años que me parecía necesitar para salir de niño.

En esa especie de tensión se encontraba mi ánimo, cuando dió la pícara casualidad, estando de sobremesa la familia Torres, de que llegase una carta.

Era de una prima suya, casada con un brigadier, en que les daba cuenta de cómo a su hijo Fernando le habían concedido el empleo de comandante, por su bravo comportamiento en las últimas operaciones de la campaña.

Como es muy natural, la carta llenó de júbilo a la familia, comenzando unos tras otros a dedicar justas alabanzas al sobrino. La conversación me parecía que no iba a concluirse

nunca; todos escuchaban con deleite. Tomó la palabra por cuarta vez el *Caballero*, y añadió:

—Hay personas de buena estrella, y Fernando es un ejemplo: hijo de un Brigadier, rico por su madre, guapo, arrogante, ha hecho la campaña sin recibir una herida; entró de cadete en el regimiento de su padre, no tiene veinticuatro años y ya es comandante...

Iba a proseguir, cuando, saliéndoseme involuntariamente el flato de mi espíritu, le corté la palabra poniéndome en pie:

—¡Más seré yo!

Imposible me será pintar el cuadro, ni dar remota idea del efecto que produjo en la familia tan singular exabrupto. Todos a una, desde el indulgente y pacífico D. Ramón hasta la *Abuela* a pesar de su ternura, y no hay que decir del *Caballero*, de Joaquín y de la hermana, estallaron en indignación e ira contra mí.

—¡Botarate! ¡Mocoso! ¡Atrevido! ¡Insolente! Los niños, cuando hablan los mayores se meten la lengua en el bolsillo. ¿Qué has de ser tú, badulaque? ¡Habrás visto el malcriado! ¡Vaya con el necio!

Qué sé yo la rociada que se me vino encima, hasta que me arrojaron del comedor, con unánime grito de:

—¡Vaya usted enhoramala!

Salí, en efecto, turbado y corrido, bajo el embate de muchos sentimientos y de ideas contrarias. No podía entonces calcular, lo que no se aprende sino en larga experiencia de la vida, ciertos resortes íntimos del corazón humano. Allí, en medio de aquella expansión de sobremesa, fundada en justa satisfacción de orgullo por los triunfos y adelantos de un próximo pariente, ¡interrumpir el gozo, rebajándolo y anulándolo por boca de un chiquillo!

Una cosa saqué en claro: que había cometido una imprudencia, y que antes de hablar debía pensar lo que decía.

De todas suertes, desde el punto de vista de la pedagogía y de la educación, conviene no echar en saco roto las indis-



creaciones e inconveniencias de los niños; antes, sin dejar de reprenderlas, se deben analizar con calma e inquirir a qué clase y género de ideas, pasiones o movimientos de ánimo responden.

Si, en el caso presente, después de reprendido con más calma y menos ira, me hubiesen preguntado por qué decía aquello, yo hubiera respondido que porque desde que la *Abuelita* me contaba, para dormirme, los cuentos del Infante de la Estrella, soñaba con heroicidades, empresas y aventuras. Que los romances de los Doce Pares de Francia, del Cid y del guapo Francisco Esteban, absorbían mi sér, embargándolo todo. Que el himno de Riego y la guerra civil eran mi resorte y mi preocupación. Y, de ahondar más, habrían advertido que todos mis juguetes consistían en soldados de plomo y cañoncitos de metal, en vez de los altaritos, candeleros y casullas de papel con que jugaban otros niños.

A poco inquirir, hubieran descubierto que estaba ya en plena edad de ambiciones e ilusiones, y que, efectivamente, tenía aptitud y vocación para ser un buen soldado, así como que no era mi ideal el general de gruesas charreteras, tricornio, banda y zapatos de paño, con juanetes, sino el de los héroes de la historia o de la leyenda. Descubría, en fin, que, recortando cuanto se quisiera por la realidad en la práctica de la vida y por la enseñanza de sucesos cual el del zapaterillo, todavía guardaba el niño en su interior lo suficiente para ser utilizable.

## LXV

«Ay, sorongo, sorongo, sorongo!»

Terminadas las vacaciones de verano, regresé al Puerto. Acababa de cumplir diez años, y mi padre creyó que debía empezar el latín, matriculándome para el efecto en las Escuelas Pías de la Aurora.

E. M.—Marzo 1912.

¿Qué eran estas escuelas? Yo no lo sabía. ¿Qué era esta de la Aurora? Eso es largo de contar: el lector, poco a poco, se podrá ir enterando.

Si estuvo la Aurora en algún tiempo bajo la dirección de los Padres Escolapios, lo ignoro. En Octubre del 37 y siguientes, correspondía a una especie de patronato adscripto a la iglesia parroquial. Lindante y pegado a su antiguo cementerio estaba y está hoy el edificio de la escuela, escueto y deshabitado entonces como al presente.

El señor teniente cura era el preceptor universal de aquella casa, que no sé si llamarla casa a secas. Escuela de instrucción primaria, no. De latín, tampoco; porque el padre Galán, que ese era el apellido del señor teniente cura, nos daba las lecciones en su domicilio, dos puertas más allá de la Aurora. Y sin embargo, hasta el año 1857, en que (si no equivoco la fecha) apareció una ley de instrucción pública, ordenando los estudios universitarios y académicos, la denominada escuela de la Aurora, por no sé qué bulas y privilegios, tenía facultades para dar válidos títulos de latinidad y filosofía.

Declaro que al verme elevado a la categoría de estudiante de latín, salté de gozo e hice los propósitos más firmes de estudiar y cumplir mis deberes. El primer día trabé conocimiento con el profesor y mis siete u ocho condiscípulos: el primero, el padre Galán, que ya sabemos; los segundos, jóvenes de once a trece años, todos de la clase media.

El padre Galán, más obeso que D. Ramón de Torres y algo más alto, más tranquilo aún y de más acentuada *bonhomie*, me gustó. Aunque sus ojos eran pequeños y estaban enterrados en la grosura de sus párpados, tenían una mirada alegre e indulgente. Nos habló a todos, uno por uno, y nos dió palmaditas en la cara. Díjome que conocía a mis padres y que fue amigo de mi abuelo. Nos encargó que al día siguiente trajéramos el *Arte de Nebrija*, para señalarnos lección, y nos despidió.

Faltóme tiempo para pedir el *Arte* a mi padre, y no le dejé

a sol ni a sombra hasta que le hice abandonar sus ocupaciones y salir conmigo para comprar el libro. Dueño de él ya, leí su portada, que entendí; después, la primera hoja, que no entendí, y me quedé triste y pensativo.

Llegado el otro día, a las nueve en punto estaba ya en el Colegio de la Aurora, quiero decir, en casa de D. Juan Galán. Uno a uno fueron llegando los demás alumnos; a las diez entró el Padre. Nos hizo sentar en las sillas de su despacho; él también tomó asiento en un fuerte y ancho sillón, proporcionado a su peso y volumen, detrás de una mesa.

—¿Traéis el libro?

Unos lo habían traído, otros no: los primeros enseñamos el *Arte* y los segundos dieron sus disculpas, prometiendo hacerlo para el día siguiente.

Fué mirando los libros, que pusimos sobre la mesa, y escribiendo en la primera hoja el nombre de su respectivo dueño, agregando la rúbrica.

Terminada esta operación, nos dirigió la palabra, y dijo:

«Las declinaciones de los nombres, son cinco. La primera, en *æ*, diptongo, como *musa, musae*. La segunda, en *i*, como *dominus, domini*, etcétera.

Y así concluyó con la última.

Mas como quiera que dijo de palabra lo mismo que decía el *Arte* en letras de molde, resultó que así comprendí lo dicho como entendí lo leído. Con esto, púseme más triste, dudé de mi inteligencia y me abismé en un mar de confusiones.

Así estaba, cuando nos fué llamando por el orden en que nos hallábamos colocados los provistos del *Arte*. Haciendo una rayita por bajo de la primera declinación, nos fué diciendo:

«Hasta aquí traéis aprendida la lección para mañana.»

A los otros niños volvió a encargarles que no dejaran de traer el libro, para que no se retrasasen en las lecciones, y con esto se acabó la que se daba.

Salí a la calle y abrí el *Arte*. Andando, leía: «Las declinaciones de los nombres, son cinco: la primera, en *æ*, dipton-

go, etc.» Y, nada, no entendía. «La primera, en æ, diptongo...» Pero, señor, ¿qué será *diptongo*? ¡Diptongo, sorongo!... Sorongo es un baile:

«¡Ay, sorongo, sorongo, sorongo!  
Como me puso mi madre me pongo,»

Esto había oído cantar. Pero ese *sorongo* no podía tener nada que ver con *diptongo*, y no me daba luz.

En fin; mareado a fuerza de inútiles cavilaciones, cerré el libro y entré en mi casa.

Después de un rato volví a abrirlo, y dije para mí: «por el hilo se saca el ovillo; quizá, leyendo más adelante, me entere de algo, y ponga en claro lo que esto quiere decir. Vamos a ver: «La segunda, en *i*, como *dominus, domini*.» Pero, señor, ¿quién es *dominus* y qué es *domini*?

Un mareo a los ojos, acompañado de aturdimiento de cabeza, me dejó alelado largo rato. Después, una inquietud interior me obligó a echar a andar por el corredor o galería, con el libro cerrado debajo del brazo. Algo calmado con el movimiento, hice esta reflexión:

«Lo que pide el Padre es que lleve aprendida la lección, que le repita lo que dice el libro, desde aquí hasta la raya. Pues aprendiéndolo, aunque no lo entienda, cumplo.»

Entonces, comencé a leer y repetir: «Las declinaciones son cinco: la primera en æ diptogo, como *musa, musae*.—Las declinaciones son cinco: la primera en æ diptongo, como *musa, musae*.» Y así repetía y repetía en voz alta la cantinela, hasta el cansancio; después hacía la repetición mentalmente. Dejaba pasar un rato, para ver si se quedaba grabada en la memoria y seguir la tarabilla. Pero, como la palabra *diptongo* y la palabra *musa* no tenían sentido ni representación ideal para mí, quedaba cortado el párrafo ya en *diptongo*, ya en *musa*. En este batallar, sobrevino el cansancio, y arrojé el libro para no volverlo a abrir.

Al día siguiente, el padre Galán comenzó a tomarnos la

lección. Me coloqué de los últimos, para ver cómo la daban los primeros. Unos la dieron a lo papagayo; otros, tropezando y a empujones; yo, a tropezones, empujones y sudores. El Padre no se impacientó cuando me detenía en la palabra del tropiezo. El apuntaba *dipt...*, entonces agregaba yo *...ongo*; y salía del atolladero.

Una vez concluída la lección, el buen teniente cura recitaba despacio la lección siguiente por vía de explicación; luego señalaba con una raya lo que habíamos de traer para el día inmediato, y así en lo sucesivo.

Los muchachos que podían fijar en su memoria palabras sin sentido se pusieron por delante de todos, los menos aptos detrás, y yo quedé el último de los últimos.

Desapareció mi primer buen deseo de aprender, siendo reemplazado por enemiga a los libros y al estudio. Perdí todo estímulo y emulación. Sintiéndome el último en el aula, reaccionó mi espíritu hacia el lado torcido de los estudiantes desaplicados: a ser el primero en travesuras y osadías. Bien comprendo que el lector habrá dicho para sí, al recorrer este capítulo:

«Pues bien torpe resultabas, criaturita, no entendiendo ni las primeras líneas del clarísimo *Arte de Nebrija*. Allí mismo, pegadito, dice lo que es diptongo (*œ*): dos vocales conjugadas. De modo que si no lo entendías, no era porque no estuviese claro, sino porque debías de ser un niño obtuso. Además, la palabra *dipthongo* debía serte ya conocida por la gramática castellana; y su significado, no tan extraño como para que se te ocurriese buscar su similitud y analogía con el baile del *soróngo*.»

Confieso que lo objetado está muy bien, y que yo mismo me he hecho estas observaciones a los veinte años de edad.

Nada más llano y sencillo que comprender las cosas cuando se saben; pero nada más difícil que entenderlas cuando se ignoran; y este es el pecado original de esos métodos de enseñanza. En castellano no hay diptongos propiamente dichos.

¡Saber la gramática! ¡Ahí es nada! No conozco nada más necio que pretender que un niño sea gramático. La gramática es la exteriorización del alma de la humanidad: cosa tan honda que ni los académicos, ni las Academias, ni los autores de Dictionarios, ni los políglotas, ni todos los filósofos y sabios juntos (y conjugados como las vocales de un diptongo) saben ni sabrán jamás. Contentémonos con ir la sabiendo poco a poco, para permanecer sin saberse del todo y bien cuando concluya el mundo.

El *musa*, *musæ*, aun agregada la traducción castellana (o sea la misma palabra *musa*), era para mí cosa nueva e ininteligible. No había estudiado Mitología, ni tenido ocasión de conocer á esas señoras. Quedaban, pues, dos vacíos por donde no podía saltar mi inteligencia, y que en balde procuraba suplirse una memoria que, si bastante para servir a mi razón como criada, jamás pude lograr que me valiese como dueña.

El método del benigno sacerdote era el San Machaca: repetir y repetir las frases, aprenderlas fonéticamente, y no ocuparse ni preocuparse de lo demás.

La recomendación de que aprendiésemos la lección no podía ser más absurda. Para eso, para eso se va a las aulas: para aprenderlas allí, bajo la dirección del maestro; no para aprenderla a solas en las letras del libro.

Hubiérame enseñado a «aprender latín» y, de seguro, sabiendo yo esto, al cabo hubiera sabido latín. Pretendió «enseñarme latín» de buenas a primeras: no pasé ni la primera página, tomé tedio al estudio; y, como llovía sobre lo mojado de la instrucción primaria deficiente, quedé perdido para siempre como estudiante.

Reducido al triste papel del último y más bruto de la clase, no me avenía a serlo también de la sociedad estudiantil. Fuera de uno o dos condiscípulos que tendrían mi misma edad, los demás eran mayores. Coterá y Majarón, zangones ya: grandullón, pero linfático el primero; forzudo y robusto el segundo, éste se imponía por sus fuerzas. Palau, mayor, por su edad y

memoria; el otro hermano, por memoria y vivacidad; Toro, por su aplicación, su seso y el serio continente.

Antes de entrar en clase y al salir de ella, enredábamos, jugábamos y corríamos por la contigua plaza de la Iglesia. A pocos juegos, ya, como en la decuria, cada cual tenía su puesto; desde Toro, que hacía de cabeza, hasta mí, que formaba la última vértebra del rabo, en las calles y plazuelas tenía su lugar cada cual. Al principio, la cabeza resultó tricéfala: componíanla Majarón, Coterá y yo.

Coterá fue, a poco, convirtiéndose en pescuezo: le sobraba fuerza, pero le faltaba osadía. Después, de propio grado, por afecto, y no sé por qué, Majarón se convirtió en mi teniente. Yo quedé solo, de cabeza de motín.

Así, mi primera sociedad escolástica y civil vino a ser el símbolo y figura de la serpiente que se muerde la cola. El primero del aula, el último en la calle; el primero en la calle, el último del aula. Total igual: por reflejo de la improcedente educación, el peor estudiante, el más atrevido y el más pillete.

## LXVI

### **Hoy se hace rabona.**

Joaquín Toro hubiera llegado a ser hombre de provecho, si la muerte no le hubiese sorprendido al comienzo de su juventud.

Haremos conocimiento con Pepe Majarón y Ramón Coterá, ya que sería prolijo historiar a los demás en lo tocante a hechos relacionados con sus educaciones respectivas. Muéveme también a la preferencia la circunstancia de que pude seguir más de cerca la vida de ambos.

Majarón tendría entonces quince años, y Coterá diez y seis.

Hijo el primero del boticario de la calle de Pozuelo, y

huérfano de madre al nacer, se había criado al constante calor de su padre y de un tío a quien la exclaustación había convertido en mancebo de botica y ama seca del sobrino.

Es de ver cómo las viudas con hijos toman fortaleza varonil para criarlos y sacarlos adelante; y cómo los viudos, en iguales circunstancias, se suavizan y dulcifican para educar a la prole que perdió el regazo maternal.

Padre y tío, desde dar la papilla hasta lavar y vestir al niño, no había menester que no lo hiciesen: cuando el uno en la botica, el otro con el niño; cuando el uno mecía la cuna, el otro despachando las recetas o sosteniendo la tertulia en la rebotica.

Ellos mismos, para que el Pepito no se pervirtiera, le enseñaron las letras, leer y escribir, las cuentas y la doctrina, en la propia casa; así como la Gramática castellana, su poquito de Historia y algunas añadiduras de Geografía.

De esa manera cumplió Majarón los quince años, sin conocer más que el círculo de la farmacia y las calles del Puerto, en los paseos que le daba el tío Manuel, llevándolo de la mano, los domingos por la tarde.

Pero el exclaustado no se atrevió con el magisterio de la tinidad; y, como era preciso que Pepito siguiese una carrera, no hubo más remedio que llevarlo a la Aurora.

El tío lo llevaba y lo recogía de la clase; pero, como Pepito era de los más crecidos y zangones, esto daba ocasión a la rechifla de los estudiantillos. Amostazóse el tío, se avergonzó el sobrino; y en consejo de familia determinaron que Pepe fuese como los demás a la Aurora, sin conductor.

Muchacho más inocente y mejor criado, a este respecto, no lo he visto jamás. Pero peor educado, tampoco. Y no que fuese grosero, ni mostrase malas inclinaciones; antes al contrario, era noblote, cándido, más que sencillo; carecía de toda iniciativa, y sin embargo, resultaba voluntarioso como niño mimado; impetuoso con desigualdad, por igual motivo; forzado, por su propia naturaleza y estructura.



La estancia en una clase reducida a lo que sabe el lector, a repetir y repetir palabras para mí inconexas, érame enojosa.

Verdad que D. Juan Galán era modelo de paciente indulgencia, y que, a pesar de ver que no llevaba aprendida la lección, ni me reprendía siquiera; limitándose a decirme:

—Fulanito, es preciso que estudies y te apliques.

Pero, también es verdad que yo sudaba y sentía mil apuros al llegarme el turno de decir la lección; abochornábame la vergüenza.

Con esto vino por su propio peso el deseo de faltar a clase: «hacer rabona», como se dice en lenguaje escolar. La primera vez hice solitariamente la birria, mas el tiempo resultó aburrido y sin saber en qué emplearlo. No podía ir por la calle, no fuese que topara con mi padre o con alguien conocido, que había de ver mi condición de prófugo. También por su propio peso surgió el remedio.

Ya acostumbrábamos a reunirnos antes y después de clase, en el ángulo entrante que forma la iglesia con la pared del edificio de la Aurora, Ya ejercía yo una especie de dictadura sobre los compañeros, y a modo de orden grité un día:

—Hoy se hace rabona.

Majarón, hambriento de libertad por la misma tutela por partida doble en que vivía, acogió la disposición con entusiasmo; Coterá, por no ser menos, siendo el mayor en edad y saber, aunque a su pesar no le fuese en gobierno. Alguno más tímido se resistía; pero a la imprecación de «¡Marica!» y bajo la amenaza de algunos soplamocos, entraron en la subordinación de la insubordinación.

—¡Al campo!—dije.

Y tomando por la calle de Santa Lucía, salimos a la Plaza de Toros. Entre sus alrededores y el Campo de San Francisco, allí diableamos, jugamos al marro y a la mula, y estuvimos sumamente divertidos.

Las rabonas comenzaron por una vez a la semana; luego

dos; más tarde, tres; y temporadas hubo en que todo el monte se convertía en orégano.

## LXVII

### **Crisálida de un perfecto conservador.**

De Coterá poco queda por decir. Educado en libertad y más crecido, tenía trato de gentes; era el más y mejor educado de la cuadrilla; su talento, claro sin ser muy penetrante.

Con estas condiciones superiores a las de los demás, sentíase celoso de Toro en el aula, y de verse pospuesto por un monicaco en la calle. Dependía de que Toro era más sesudo y aplicado, y que para atrevimiento no lo había criado Dios.

Su vida no había sido inquieta. El padre, médico, gozaba bienestar y desahogo para asegurar existencia tranquila a la familia. Todo ello hacía que Ramón, si robusto, resultase por fuera algo linfático, y por dentro *la crisálida de un perfecto conservador*.

Y porque no está demás para conocer la época, referiré aquí lo que por fidedignas referencias supe acerca de la modesta holgura del padre de Ramón.

Que del ejercicio de la medicina no vino, nadie lo podrá dudar, tratándose de tiempos en que por dos reales la visita se daban los doctores con un canto.

El caso fue que la fortuna nos favoreció en Bailén, según sabe todo el mundo. En las capitulaciones entraban que los jefes vencidos saliesen de España con sus equipajes. Verdaderamente, resultaban demasiados bultos; y el *populacho*, que por todo hato entiende lo que se lía en un pañuelo, no podía comprender cómo salían tantos carros y carretas. Desde Andalucía la alta iban las gentes protestando detrás de la conducta.

—¡Eso—decían—es lo que nos han robado los pícaros franceses!

Si unos se cansaban de ir a la husma, otros se agregaban en los pueblos de tránsito; y así el cordón engrosaba o disminuía, poniendo en aprieto a veces a la escolta. Al paso por Jerez, como ciudad populosa, crecieron las protestas y los amagos de meter mano al botín, pero la fuerza armada pudo sobreponerse.

Al llegar al Puerto, punto del embarque, crecieron las ansias, la gente y su empuje, de tal modo, que la tropa a duras penas podía contenerlo.

Quiso el diablo que al descargar un carro en el muelle cayese al suelo un cajón, que reventó del golpe y dejó salir rodando unos cálices y otras alhajas religiosas. ¡No fue preciso más! Un rugido tormentoso, de esos que sólo del pulmón popular salen, vibró de uno a otro extremo de la muchedumbre; al punto mismo que soldados y carros, acémilas y gentes, carretas y carreteros, cajones y baúles, todo quedó arremolinado y confundido en apretada piña, dentro de la cual se establecían vórtices mayores o menores, conforme la asfixia de unos, la codicia de otros y el poderoso esfuerzo de los soldados hacían plaza, para cerrarse apenas hecha.

Tranquilamente había ido a la pescadería el padre de Coterá, según costumbre, cuando se encontró inmediato al alboroto. Una carreta de la conducta se hallaba no distante de él, fuera del corazón del remolino. Lo mismo él que dos pescaderos, a quienes iba a preguntar el precio de la libra, movidos por un mismo pensamiento, se abalanzan a ella. La carreta contiene varias cajas; Coterá coge una más pequeña, con la que podía cargar; los pescaderos otra mayor, que entre ambos apenas pueden conducir. Iban a romperla, y el médico, que ya escapaba trabajosamente con la suya, les dió ejemplo para no detenerse; tomáronlo con tanto más motivo, cuanto que ya venían como alanos hacia la carreta otros asaltantes.

El médico llegó a su casa felizmente. Según el rumor público, su caja contenía de ocho a diez mil duros en monedas de oro, fortuna pingüe para aquellos tiempos de penuria.

No fueron tan felices los pescaderos. Jadeantes, arrastrando su cajón, iban ya a desembocar de la plaza del Castillo, en la calle de Santo Domingo, cuando les salió de manos a boca el Alguacil mayor del Ayuntamiento, D. Pedro Giribón.

Nadie extrañe la rimbombancia del apellido. Para ser entonces *Alguacil Mayor de la Muy Noble, Muy Ilustre y Muy Leal Ciudad y Gran Puerto de Santa María*, era condición indispensable ser noble por todos cuatro costados. Que Giribón lo era, no hay más que atenerse a cómo suena en los oídos.

Era, pues, muy noble, lo cual no quita para que dejara de ser tan cuco, solapado y ladino como autoritario.

Giribón, hallándose en el Ayuntamiento, tuvo noticia del desorden y, cual agente principal de la Autoridad que era, dirigióse armado de su bastón al lugar del suceso. Verle los pescaderos y quedarse fríos, notarlo Giribón y echar una mirada a la carga, no fue tan pronto como decirles:

—¿Qué lleváis ahí?

—No lo sabemos—contestaron turbados.

—¡A ver, a ver! Metámonos en este portal.

Y en el primero de la calle entraron; Giribón entornó la puerta, para no ser vistos ni interrumpidos, dejando entreabierta una raja, suficiente no más para no quedar completamente a oscuras.

—¡A ver, muchachos, vamos a ver qué viene ahí!—dijo con tono amable, aunque de superioridad.

El mismo sacó un puñal, que siempre llevaba por si fuese necesario mantener la autoridad, y levantó la tapa del cajón. Hallábase repleto de pesos duros. Entonces, tomando uno, dióselo á un pescadero, diciéndole:

—Como hermanitos, tomemos uno tú y otro yo—guardádoselo en el bolsillo.

Y seguidamente, tomando el tercer duro, se lo dió al segundo pescadero, repitiendo la frase:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo.

Así fueron llenando los bolsillos.

Como los de los pescaderos no eran tan numerosos ni tan amplios como los del señor alguacil, pronto rebosaron. Entonces Giribón les hizo poner los sombreros entre las manos, a modo de esportilla, echando los duros allí en la misma forma:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo; uno tú y otro yo.

Al cabo, también se llenaron los bolsillos de D. Pedro, así del chaleco como de los pantalones y faldones del levitón; por lo cual, y a su vez, habilitó de espuerta su mayúsculo sombrero de copa alta.

Como todo tiene fin en este mundo, también lo tuvo el reparto; y cada cual se marchó por su lado.

Por la noche se reunieron en la taberna los de la pescadería para celebrar el alboroque, y un compañero dijo al otro:

—¿Sabes que me parece que D. Pedro se llevó más duros que nosotros?

—¡Hombre, no puede ser! ¿No viste que decía: «*uno tú y otro yo?*»

—Sí; pero él, teniendo más bolsillos que nosotros, los llevaba llenos; y en la castora, también.

—¡Hombre, hombre, pues es claro! ¡Habrás visto pillo! Se llevó el solo lo que nosotros dos juntos.

—¡Mañana mismo le pego una *puñalá*...!

No hay qué decir que todo fue un desahogo y nada más. Redújose el caso a que D. Pedro Giribón hiciera la vista gorda cuando corrían el peso, y fuese indulgente con ellos cuando vendían podridas las pescadillas.

## LXVIII

### El Galán y la Aurora.

En el Colegio de la Aurora, no se vaya a creer que se estudiaba latín solamente: enseñábase de todo; y por un plan de estudios tan liberal, que más no podía ser.

El catedrático disponía las cosas según su leal saber y entender. Distribuía las asignaturas, las daba cuando, como y donde le era voluntad; sus certificados de aprobación valían legalmente ante el Papa y el Rey.

No hay más sino que el magisterio se componía de la ubicua y exclusiva persona del teniente cura, D. Juan Galán y Moreno: él latín, él lógica, él física, él ética, y hasta un poquito de historia natural; todo revuelto, y como pan de la inteligencia distribuido a canteros y zoquetes entre sus amados discípulos.

Pasado el primer trimestre, unos días, los más, le tocaba latín; otros, un ratito de latín y otro de lógica; otros, física *experimental*; y así sucesivamente.

Jamás he visto demostrar más ingenio que el que sacaba nuestro bondadoso catedrático para explicar la física «acompañada de *experimentos*».

Servíale de ayudante su sobrina Aurora, joven guapa, modesta y silenciosa.

—¡Aurora! Tráeme un vaso y un jarro de agua—decía llamándola con fuerte voz, para que oyera desde el interior de la casa.

Acudía la sobrina con dichos menesteres y los colocaba sobre la mesa.

D. Juan sacaba del bolsillo una bolsita de cuero, con los avíos de encender. Llenaba de agua el vaso, vertiéndola del jarro con gran cuidado hasta casi a punto de rebosar. Miraba de través la superficie, añadía una gotita si no estaba a su gusto, y en estándolo enderezaba el tronco con satisfacción. Seguidamente, abría la boisa y sacaba el eslabón de acero entre los dedos, al mismo tiempo que decía:

—La impenetrabilidad es la propiedad general que tienen todos los cuerpos de no dejar ocupar su lugar por otros cuerpos.

Esto dicho, dejaba caer el eslabón dentro del vaso.

Yo, que no atendía al latín, atendí al experimento; y como atreviduelo que me venía haciendo, dije:

—Pues, D. Juan, el eslabón ha penetrado.

Entonces él, más ufano aún, me contestó:

—Sí, pero ya ves cómo una parte del agua se ha salido y véla aquí mojando la mesa; prueba evidente de que para entrar el eslabón ha vertido igual sitio del agua.

Y con esta contestación, me quedé convencido.

Otro día nos explicó la gravedad, *experimentalmente* también.

—La gravedad—dijo—es la propiedad que tienen todos los cuerpos de descender al «centro de la tierra».

Apenas acabada la oración, echó mano a la mota o borli-lla del solideo y, extendiendo el brazo lo dejó caer, exclamando:

—¡Ved la gravedad!

Como estaba tan obeso que no podía bajarse a recoger el cuerpo grave, todos los alumnos, a cual más solícito, nos arro-  
jamos a levantar el solideo; pero, chocando los unos con los otros, resultó otro efecto experimental de la gravedad, pues tropezamos en la mesa y salieron rodando libros y tintero.

Cuando le tocó su turno a la elasticidad, llamó a Aurora para que le trajese las ballenas del corsé; y, provisto del aparato, nos demostró la tendencia de las partículas de los cuerpos a volver a ocupar sus posiciones respectivas.

Si yo hubiese sabido de antemano los días en que iba a explicar física, lógica, ética, historia natural, *y no latín*, tengo por cierto que no hubiera hecho tantísimas rabonas.

## LXIX

### Aquí había espectadores.

Bien mirado, cada vez iba a más el elemento picaresco y maligno de tales escapatorias.

Vistas hoy, retrospectivamente, desde la helada sierra de la vejez, me parece que responden a una necesidad educativa

insatisfecha; al deseo de libertad, al apetito del goce de la vida, al correr por los campos, al ver lugares nuevos, al conocer el mundo.

Para que mi predisposición fuese más acentuada, agregábase la impaciencia de mi carácter, ya natural, ya exasperada con la quietud desde la amiga hasta la escuela y con las composturas con que mi buena madre me había oprimido.

Uníase también el placer del dominio. En aquella relajación de autoridad y disciplina, sin saber por qué, yo resultaba obedecido e imperante. En cierta dosis, experimentaba otra satisfacción mal definida, vaga, y por eso mismo atractiva; el placer de la aventura, de lo vedado y peligroso.

Verme asaltando una arboleda, para hurtar la fruta; oír al perro que ladra; sentir que el dueño lo advierte; trepar, no obstante, al peral o a la higuera; expoliarlos, llenando precipitadamente los bolsillos; correr, saltar la tapia o el vallado al tiempo que se sienten los pasos y las amenazas del jayán; verlo burlado, y ser recibido como un héroe por el círculo de zangones y chicuelos tímidos—es un placer maligno, que merece parar en *la casilla*, pero al cabo es un placer.

¿Y ver el mundo? Limitaba la satisfacción del deseo la necesidad de atemperarlo a dos o tres horas que, a lo sumo, podían disimularse las ausencias de casa: una para ir, otra para volver; media, para arreglar el semblante y quitar el polvo de zapatos y ropas.

No se crea, sin embargo, que es tan fácil mantener la autoridad en una compañía de chiquillos. Nobleza obliga: pide el cargo ser el primero a las duras y el último a las maduras, para que vean cierto valor y cierta generosidad; exige maña, previsión, y cuando no hay otro remedio, jugarse el todo por el todo.

La verdad, y para no engañarnos: en el fondo, yo era el más medroso. Pero, amigo, los romances me hacían considerar el miedo como la mayor de las deshonras; y lo disimulaba y hacía de tripas corazón.



He referido que Coterá, por varias superioridades y circunstancias, llevaba a mal mi autoridad. Grandote y casi hombre, resultaba yo para él lo que un eral a un toro hecho. Valíame el que, más forzado Majarón y constituido por propia voluntad en mi lugarteniente, daba a mi poder moral su indispensable base de la fuerza física.

Conocedor de la deficiencia, había ingeniado, procurando suplir con la maña lo que me faltaba de fuerza; y así, en la lucha cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, daba un tumbo al mismo Majarón.

Tales eran mis títulos para gozar el puesto de capitán de banda de chicos mal criados.

Habíamos salido de pedrea, y aquel día no vinieron a provocarnos ni a admitir el combate los chiquillos del barrio alto.

Dormíamos sobre nuestros laureles, sentados alrededor de la cruz de San Sebastián, frente al Cementerio, comentando la no presentación del enemigo.

—¡Para lo que tú haces!—dijo Coterá, encarándoseme.—Tiras las piedras como las mujeres, y no alcanzan a tres varas.

Así era, la verdad; como también era cierto que él las tiraba bien y con tan certera puntería, que le vi descalabrar a más de un contrario.

—Yo no tiro piedras—le repliqué;—pero cuando algún zangón, como tú el otro día, se encuentra acorralado y hecho un trapo, me meto con mi palo corto en medio de los del barrio alto y le saco del apuro.

Ramón se avergonzó, pero no pasiva, sino arrebatadamente, encendiéndosele el rostro. Los compañeros estaban muy atentos, como pesándonos en una mano a mí, y en otra a Ramón.

—Y tú, ¿qué hiciste luego sino huir como un cochino?—replicó más arrebatado.

—¿Y qué había de hacer yo más que librarte y abrirme paso, grandísimo collón? Y a lo de que huí como un cochino,

E. M.—Marzo 1912.

¡ten la contestación!—dije, acompañando a la palabra un revés.

No hay nada tan desigual como el valor. El tímido habitual llega un momento en que se convierte en una fiera. El héroe de cien combates, sorprendido un instante, queda inerte.

Aquella naturaleza apática sufrió un cambio súbito: la sangre toda se le fué a la cabeza; y al arrojarse sobre mí, viendo yo que tenía los peldaños detrás, aproveché el momento, contrarresté con mi impulso el suyo, derribándole, y fué a caer al otro lado de la cruz.

Los espectadores pusieron la cara de asombro que los Israelitas al ver por el suelo a Goliat.

¡No creí generoso castigarle caído, y pensé que agradecido cesara su porfía; pero, lejos de eso, levantándose sin impedimento por mi parte, más iracundo aún, echó mano al bolsillo y sacó una navaja de las de cabo de marfil, muy suficiente para cualquiera fechoría.

Aquí había espectadores, y de tal naturaleza, que no era posible huir. Sentí miedo e impulsos de correr, trocándolos con la velocidad del mismo rayo en saltar el espacio que mediaba entre nosotros: Ramón iba a descargar al golpe, a dos varas de distancia, y se encontró con su enemigo cosido a la barriga.

Con la acción ganada, me fue fácil echarle la zancadilla y arrojarle al suelo. Le quité la navaja y la tiré por cima de la tapia del convento, diciéndole:

—No te rajo la cara, para que veas que no es verdad que soy un cochino.

Lo levanté del suelo, y esta vez se le había pasado ya la ira. Quedamos amigos y no volvió a protestar contra la dominación.

FEDERICO RUBIO

(Continuará.)

# LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

---

## Un viaje a Francia en 1792.

(Continuación.)

En efecto; cinco días duró la estancia de Moratín en Bayona, desde el 12 al 17 de Mayo de 1792, y todos ellos los pasó junto a la parentela del fundador del Banco de San Carlos y agasajado en su casa nativa o en las de sus allegados. Las anotaciones del diario no dejan lugar a duda: «Día 13, á casa de M. Cabarrús; paseo; a la Catedral...—Día 14: a casa de Bailac; paseo, a comer en casa de Cabarrús...—Día 15: aquí Cabarrús, a casa de Bailac para comer...—Día 16: a casa de Bailac y de Cabarrús; por la tarde a correr calles; Cabarrús aquí; *Teresita en un convento...*» Habían empezado, sin duda, los disgustos serios entre la joven marquesa de Fontenay y su marido; habían empezado también las persecuciones y riesgos para los privilegiados del antiguo régimen. Aristócratas, titulares de la vieja magistratura, *ci-devants* de todo linaje procuraban hacerse olvidar bajo apellidos oscuros y democráticos, viviendo en la campiña o acogiéndose a algún techo amigo y no sospechoso de contrarrevolución, mientras sus mujeres se sepultaban interinamente en algún monasterio o casa de retiro, según costumbre mundana de la época. En vano el «salón» de Teresa Cabarrús, en la calle de Saint-Louis-en-l'Isle, se ha-

bía visto frecuentado, desde los primeros días de su matrimonio, por la flor y nata del partido *feuillant* o constitucional monárquico, por no pocas figuras que habían de señalarse después en los bancos de la Gironda y de la Montaña, por los ingenios más salientes en las letras y en el periodismo, como Florian, Chamfort y Rivarol. «El tono dominante en la casa corresponde al liberalismo y las reformas.» Recibíalo de los grandes señores conversos del nuevo espíritu: Montmorency, La Rochefoucauld, los hermanos Lameth, el marqués de Lafayette, ídolo de las muchedumbres. Esta popularidad, empero, debía declinar muy pronto. La fuga de la familia real y su detención en Varennes determinaron y precipitaron la segunda fase de la Revolución: el período de las desconfianzas feroces, de los delirios persecutorios, de la «fiebre obsidional», las alarmas continuas y *la patrie en danger*. La desbandada fué completa, y no había quien no pensase en ponerse en salvo, por más pruebas de civismo que tuviera dadas y por más *membresse* del club de 1789 que hubiera sido, como nuestra bella Teresita (1). Hospedada ahora en un convento; divorciada, antes de un año, bajo los auspicios de la flamante ley, y detenida después en Burdeos, camino de España, debía encontrar allí la novela de sus amores con Tallien, durante la misión proconsular de que los bordeleses guardarán eterna y execrable memoria.

A los cinco días de su llegada, colmado de atenciones y repuesto de las primeras fatigas del viaje, Moratín, siempre acompañado del incógnito Chabot, toma de nuevo la diligencia y sale de la ciudad bearnesa con dirección a Burdeos, otra de las plazas comerciales a que se extendían los negocios de Cabarrús, y en la cual su hijo mayor, Teodoro, acababa de fundar, o debía hacerlo luego, la casa *Cabarrús fils et C.<sup>ie</sup>* (2).

(1) Carta firmada: *Cabarrus, femme Fontenay*, en el núm. 14 del *Journal de la Ville*.

(2) Sonolet: *Madame Tallien*, París, 1909, pág. 31.

Esta vez no habla nuestro poeta, como en su viaje de 1787, del asedio que padeció en Bayona por parte de los judíos, y en especial de un señor Olivera, a quien llama «el más pesado y corrompente individuo de la plebe de Israel» (1), y que parece haber trasladado a París su campo de operaciones, puesto que allí hemos de encontrarle dentro de poco. Dedicábase, como casi todos sus correligionarios de aquella ciudad, al cambio de monedas, a los servicios de mediador o cicerone y a la venta de baratijas, sonando su apellido no sólo en las cartas y apuntes de Moratín, sino en los de cuantos pasaban la frontera o escribían relaciones de viajes (2). Libres, pues, del «obstinadísimo sordo» y de sus porfías, salieron el día 17, a las seis de la mañana; comieron en Majeux, cenaron y durmieron en la casa de postas de La Harie; volvieron a partir de madrugada, sufriendo, cerca de Belin, el tradicional e imprescindible vuelco de cabriolé, que dejó a Chabot algo estropeado; comieron en Hospitaley, y el mismo día, que era el 18, a las nueve de la noche, llegaron a Burdeos, apeándose en la fonda del *Grand Soleid*.

Renuncio a transcribir literalmente las apuntaciones de nuestro viajero durante su permanencia en *Burdegalia*, según escribe con insistente macarronismo. Hasta dos meses y días se prolongó su detención en aquella ciudad, por las circunstancias que veremos muy pronto; y el diario auténtico había de resultar aquí sumamente pesado. Baste saber que la primera visita, luego que salió de la fonda, fué para M. Batbedat, primo hermano de Cabarrús, y probablemente su socio o comisionado mercantil, a quien Moratín ya conocía por sus frecuentes viajes a España y las temporadas que había pasado en Madrid. Batbedat acababa de sufrir los efectos de la prevención general contra los franceses que la Revolución iba le-

(1) Carta a Cean Bermúdez, fechada en Auch, el 3 de Octubre de 1787.

(2) Véase, por ejemplo, Viera y Clavijo: *Viaje a Francia y Flandes* (1777 y 1778). Tenerife, 1849; y Moret-Fatio: *Études*, 2.<sup>a</sup> serie, páginas 385 y 386.

vantando y excitando en la Península, y de la cual el proceso de Cabarrús, aunque nacido de pretextos interiores, era reflejo en gran parte. La servidumbre del arbitrista bayonés fué expulsada de España cuando él se vió reducido a prisión; y su primo, que se hallaba entonces en la corte, fué también encarcelado temporalmente (Setiembre de 1790), motivando una protesta de M. Puyabry (1), encargado de negocios de Francia durante el retraimiento forzoso del duque de Lavauguyon, acreditado de la monarquía absoluta a quien únicamente quería reconocer la corte de España como embajador, pero cuyos poderes no habían sido ratificados por el Gobierno revolucionario. Es probable que con Batbedat residiera entonces en Burdeos el hijo menor de Cabarrús, y que fuera éste el Paquito a quien se refiere Moratín, en carta al abate Melón, escrita desde Londres el 25 de Diciembre del mismo año 92: «Sujeta bien a Paquito; hazle que estudie y que se esté quieto en casa, que harto suelto y libre anduvo este verano, y harto me dió que sentir *por las calles de Burdegalia*» (2). No vaya a creerse, sin embargo, que la austeridad de nuestro Arcade fuera entonces incorruptible. En el diario de su estancia en Burdeos registranse desde el primer día, veladas bajo frases medio latinas, medio francesas, no pocas frecuentaciones por este estilo: «Día 22, con Chabot a ver unas *catins*.» «Día 23, a casa *quædam meretrix*; por la noche a visitar una *mima ex Variétés*»; más tarde «a casa de *quædam venusta femina*» o de la «*meretrix parisina*». Con tales extravíos de una juventud célibataria, próxima ya a la madurez, alternaban otras visitas y relaciones ciertamente más decorosas y útiles. Acude a la Bolsa para observar el tráfico habitual, a la Casa de Moneda, al Jardín público, al café más entretenido, a la biblioteca de la Academia de Ciencias. Batbedat le obsequia con excursiones al molino de la Cartuja, con comidas urbanas y campestres,

(1) Geoffroy de Grandmaison: *L'ambassade française en Espagne pendant la Revolution*, pág. 52.

(2) *Obras póstumas*, t. II, pág. 127 y 128.

con paseos, con espectáculos nuevos para él, como el *concierto* y las *carreras de caballos* a la inglesa. Va casi diariamente al teatro, su diversión favorita, la causa oculta y primordial de su viaje. Es objeto de convites en la casa de campo de M. de la Sablonière; recorre los establecimientos de lujo, las tiendas de moda, la tipografía de Racle, y, acordándose de su antiguo oficio, frecuenta una platería por amor al arte o a la *tendera pulchra* que le recibe allí, como unos meses después, en Londres, ha de marearle cierta *esplieguera* o herbolaria muy de su agrado.

Seguramente, el primer propósito de Moratín era el de pasar tan sólo unos diez o doce días en la capital de la Gironda. Comprueba esta presunción el hecho de verle acudir, el 31 de Mayo, a la casa del Ayuntamiento para obtener pasaporte. El día 3 de Junio, Chabot y M. Pontoï—una de las personas con quienes se había relacionado íntimamente desde su llegada a Burdeos—salen para Noitron, según nota del diario manuscrito, que añade la siguiente confidencia: «*Ego, propter metum, nolui Lutetiam petere.*» ¿Cuál sería la causa inmediata de ese miedo que no le dejaba llegar a París? Observemos ahora que el insigne literato madrileño parece haber emprendido su viaje a Francia con pleno descuido, con absoluta inconsciencia respecto de la verdadera situación de aquel país. Había dado fe, sin duda, a las esperanzas universales de redención, dejándose convencer y deslumbrar por la fraseología revolucionaria, por los relatos idílicos y las declamaciones solemnes que llamaban a participar de la libertad, en el seno de una nación feliz y generosa, a todos los oprimidos de la tierra. Como dos años antes, la Constituyente había presenciado ya un espectáculo conmovedor: «Las puertas de la Asamblea se abren: una legión de ingleses, de prusianos, de sicilianos, de holandeses, de rusos, de polacos, de alemanes, de suecos, de italianos, de españoles, de brabantinos, de aviñonenses, de ginebrinos, de indios, de árabes, de caldeos, es al instante introducida en la sala. Estos extranjeros vienen guiados por

»la estrella de la Libertad, como otros Reyes Magos, a adorar  
»la Revolución en su misma cuna... Los peregrinos, a la ca-  
»beza de los cuales se presenta el orador Cloutz, piden el favor  
»de ser admitidos a la fiesta de la Federación, en el Campo de  
»Marte, por el aniversario del 14 de Julio. «La trompeta que  
»anuncia la resurrección de un gran pueblo, dice Cloutz, ha  
»resonado en los últimos confines del mundo, y los cantos de  
»veinte millones de hombres libres han logrado despertar a las  
»naciones sumidas en larga esclavitud» (1). Desde este mo-  
mento, los espíritus exaltados de todos los países, las víctimas  
imaginarias o reales de todas las tiranías, los descontentos de  
todos los poderes, saludaron con transportes de júbilo la aurora  
de la libertad y vieron en París la sede apostólica de la nueva  
redención y la patria común del género humano. *Orador del  
género humano* y fundador de la República universal se llamó  
ese Anacarsis Cloutz, en torno de quien se movió de continuo  
el bando extranjero, el partido de los advenedizos y refugia-  
dos que iban a buscar en Francia el aire vital de la fraterni-  
dad, y que muy pronto debían sobrepasar, por su furor dema-  
gógico y sanguinario, los mismos delirios homicidas de Hébert  
y de *L'Ami du Peuple*. Leídas en los discursos de Brissot,  
en los manifiestos de Condorcet, en los himnos de José Ché-  
nier puestos en música por Gossec o Méhul, estas invitaciones  
a la comunión de los pueblos en el festín eucarístico de la  
Francia regenerada, habían de electrizar a los desprevenidos  
é incautos que, desde lejanas tierras, suspiraban en silencio  
por un mundo mejor, por ese mundo que el astro rey empeza-  
ba ya a iluminar en la primera fiesta del 14 de Julio (2):

Que les fers soient brisés! Que la terre respire!  
Que la raison des lois, parlant aux nations,

---

(1) Esquiros, *Histoire des Montagnards*, edición Garnier, páginas 147 y 148.

(2) J. Tiersot, *Les fêtes et les chants de la Revolution française*, Paris, 1908, págs. 39 y siguientes.



Dans l'univers charmé fonde un nouvel empire  
 Qui dure autant que tes rayons!  
 Que des siècles trompés le long crime s'expie!  
 Le ciel pour être libre a fait l'humanité.  
 Ainsi que le tyran, l'esclave est un impie  
 Rebelle à la Divinité...

Antes de tres años, un espejismo tan maravilloso se habrá disuelto en sangre y horror. Aquel grupo de extranjeros estará diezmado y poco menos que extinguido. Los «embajadores del universo», los «oradores del género humano», los reyes de Oriente que fueron a Lutecia guiados por la estrella de la Libertad, en busca del nuevo Mesías; prusianos, ingleses y belgas, daneses, italianos y españoles: los Clcotz, los Proly, los Pereyra, los Frey, los Deisderischen, los Buonaroti, los Lazousky, los Guzmán, habrán apurado todos los rigores de la persecución, se habrán devorado unos a otros, habrán dejado su cabeza en la guillotina. Cuantos compatriotas nuestros allí se dieron cita, por rebeldes al yugo de nuestro despotismo o intolerancia española: el viejo Olavide, comprador de bienes nacionales en Orleáns; Marchena, siguiendo en su proscripción a los fugitivos de la Gironda y esperando con ellos la hora del patíbulo, al cual escapó por milagro; el general Miranda, después del desastre de Nerwinde, todos, sin excepción alguna, sufrieron riesgos, zozobras y ultrajes que bien pudieran rehabilitar la inquisición religiosa de cualquier país por contraste con la inquisición revolucionaria de la Francia libre. Y la misma Teresa Cabarrús que, al saber la detención de su padre en España, corre al encuentro de Lafayette, tan luego como aparece en su salón, y le pide nada menos que un ejército para aniquilar el despotismo de nuestra vieja monarquía, detenida a su vez en Burdeos, encerrada en el castillo de Hâ, no logra verse libre más que prostituyéndose al emisario de la Convención, ni unos meses después podrá salir de la Petite-Force, sino acelerando el golpe de los termidorianos contra los feroces triumviros.

\*  
 \* \*

Tales fueron, en suma, el proceso y la suerte de las primeras ilusiones revolucionarias y de los españoles más tempranamente iludidos por ellas. ¿Hasta qué punto pudieron alcanzar a Moratín? Uno de sus contemporáneos y amigos predilectos nos dice que «vivió y murió perteneciendo a aquel pequeño número de hombres ilustrados y de corazón sano y justo que así desechan los errores envejecidos como las novedades desastrosas». ¿Quién no reconoce en tales rasgos los que hubieron de distinguir, andando el tiempo, a los afrancesados españoles, desde el mismo Moratín hasta Meléndez, Lista y Reinoso? Pudieron deleitarse, como *Inarco*, con los epigramas de una incredulidad de gabinete, abominar de la Inquisición, traducir el *Cándido*, comentar con deliciosa ironía el *Auto de fe* de Logroño, poner en solfa la casuística de los definidores o los prodigios de las brujas en el aquelarre de Zugarramurdi; mas la violencia y el trastorno, la anarquía y la efusión de sangre en que vino a resolverse casi en seguida el idilio de 1789, aterrizaron para siempre su alma espantadiza y llena de candorosa buena fe.

No tenía, pues, Moratín vocación alguna de político militante. Los problemas de la gobernación, de la soberanía, de la libertad religiosa y civil, apreciábalos tan sólo por sus relaciones o trascendencia con y sobre la cultura. Era un verdadero literato, es decir, un espíritu sin ardor, todo cordura, suavidad y confianza. Hay motivos para afirmar fundadamente que hasta quince o veinte días después de haber llegado a Francia o de hallarse en Burdeos, o sea hasta el 25 de Mayo o 1.º de Junio, no comenzó a darse cuenta de la situación real de aquel país, de la fermentación de los ánimos, del terrible avispero en que se había metido incautamente, creyendo volar al centro mismo de las gracias y las musas. Por las conversaciones de sus amigos, por la lectura de los papeles, por el aire de tempestad que agitaba la atmósfera, comprendió demasiado tarde que se había equivocado: las musas se convertían en bacantes, las gracias en euménides y gorgonas. Déja que Chabot

y Pontois, como queda dicho, emprendan un nuevo viaje; a causa del miedo que le sobrecoge, acuerda permanecer en Burdeos a la expectativa; instálase como pupilo en casa de un Redon, *traiteur*, y pasa de esta manera todo el mes de Junio y gran parte de Julio, hasta el día 20, en que prosigue su expedición después de dos meses cumplidos de estancia en dicha capital. Recordemos sucintamente el estado de la nación vecina en aquellos instantes. «La primera tentativa hecha por los demagogos para proclamar la soberanía de la calle, inaugurar el reino del motín y cuartear los más hondos cimientos del viejo edificio monárquico, estuvo muy hábilmente conducida.» Dicho ensayo no fué otra que el indulto y la glorificación de los cuarenta suizos de Châteauneuf, condenados a galeras por indisciplina, asesinato y robo de la caja regimental, y es considerado por Mortimer-Ternaux (1), como la inauguración ostensible de la anarquía jacobina. Los galeotes fueron conducidos en triunfo a París, paseados desde la Municipalidad al Club de los Jacobinos, y desde el Club de los Jacobinos a la Asamblea, cuyo envilecimiento y sumisión a la chusma no pueden ya disimularse. Los diputados tienen que sufrir la presencia de los asesinos del teniente Desilles en el mismo local en que su busto ocupaba el sitio de honor, debido a un mártir de la ley y de la patria; tienen que transigir con la apoteosis de unos presidiarios, cubiertos ahora de laureles y envueltos en una nube de incienso, entre la soez elocuencia de Collot d'Herbois y los versos cantábiles de Chénier el joven. De vengar a la humanidad escarnecida se encargó muy pronto su hermano el divino Andrés, en uno de aquellos *yambos* inmortales que volarán eternamente a través de los siglos. El generoso arrebatado que le movió a cantar la inolvidable escena del Juego de Pelota, se ha convertido, antes de tres años, en sarcástica y fulminante indignación. Su lira melodiosa, sus versos de láctea dulcedumbre, preludian desde este momento el nuevo tono

(1) *Histoire de la Terreur*, 3.<sup>a</sup> edición, t. I, págs. 53 y siguientes.

que sublimará en las estancias impecables de su oda a Carlota Corday, y lo ensaya, noblemente enfurecido, contra los glorificadores y contra los glorificados de Châteauevieux:

Ces héros que, jadis, sur un banc de galères  
 Assit un arrêt outrageant  
 Et qui n'ont égorgé que très-peu de nos frères  
 Et volé que très-peu d'argent!

Mientras tanto, la escasez de trigo y su carestía son causa de frecuentes tumultos en muchos pueblos de la proximidad de París; y el ocurrido en Étampes, que costó la vida al alcalde Simoneau por defender el orden y el respeto a la ley, da la medida de cuánto puede esperarse del partido demagógico. La fiesta de desagravio consagrada oficialmente a la memoria del heroico funcionario municipal, transcurre entre la indiferencia, cuando no entre la rechifla y el cínico sarcasmo de los clubs populares, sobre los cuales se acentúa el ascendiente de Robespierre. Les reveses del ejército, achacados a traición; la existencia del pretendido *comité austriaco*; las acusaciones del periodista Carra contra los ex-ministros constitucionales Montmorin y Bertrand de Molleville, suspectos de conspiración realista; la infame predicación sanginaria de Marat en *L'Ami du Peuple*, iban irritando ferozmente los ánimos y preparando las futuras hecatombes septembrinas, con la impunidad de la pluma inviolable y de la idea que no delinque. Después de tres meses de poder, Dumouriez, adicto ahora a la corte, va de un lado en el ministerio, y de otro, la fracción girondina no resellada: Roland, Servan y Clavière, que exigen a todas horas de Luis XVI, repetidos y humillantes testimonios de lealtad constitucional o revolucionaria. Y la última de semejantes humillaciones es la disolución de la guardia del rey (29 de Mayo) que entrega inerme la monarquía a los escarnios del 20 de Junio y a la jornada final del 10 de Agosto, mientras se adoptan también los decretos de expulsión de los clérigos refractarios y formación de un campamento de

20.000 hombres en París, salvaguardia de la Asamblea contra los manejos de la reacción.

Sin duda tales noticias, llegando a Burdeos, como a toda Francia, exageradas por el nervosismo en que vivía la nación, hicieron creer en la inminencia de grandes trastornos y detuvieron la marcha de Moratín a París que, como he dicho, contaba emprenderla allá por el 3 de Junio. Desde este momento verémosle seguir una vida de dulce vagancia, de apacible monotonía. Pasa su tiempo, por la mañana, con un M. Le Roi, o en la farmacia de M. Cazalet; por la tarde pasea a lo largo del Jardín público o siguiendo la ribera del río, y asiste casi todas las noches a la Comedia. Desde la misma botica de Cazalet contempla, el día 7 de Junio, el paso de la procesión del Corpus, con su obispo, sus canónigos y sus sacerdotes constitucionales o juramentados; con su mescolanza de culto tradicional y de manifestación revolucionaria y cívica. Es el último acto externo de un rito expirante: un acto que ya anuncia las fiestas de la Razón, y en el cual se confunden los símbolos y ornamentos de la liturgia romana con la escarapela tricolor, con la pica y el gorro frigio de los sansculotes. Aquellos himnos eucarísticos serán, dentro de un año, el *ci devant* o SALUTARIS, el *ci devant* TANTUM ERGO, cuando por sacrílego azar figuren incluidos en el programa de las solemnidades jacobinas. Por esas mismas calles de Burdeos y ante el propio gentío que ahora reverencia el ostensorio, aun elevado por manos cismáticas, pasará dentro de unos meses la carroza del prócsul Tallien, ofreciendo a la admiración de las multitudes la figura arrogante de Teresa Cabarrús: aquella *Teresita* de Moratín, tantas veces requebrada de niña por el tranquilo poeta madrileño cuando no pudo pensar que el destino la reservase para Minerva de la Revolución, así como la pintan las memorias de los contemporáneos: la mano derecha sosteniendo una lanza, y el brazo izquierdo ceñido al busto del terrible convencional, tigre amansado y conquistado por la belleza española.

Pero la relativa calma provincial de Burdeos no había de ser tampoco muy duradera, y empiezan a hacerse ostensibles los signos precursores de aquella tempestad que la convirtió, junto con Lyon, Tolón ó Marsella, en una de las ciudades víctimas del gran trastorno (1). Vanamente se esfuerza Moratín en aparecer sereno, en sostener la actitud expectante y semi-deportiva de ciertos viajeros ingleses cuyas impresiones han llegado hasta nosotros, como, por ejemplo, las *Lettres d'un témoin de la Révolution française*, que Taine publicó y tradujo. Vanamente disfraza de estoicismo e impassibilidad sus diarias anotaciones. El suelo de Francia trepida bajo sus pies. El Encelado aprisionado bajo la débil corteza de la isla de Tinacria—para seguir la imagen de Carlyle en su portentoso libro,—ruge y se agita para hacer saltar aquella superficie y derramar lo de dentro sobre lo de fuera en un diluvio de lava, de incendio y de anarquía. Aquellas personas con quienes departe diariamente el autor de *La comedia nueva*; aquel M. Le Roi, aquel M. Pontoi, aquel Cazalet, ilustre químico y profesor de la Escuela central de la Gironda, que prepara su *Théorie de la nature*, que ensaya en grande la fabricación del azúcar de remolacha, que investiga pacientemente el origen de la hidrofobia (2), no tardarán a sufrir, con un motivo u otro, las durezas de la fuga, de la expoliación o la cárcel, bien como sospechosos de realismo a la manera de este último, bien como hacendados o indiferentes. El rigor de la estación estival no se apaga con el baño diario que Moratín acude a tomar en el río, desde el 8 de Julio, con sus buenos amigos bordeleses; el ardor de las pasiones políticas tampoco. El día 14 suspende ese baño, sin duda para presenciar en el Jardín público la fiesta de la Federación, con motivo del tercer aniversario de la toma de la Bastilla. ¡Qué cambio desde la primera Federación en Julio de 1790! La ilusión generosa, la divina embriaguez, la espe-

(1) Véase la interesante obra de Aureliano Vivie, *La Terreur à Bordeaux*.

(2) *Nouvelle Biographie Générale*, del Dr. Hoefer.

ranza universal que se respiraban en aquella fecha, vémoslas convertidas en marea rugiente, en hosco y amenazador bramido.

El segundo aniversario (1791) quedó sin celebrar por la fuga de Varennes y sus interminables y dolorosas incidencias, y no tuvo otra repercusión que la sangrienta del Campo de Marte, el día 17, con motivo de suscribirse allí la petición de *dechéance* del Rey; la bandera roja del alcalde Bailly proclamando la ley marcial, los fusiles de Lafayette, ahogaron en sangre el movimiento sedicioso y mancharon con ella las gradas mismas del altar de la Patria, desde donde un año antes el obispo de Autun, Talleyrand, asistido de cien sacerdotes, pontificó gloriosamente, entre coros y salvas de artillería, para el juramento del Rey, del Ejército y de la Asamblea, ante un concurso de seiscientos mil franceses electrizados por la venida de la Libertad sobre la tierra. El tercer aniversario, el que se celebra ahora, llega ya después del 20 de Junio, preñado de odio, de amenaza siniestra, de salvaje rencor. Las turbas han desfilado por las Tullerías, vociferando contra el veto, sujetando a mil oprobios a Luis XVI y a toda la familia real, imponiendo al ungido del Señor la irrisión del cetro de caña y de la corona de espinas, en el balcón de un nuevo Pretorio que anuncia también la trágica proximidad del Calvario.

En vano resisten los departamentos a la impulsión de la capital, queriendo mantener a la Revolución dentro de límites constitucionales y legalistas. El frenesí acaba por invadirlos y conquistarlos también, en uno u otro sentido; y los espectáculos de sangre que tanto temió Moratín encontrar en medio del tumulto parisiense, vinieron a sorprenderle en la calma relativa de Burdeos, a que se había acogido esperando la normalidad. El día 15, que era domingo y siguió a la fiesta de la Federación, almuerza confiadamente con Chabot y Pontois; toma su baño en el río, asiste a la Comedia. Pero, al salir, viene a sacarle de su divagación literaria un encuentro por demás lúgubre y espantoso: dos sacerdotes, para quienes ha comen-

zado ya la persecución diocleciánica del Terror, han sido asesinados, y la más vil escoria de Burdeos pasea sus cabezas ensangrentadas y lívidas en el horror fantástico de la noche. Moratín corre a su albergue, toma su cuaderno y apunta con mano agitada la efeméride roja que acaba de presenciar: «*Décapitation de deux prêtres. Têtes por las calles. Obstupui*»; esto es, «quedé pasmado». Ha visto por primera vez la cara del monstruo y no podrá olvidarla nunca. He aquí la versión oficiosa del hecho, que publicará dentro de algunos días el órgano gubernamental:

«*De Bordeaux, le 16 Juillet.*—Cette ville, connue par le patriotisme de ses habitants, avait su, au milieu des orages de la révolution, conserver cette tranquillité, ce calme si nécessaire à la prospérité du commerce. Ce calme hereux vient d'être troublé par une affreuse catastrophe.—Une patrouille de la municipalité de Cauderan conduisait au directoire de ce district trois ecclésiastiques, arrêtés le matin dans cette commune, et parmi lesquels était M. Langoiran, ci-devant vicaire-general.—Une multitude irritée se presente à leur passage sur la place Dauphine et les demande à grands cris. Les volontaires de Cauderan opposent une vigoureuse résistance; mais ils sont forcés de céder à l'impétuosité d'un peuple égaré... furieux, il est vrai, contre l'un de ces prêtres, qui agite et tourmente le canton sans que la loi ait pu réprimer son audace contre-révolutionnaire. Deux victimes sont immolées. Leurs têtes sont promenées dans les rues. A la nouvelle de cet événement un cri d'horreur parcourt la ville, les citoyens sont consternés. Le peuple au desespoir s'ecrie: Que la loi punisse donc les factieux qui veulet nous perdre au nom du Ciel!» (1).

Desde este momento ya no vacila. No hay razón para diferir su viaje a la capital y prolongar una *villeggiatura* que va resultando tan poco idílica, puesto que la provincia se adelanta a los temidos excesos de París y acaba de ofrecerle una visión anticipada de los días apocalípticos que se acercan. Casi en seguida acude a casa del Vicecónsul para poner en regla su documentación; el 19 del mismo mes de Julio pide su pasaporte

(1) *Moniteur*, reimpresión, t. XIII, pág. 222.



a la Municipalidad, y el 20 toma la diligencia, despidiéndose de Burdeos, donde se ha hecho la ilusión de veranear como un sibarita, por espacio de dos meses, en el seno de un país dichoso y acabado de redimir. Entrañan estas despedidas una emoción inefable, que Moratín no dejaría de experimentar entonces al salir de la capital de la Gironda, empujado por la marea revolucionaria: «¿Me alejo para siempre de este lugar o volveré a pisarlo algún día? ¿Cuándo, en qué circunstancias, bajo qué influencias del destino?» Veintinueve años después, el 11 de Octubre de 1821, a eso de las cinco de la mañana, descendía en el parador de la *malle-poste*, de la misma ciudad de Burdeos, un viajero achacoso y envejecido. Era el propio D. Leandro Melitón Fernández de Moratín (1). Seis lustros han pasado sobre él, sobre Francia, sobre Europa. La humanidad parece haber vivido siglos en esos seis lustros. Una oleada colosal ha rodado por todos los países de la tierra, con réplicas y contraréplicas formidables. Anarquía delirante del Terror, anarquía mansa del Directorio, Consulado, Imperio, guerra universal, invasión de España, reinado del rey José, restauración pasajera de las viejas dinastías en los viejos solios vacilantes: todo esto ha presenciado el viajero español en sus treinta años de ausencia. La pleamar de la Revolución arrebatóle de Burdeos en 1792, paseándole, mal de su grado, a través de todas las borrascas de su época; y a Burdeos vuelve a arrojarle, allá por 1821, cuando llega el descenso de las aguas, pobre juguete de la conmoción universal, convertido ahora en emigrado político, con los demás secuaces y hechuras del rey José, en la silenciosa tragedia de la expatriación.

\*  
\* \*

Cinco días invirtió en su viaje a París, por Angulema, Poitiers, Tours, Blois, Orleans, Etampes. De este itinerario hago gracia al lector, por no ofrecer nada saliente. El día 25

(1) Carta de Moratín a Melón, *Obras póstumas*, t. II, páginas 377 y 378.

E. M.—Marzo 1912.

de Julio (1792), a las doce de la mañana, llegó a la capital de Francia, que ya solía llamar *chef-lieu de l'Univers* el estafalario Anacársis Clootz, fundador del cosmopolitismo a la moderna. Y de la estancia de Moratín en la alborotada Lutecia—o *Lodosa*, como escribía alguna vez festivamente,—sí que voy a dar por extenso, traducido de sus abreviaturas políglotas, el dietario que conserva el ms. de la Biblioteca Nacional:

Día 25 de Julio. A las cuatro salir [de Etampes]; a las doce en PARÍS. A casa del hermano de Chabot; comer. | Con él a correr calles; por los boulevares.

26. Por la mañana a correr calles; Palais-Royal. | Con Chabot *vi el Banquete cívico de la plaza de la Bastilla*. Por los boulevares; Palais-Royal; por las calles.

27. A casa de Olivera. A casa del Dr. Pinel. | Con Chabot a la Comedia; volvimos en coche.

28. Al Palais-Royal; por las calles. | A casa de Olivera; a las Tullerías; al Palais-Royal; por las calles.

29 (domingo). Por la tarde al boulevard, a la Comedia.

30. Por las calles; al Palais Royal. | *A Santa Genoveva*; otra vez al Palais-Royal, por las calles. *Duhamel asesinado*.

31. Por las calles; al Palais-Royal. | A casa de Olivera. Con Chabot a la Comedia.

Día 1.º de Agosto. Al boulevard. Con Chabot y su esposa a casa del cura de Saint-Marceau; comer. | En fiacre con ellos.

2. Por las calles. | Palais-Royal.

3. Por las calles. | Al boulevard; calles; Palais-Royal.

4. A casa de Iriarte; no estaba. Por las calles; Palais-Royal. En coche con Chabot otra vez a casa de Iriarte. | Cenar con la esposa de Chabot y una vecina; por el boulevard; *al café Corazza*.

5 (domingo). Al boulevard. | Con Chabot por el boulevard; al café Corazza. Con el mismo *a la sección des ENFANTS ROUGES*.

7. Por la tarde a casa de Iriarte; por el boulevard.

8. A casa de Iriarte; a recorrer las librerías. | Aquí a comer, M. Guerin, etc. Con ellos al boulevard.

9. A casa de Iriarte para comer, pero me llevé chasco. Comer en el Palais-Royal. | A la Comedia. Por la noche *toque de rebato; sublevación del pueblo*.

10. *Ataque a las Tullerías—matanza de los suízos—gran pa-*

vor. | Con Chabot por la calle de San Antonio; *cabezas paseadas en picas; pavor*. Al café.

11. Por la mañana *aquí, sin salir*. | Comer; con Chabot al boulevard.

12 (domingo). A casa de Iriarte. *A las Tullerías: vi las habitaciones saqueadas, las estatuas de Luis XIV y Luis XV derruidas*. Antes había ido a casa de Olivera. Con Chabot al boulevard.

13. A casa de Olivera; no le hallé. Por las calles. | Con Chabot al boulevard. *Vi la traslación del Rey al Temple*.

14. Con Chabot por las calles. A casa de Mme. de Beaumont; entregué la carta de Crucero. | Con Chabot por las calles y al Palais-Royal.

15. A casa de Olivera; a correr calles. | A casa de Pellicer; con Chabot al boulevard; café Corazza.

16. *A la sección por pasaporte*. A casa de Olivera; con él a casa de Couteulx; a la Sección. | *Con Chabot al Hôtel de Ville por pasaporte*. En coche hasta la barrera de Passy.

17. A casa de Pellicer y de Iriarte. | A casa de M. Le Grand por letra; a casa de Pellicer; a la Comedia.

18. A casa de Pellicer, *al despacho de la diligencia*. | Con Chabot a la Comedia.

19 (domingo). A correr calles. | Café; con Chabot a la Comedia.

20. A correr calles; con Chabot a casa del cura de Saint-Marceau, el mismo del día 1.º, para comer. | *A la Sección des GOBELINS DES PORTES*.

21. A casa de Pellicer; no estaba. | A casa de Olivera; tampoco estaba. Por las calles a la Comedia.

22. Al despacho de la diligencia. | Al café; por las calles; á casa de Olivera.

23. A la diligencia; salir a las doce; a las nueve en Clermont...

Y sigue la enumeración de sus etapas por Amiens, Aberville y Boulogne hasta Calais, y de Calais a Duvres y Londres.— Cuando Moratín llegó a París, el 25 de Julio, hallábase la Revolución en su momento culminante. ¡Qué otros *grandes anales de quince días* hubiera podido legar a la posteridad española extendiendo las anotaciones contenidas en su diario! Lo que ocurrió a la vista de D. Leandro en el transcurso de aquellas semanas llena hoy, con centenares de volúmenes, los estantes de las bibliotecas. Contarlo de nuevo o resumirlo siquie-

ra, había de constituir petulante redundancia. Últimos esfuerzos desesperados del partido constitucional para salvar al rey y a la Monarquía; intento de Lafayette para sustraer la Asamblea al tiránico influjo de los jacobinos; engañosas ilusiones de reconciliación, el 7 de Julio, con el *beso Lamourette* y la presencia de Luis XVI en la Cámara; suspensión del Alcalde de París, Petion, y del procurador síndico de la Municipalidad, Manuel, a causa de los sucesos del 20 de Junio, aprobada por el rey y levantada por el Parlamento; desastres de los ejércitos en la frontera; retirada de Luckner; proclamación de «la patria en peligro»; el Poder real bloqueado entre constitucionales y girondinos, y espiados y excitados estos últimos por los *montagnards*, con toda la implacable obstinación de las desconfianzas demagógicas... ¿cómo guiar al lector, mediante unas breves líneas, por el dédalo inextricable de tantos sucesos, intrigas, facciones, personas y fatalidades como se entrelazan y chocan sin cesar, atropellada y confusamente?

El mismo día, casi a la misma hora en que nuestro compatriota pone el pie en París y se quita en casa de Chabot el polvo del camino, otro Chabot, el excapuchino y miembro de la Asamblea, pide en ésta, sin más demora, el examen de la conducta del rey, para ir derecho a su exoneración, que es lo que imponen los clubs, los arrabales, los «federados» venidos de provincia y la chusma vociferante de las tribunas. La autoridad presidencial, que había llamado al orden al innoble *defroqué*, vese humillada y escarnecida por la mayoría, la cual desaprueba su resolución, amonestándole, a su turno, públicamente. Guadet lee el proyecto de carta-ultimátum que debe ser dirigida al rey, pidiéndole, «por la postrera vez», que se reúna decididamente al pueblo para defender la Constitución y el Trono contra las conspiraciones de dentro y contra la amenaza de invasión extranjera. La fermentación en la sala del *Manège* o Picadero, en la vía pública, en las secciones y en las sociedades patrióticas, ha llegado a su mayor intensidad. Y en este momento, para siempre memorable, sale a la calle Mora-

tín, no bien acabado de comer, en compañía del hermano de Chabot, que parece hospedarle en su domicilio.

El primer cuidado de nuestro compatriota había sido proveerse de la escarapela o *cocarde* tricolor, que así nacionales como extranjeros están obligados a ostentar todo el tiempo que dure la declaración de *la patrie en danger* (1). ¡Ay de quien la olvide en medio de esa capital devorada por la sospecha, ferrozmente idólatra del símbolo y del cintajo! De tal suerte empenachado nuestro *citoyen*, nadie le reconociera por el tímido y apacible contertulio de la celda de Estala, por el devoto de los Basilios y de la bóveda de San Ginés. Husmea en el aire el acre olor de la fiebre colectiva. Francia, París, han perdido en cinco años, desde su primer viaje, aquel encanto suyo tradicional de una dulzura que hechizaba a extranjeros, peregrinos y huérfanos de patria. La cortesía, el buen trato, las maneras agradables, la ligereza espiritual y afectuosa, parecen cosas pretéritas, lejanas, remotísimas. Una ruptura violenta que Michelet, con su fuerza asombrosa de intuición, señalara el primero, se ha producido en el carácter nacional, desfigurándolo para siempre. El jacobinismo ha secado los sentimientos generosos, ha endurecido los corazones, ha teñido de lividez y ferocidad sombría los rostros y las almas. La psicología, el traje, el tono del idioma, el aspecto de la población, todo ha cambiado. Demoliciones en el espíritu, demoliciones en las calles y plazas, bienes nacionales para alquilar o vender, monumentos del viejo despotismo arrasados y destruidos, armas y blasones borrados de dondequiera, y dondequiera también sansculotes con pica y gorro frigio, mujeres con aspecto de furias o ménadas, con los ojos inyectados y la boca espumeante. Esa remota descendencia de los galos, a la vuelta de tantas centurias, ha hecho buena la expresión de Tito Livio: *Gens nata ad vanos tumultus*. Irritabilidad, efervescencia, entusiasmos in-

---

(1) Mortimer-Ternaux: *Histoire de la Terreur*, t. II (2.<sup>a</sup> edición), página 29.

fundados y tornadizos, he aquí la historia del accidentado quinquenio. Sus huellas adviértense en todos lados: en la cara del transeúnte y en las piedras de los edificios, antes risueños y acariciadores, que parecen haberse transfigurado, adquiriendo el matiz y la sugestión de la tragedia. El extranjero reconoce los lugares y escucha horripilado las anécdotas. «Esta fué la fábrica de Réveillon y el sitio del motín famoso; por esta calle exhaló el último suspiro De Launay, arrastrado después de la toma de la Bastilla; aquí cayó Fleselles, el preboste de los comerciantes; ahí sucumbieron Foulon o Berthier...» Ennegrecido todo por el incendio, mellado por los proyectiles, profanado por la efusión de sangre, la ciudad de la ligereza y del placer diríase haberse cubierto de una gasa fatídica. Y el viandante no se atreve a levantar los ojos al reverbero o *lanterne* de las esquinas, símbolo un día del esplendor urbano de París, que ahora, con su brazo siniestro, substituye el horror de las visiones medievales cifrado en la almena expiatoria de los viejos castillos.

\*  
\* \*

El día siguiente (26 de Julio), repuesto del viaje y del no dormir, entrégase *Inarco* a la delicia de sus paseos sin rumbo. Chabot, que hacía los honores de la ciudad al forastero, se creería obligado también a hacerle los honores de la Revolución y de sus espectáculos, y por la tarde le conduce a presenciar el *banquete cívico* en la plaza que ocupó la Bastilla. Los federados de las provincias que vinieron para las fiestas del 14 de Julio han sido mañosamente retenidos en París—no obstante las órdenes de concentrarse en Soissons,—para servir de combustible a la sublevación general que se prepara. Un «buen patriota y mediano arquitecto», como le juzga el *Moniteur* (1), el ciudadano Palloi, se ha apoderado de las ruinas y del solar de la ex-fortaleza, montando con ellos una lucrati-

(1) *Ibidem*, pág. 246.

va industria de civismo. De sus piedras hizo labrar ochenta y tres reducciones de la Bastilla, colocándolas a buen precio en los ochenta y tres departamentos de Francia; especuló con el «artículo patriótico»; se erigió en contratista, ó, por mejor decir, en beneficiario de las demoliciones y de los adornos para festejos. Como David en los grandes aparatos y manifestaciones, como Sarrette en la música de la Guardia nacional, como José Chenier satisfaciendo las necesidades poéticas del día, Palloi fué una de las columnas artísticas de la Revolución; y lo mismo sirvió para arrasar una maldita cárcel de Estado que para reforzar otra, la del Temple, y ceñirla de un muro exterior cuando fué destinada a recibir la familia real prisionera. No habían sido quitados por completo los adornos con que engalanó la plaza de la Bastilla para el día 14, y ya fué necesario arreglarla de nuevo para el ágape del día 26. Cubrióse de mesas la explanada; federados y parisienses comparecieron en número crecidísimo a ocuparlas, llevando cada cual su provisión en un alarde de frugalidad más o menos espartana. No volverá a repetirse el caso de un pueblo que se redime Plutarco en mano, con los textos griegos y latinos a la vista, con la intención consciente de reproducir los grandes hechos y las grandes escenas de la antigüedad. Jamás se presenció ni volverá a presenciarse un fenómeno igual de intoxicación literaria: veinte millones de hombres, a los cuales la continua ingestión de clasicismo ha turbado la cabeza, sumiéndoles en aquel estado delirante que pudo observar Moratín en los partícipes del banquete. ¿Qué extraña mezcla de asombro y repugnancia no había de sentir un temperamento como el suyo, antipopular por excelencia, refinado, turri-eburnista, como diríamos ahora, y que no menos que su maestro Horacio abominaba del tumulto de la plaza pública y de todo roce con lo vulgar y profano?

Vió el festín, los brazos fraternales, las lágrimas patrióticas corriendo por los rostros conmovidos y amenazadores; pero acaso ignoró que mientras la muchedumbre celebraba en torno de

las mesas interminables su Pentecostés de la nueva religión, allí, en frente, en la taberna del *Soleil d'or*, que miraba a la execrada fortaleza desde la entrada del arrabal de San Antonio, una oscura rebotica sirvió de refugio a la conspiración, para producir aquella misma noche el cataclismo, que no llegó sino quince días más tarde. Allí estaban Santerre, Lazowski, Fournier el Americano, el periodista Carra y otros demagogos y agitadores más oscuros; allí las rojas banderas preparadas, con sus lemas de «Resistencia a la opresión; ley marcial del pueblo soberano...» Pero el intento abortó por aquella vez. Santerre mostróse vacilante, los arrabales no respondieron. Según costumbre, jamás alterada hasta la fecha, los periódicos sectarios culparon de la agitación a la víctima por ella escogida de antemano, o sea la corte. Y el «virtuoso Pétion» repitió sus equilibrios pilatescos del 20 de Junio, arengando al buen pueblo, «que es excelente y generoso, aunque puedan extravíarlo accidentalmente los manejos de sus enemigos», etc., etc.

Como en Burdeos, esfuérase en París D. Leandro para hacerse la ilusión de vivir en plena normalidad. Mañana y tarde vaga por los boulevares o por el corazón de la urbe, y se interna una y otra vez en la zumbante colmena del Palais-Royal, «cuna de la Revolución», principio y fin de todas sus correrías. Rueda al azar por las arcadas, se extasía ante las tiendas, husmea en la provisión de los *bouquinistes*, adivina los garitos y timbas, lee los pasquines políticos, atraviesa los jardines y busca la sombra de los castaños y acacias que en el trance solemne de la Bastilla se deshojaron para ofrecer á Camilo Desmoulins y su frenético auditorio un signo de alianza y redención. «Todo afluye a ese centro de la actividad parisi-»na. A los ojos de Francia y de Europa, París es el Palais-»Royal. Ningún extranjero llega a la capital sin que sus pa-»sos se dirijan inmediatamente hacia la inmensa feria. Por-»que, ¿qué otra cosa sino una feria es esta vastísima parada»en que todo se vende, todo se compra o todo se cambia? Para»la política, he aquí los librereros con sus *pamphlets*, sus opúscu-



»los, sus publicaciones del día; para los gastrónomos, he aquí  
 »las mesas a punto en casa de Véry, de Beauvillers, de los her-  
 »manos Provenzales; para los libertinos, he aquí el enjambre  
 »alborotado de las meretrices, la voluptuosidad guiando su  
 »impúdico cortejo por las galerías llenas de rumores...» (1).  
 Tal es el vistoso laberinto urbano en que ha venido a conver-  
 tirse la mansión cardenalicia de Richelieu, que antes de dos  
 meses tomará el nombre de Palacio-*Igualdad*, como su actual  
 propietario y explotador, Felipe de Orleáns el regicida.

Pero, a juzgar por las apuntaciones del diario, los ardores  
 eróticos de Moratín, han cedido a la preocupación absorben-  
 te de las circunstancias. Nada de ofrendas a Venus, nada de  
 entrevistas sospechosas como en la ciudad de Montaigne. El  
 miedo aplaca los sentidos, si es que no obedece la continen-  
 cia de ahora a resabios de sus aventuras bordelesas, según pu-  
 diera deducirse, extremando la malicia de una carta suya pos-  
 terior (2), y de su visita del día 27 al Dr. Pinel. ¿Sería tan  
 sólo el afán de conocer a una eminencia lo que le llevara a  
 casa del ilustre frenópata, entonces en plena nombradía por su  
 reciente *Traité médico-philosophique de l'aliénation mentale*? Re-  
 sulta muy curioso que un literato, tan exclusivamente literato  
 como nuestro viajero, no visitara a ningún escritor durante  
 aquellos veinte días de su estancia en París, ni viese a otro  
 hombre notable que el reformador de Bicêtre y la Salpêtrière,  
 el libertador de los orates, por quien las redenciones revolucio-  
 narias penetraron en la ciencia, que extendió la declaración de  
 los Derechos del Hombre hasta las mazmorras de los antiguos  
 manicomios (3), y en cuya casa debía encontrar un refugio

(1) H. Fleischmann: *Les filles publiques sous la Terreur*, páginas 113 y 114.

(2) «Yo no sé a quién deberemos los buenos informes de que me ha-  
 blas: gente hay ahí aptísima para chismes y embrollos de viejas. No ten-  
 go bubas, ni las he tenido jamás, ni cosa que se le parezca...»—Carta a  
 Melón: *Obras póstumas*, t. II, pág. 161.

(3) *Éloge* de Pinel por Couvier, *Mémoires de l'Académie de Scien-  
 ces*, IX.

Condorcet, antes de quitarse la vida para ahorrar trabajo a Sanson y al Comité de Salud pública. Lo cierto es que ni Saint-Pierre, ni Laharpe, ni Barthélémy, ni Beaumarchais, ni siquiera el hispanista Florian, suenan para nada en los apuntes, no obstante lo ofrecido a Forner por Moratín en su carta de despedida. La gente de letras andaba como azorada y en dispersión, atraídos los más por la fiebre política, procurando los otros hacerse olvidar en la sombra y el silencio. Es posible que Florian residiera en Sceaux, de cuya Guardia nacional la Revolución había dado la jefatura al antiguo paje del duque de Penthièvre, al lindo *Floriannet*, consagrado por la imposición, de manos de Voltaire. Olvidado de su Cervantes y de su Gonzalo de Córdoba, flirteó tímidamente con la Montaña, trocando un momento el tirso bucólico de *Galatea* o de *Estela y Nemorín* por la pica republicana. Una de tantas compilaciones o cancioneros patrióticos como aparecieron entonces, las *Muses sans-culottides* (1), recogen una *carmagnole* de nuestro poeta, que comienza de este modo:

Sur ma guitare assez longtemps (*bis*)  
 J'ai chanté les tendres amants (*bis*)  
 Chantons la liberté,  
 La sainte égalité,  
 Et le doux nom de frères;  
 Soyons unis, soyons unis.  
 Et le doux nom de frères;  
 Soyons unis,  
 Mes amis.

De nada le sirvieron, no obstante, estos escarceos revolucionarios. A su condición de noble iba emparejada la sospecha; a su timidez de literato, el odio de los ultrapatriotas. Sufrió persecuciones, dió con sus huesos en la cárcel, y de ella vino a sacarle, como a tantos otros, el 9 thermidor, si bien el

(1) Cuaderno 8.º, 30 germinal, año II.

pobre Clariseo sobrevivió pocas semanas a la fecha de su libertad, ahogándose como un anacronismo, en el mar de sangre del Terror, su canto débil, dulzón y de pastaflores.—Pero, volviendo á Moratín, no menos extraña que esta ausencia de relaciones literarias a que me refiero (explicable, en parte, por lo azaroso de aquellos días), es también su falta de curiosidad política. Ni una vez acude a la Asamblea para gozar el espectáculo de una sesión, con todo y ser entonces tan emocionantes y dramáticas, acaso por esto mismo. Ni una vez a los Jacobinos, cuya terrible puerta se contentaría con observar pasando por la calle de San Honorato; ni una vez a los *Cordeliers*. ¿Era temor, repugnancia, desprecio? Imposible precisarlo, careciendo de toda explicación auténtica. Por ventura apreciaba todo aquello como un inmenso delirio, como una estupenda insensatez, que no hacía más que aguarle la fiesta de su viaje, de sus estudios literarios, de su vocación teatral. «¡Si los franceses no estuvieran locos—escribirá malhumorado, desde Londres, al abate Melón—no hubiera yo venido a ver las inmortales obras de Shakespeare!» (1) No le interesaba el fondo de esa locura, ni puso ningún empeño en llegar a los clubs y a la sala del *Manège*, donde se forjaba el rayo de las iras populares. Limitase a ver la superficie, las exterioridades, los alrededores de la tragedia, sin penetrar en sus lóbregos subterráneos. Llega hasta las Tullerías, como el día 28; discurre por la terraza de los Feuillants, oye las vociferaciones de la gente contra *Madame Veto* y las amenazas que suben hasta los regios balcones. Resolviendo interinamente la disputa, un lazo tricolor ha bastado en los jardines para separar la parte pública de la parte reservada al «representante hereditario de la Nación», para distinguir «el territorio nacional del territorio austriaco», como escribirá malignamente *Le Patriote français*. «La cólera del pueblo pende de una cinta; la corona del rey pende de un hilo»: esto reza uno de los papeles

---

(1) *Obras póstumas*, t. II, pág. 132.

injuriosos diariamente fijados al cordón. La cabeza de Luis—añadirá la Historia—pende ya de un cabello.

Así, pues, se contenta D. Leandro con sus paseos de costumbre, con su vieja manía de correr calles, con su inspección de edificios y reformas urbanas. El día 30, por la tarde, dirige sus pasos a Santa Genoveva, convertida en Panteón de los grandes hombres de la nueva Francia. La cúpula que debía abrigar la imagen de la Santa pastora velando sobre París, servirá en adelante para cobijar las cenizas de donde surgiera el Fénix de la Revolución. El acato fúnebre de esta visita, no sería sin duda para el primer ocupante de dicho templo de la gloria: Mirabeau; sino para el segundo: Voltaire, genio y expresión de su siglo. He aquí a un joven representante de la España de los *autos de fe* y de los autos sacramentales de Calderón deponiendo su ofrenda sobre el ara votiva del gran oráculo, del autor de *Zaire* y *Mahomet*, del árbitro de la escena y sus cánones y unidades sacratísimas. Bañado en la sombra funeral del patriarca, impregnado de la confianza de los sepulcros, gana otra vez la calle y vuelve a sus correrías, a sus boulevares, a su Palais-Royal. Es la hora suprema de la animación y del vocerío: las atracciones, las salas de variedades y sombras chinescas, los gabinetes de figuras de cera, como el de Curtius; los *tripots* elegantes, como el del número 50, tenido por la Sainte-Amaranthe y el hijo de Sartine; los cafés y horchaterías, bullen y pululan de curiosos, de extranjeros, de rameras de todo país y categoría, entre las cuales no es difícil al español distinguir alguna Soledad malagueña, alguna Amparo valenciana (1). Don Leandro vuelve a sumergirse en esa movilidad incesante y vistosa; se siente vivir en el propio co-

---

(1) Véase, por ejemplo, en los «infiernillos» de la pornografía este impreso, que se vendía entonces por las arcadas del Palais-Royal: *Almanach des adresses des demoiselles de Paris, de tout genre et de toutes classes, ou Calendrier du plaisir... suivi de recherches profondes sur les filles anglaises, ESPAGNOLES, italiennes et allemandes, pour l'année 1792.*

razón del mundo y se olvida momentáneamente de los furores y peligros revolucionarios. Mas, a continuación de tales visitas y paseos, vese constreñido a añadir en sus apuntes esta lacónica indicación: *Duhamel asesinado*. Y es que se empeña en volver la cara a la Revolución, en cerrar los ojos a la tragedia que avanza desmelenada, mientras la casualidad parece complacerse desplegando a su vista las imágenes más sangrientas y atormentadoras.

El día anterior (29) habían llegado a las puertas de la capital los famosos marseleses: quinientos federados que las sociedades patrióticas del Mediodía enviaban a París, ruidosamente, para dar enérgico impulso a la Revolución, mejor dicho, a la violencia y la ferocidad. «Marineros o campesinos de Provenza, los unos; gente áspera y sin miedo ni piedad», como dice Michelet; «más dañinos los otros todavía, mancebos de clase algo elevada, en su primer acceso de furor y fanatismo; extrañas criaturas, perturbadas y tempestuosas desde su cuna y como no se ven iguales más que bajo aquel violento clima», los quinientos marseleses de Rebecqui y Barbaroux que venían a apoyar e imponer la deposición del rey, constituían, más que una falange patriótica, una horda de forajidos, con toda la exaltación mística de los viejos albigenses o catharos y toda la sequedad de entrañas de los almogávares de saco y cuerda. El himno que llevaba su nombre (1), perdía en boca suya el acento del heroísmo y la generosidad para tomar una expresión feroz, de degollina y barbarie, que ponía espanto.

Su entrada triunfal en París fué dispuesta para el día 30. Debían pasar a lo largo del arrabal de San Antonio, reunirse con los cuarenta mil patriotas armados que había ofrecido Santerre; dirigirse a las Tullerías y obtener de una vez, sin soltar de mano a la Asamblea, el decreto de deposición. Pero esta tentativa del 30 falló como había fallado la del 26. Halla-

---

(1) Llamábasele entonces: «la canción de los marseleses».

ron una gran muchedumbre estacionada para verlos pasar, mas no para seguirles; y después de un simple desfile por las calles, se dirigieron a los Campos Elíseos, en una de cuyas tabernas les ofrecían un banquete espartano los más ardientes jacobinos de París. No bien entrados en ella los marselleses, salían del cercano restaurant Dubertier los granaderos del batallón de las Hijas de Santo Tomás, que acababan de celebrar una fiesta de cuerpo. Malquisto de los demagogos este batallón, entre todos los de la Guardia Nacional, por su adhesión al orden y a los principios constitucionales, la presencia de sus individuos fué recibida a gritos, a manotadas de lodo, a pedradas, por la chusma que acababa de acompañar a los héroes de Marsella. Queriendo evitar una lucha desigual y estéril, los granaderos trataron de escabullirse por pequeños grupos. Sonó un redoble de tambor; algunos provocadores gritaron: «á mí, los marselleses»; y saliendo éstos, sable en mano, por las puertas o por las ventanas de su taberna, cayeron sobre los asombrados guardias nacionales. Uno de ellos, Duhamel, joven agente de cambio que gozaba de general estima, trató de tener a raya a sus perseguidores, apuntándoles una pistola; mas esto redobla la furia de los marselleses, los cuales le acosan hasta el interior de un café de la calle de San Florentino, donde sucumbe cubierto de heridas, mientras otros quince guardias nacionales quedan gravemente maltrechos. Tal es la primera hazaña de los patriotas del Mediodía, que Moratín califica inmediatamente de *asesinato*, al anotar la misma noche el resumen de su jornada, y que, como de costumbre, será cínicamente defendida en la Asamblea por los *enragés*, presentando como víctimas de una celada a los propios verdugos.

MIGUEL S. OLIVER

(Concluirá.)

# LA AMÉRICA MODERNA

---

La significación económica y política del canal de Panamá. Los precursores españoles de la canalización del Istmo. La acción de los Estados Unidos en Panamá. La futura crisis económica que originará el canal. Suerte probable de Cuba. El influjo norteamericano en Asia y la corriente inmigratoria del Japón y China en la América central. La japonización del mar de las Antillas.—Tendencias unionistas de Centro y Sur-América. Sueños y profecías de Bolívar. El Istmo simbólico en poder de Sam.—La organización de la «Unión Pan-Americana» en Wáshington. El panamericanismo norteamericano y el pacifismo. Visión de un Congreso de la Paz. Fantasía y realidad.

Dentro de dos años y medio se abrirá a la navegación interoceánica el canal de Panamá. En doce horas, los buques menos rápidos salvarán la distancia que separa dos Océanos, aun invirtiendo tres horas en el cruce de las esclusas. El coste total de la magna obra será de 375 millones de dollars. Los cañones de los Estados Unidos guardarán el canal. Esta obra, al parecer puramente económica, tiene una significación política y social de gran trascendencia, no solamente para los países americanos, sino también para Europa y Asia. A medida que potentes máquinas cortan las montañas del Istmo, va adquiriéndose conciencia más clara sobre la transformación de las relaciones entre grandes pueblos; se vislumbran los beneficios de la colosal empresa y se sospechan las crisis que se producirán una vez acabada. El canal de Panamá producirá modifi-

caciones más trascendentales que el canal de Suez provocó en el comercio mundial; pues mientras éste tiene una significación predominantemente comercial, Panamá conmueve una serie de esferas de la vida internacional que afectan a muy variados y distintos pueblos. América será el centro de gravitación de un nuevo sistema de fuerzas internacionales.

No han sido los franceses, ni los ingleses, ni los norteamericanos, los únicos que se preocuparon de realizar tan soberana empresa. Los precursores fueron los españoles, en la época en que a los alientos de España las obras de cíclopes no eran extrañas. Como mis afirmaciones pudieran aparecer dictadas por la pasión españolista, dejo que hable por mí un cubano ilustre: el Dr. F. Carrera Jústiz, profesor de la Universidad de la Habana. Dice en un reciente libro suyo, que es la mejor contribución al estudio de la cuestión panameña (1):

«Fué el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, quien desde Valladolid, el año 1523, ordenó a Hernán Cortés, en México, que escogiera cuidadosamente el paraje más apropiado para conectar las costas orientales con las occidentales del Nuevo Mundo, acortando así en dos terceras partes la ruta desde Cádiz á Catay, que es hoy el Japón.

» Ya antes, con análogos fines de comunicación, aunque sin pensar en ruta marítima, Fernando el Católico había ordenado a Balboa construir un camino a través del istmo. Fueron con este motivo fundadas, en 1517, por Pedrarias, la ciudad del Panamá, en el Pacífico, y la de Nombre de Dios, en el Atlántico, como términos respectivos de camino pavimentado, que seguidamente quedó hecho, con un trabajo de cíclopes, entre florestas vírgenes, ríos, pantanos, abismos y montañas, y del cual dice el historiador Pedro Martyr que daba amplio acceso a dos carruajes. Esa fué la primera vía normal interoceánica que ha sido establecida en América; dando tan colosal impulso

---

(1) Carrera Jústiz: *Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá.*—Habana, 1911.



a la vieja Panamá, que era acaso la ciudad más rica del mundo en 1585, y siguió opulenta hasta 1671, en que el pirata Henry Morgan, con sus robos, la destruyó completamente, y en 21 de Octubre de 1673, a seis millas de esas solemnes ruinas, fundó la nueva ciudad, que lleva actualmente ese nombre, el Gobernador Fernández de Córdova.

»Si Felipe II de España, hijo y sucesor de Carlos I, no hubiese considerado, por razones políticas, que el istmo de Panamá, con sus tremendas cordilleras, era un valladar de montañas a la codicia con que anhelaban los tesoros del Perú y las minas del Potosí sus rivales envidiosos, es indudable que desde entonces hubiéramos comunicado con dos mares; que, en verdad, ello no hubiera sido empresa superior, ni al poder, tremendo entonces, de aquellos Reyes de España, ni a los bríos legendarios de Cortés, de Balboa, de Pizarro y de esa pléyade que en América realizaba homéricas proezas.

»Esa razón política, históricamente razonada (y no el pretexto ocasionalmente aducido, de encontrar un obstáculo religioso en el versículo bíblico de que «el hombre no debe separar lo que Dios quiso unir»), apartó a España de ulteriores empeños sobre un cauce en el istmo; pero la idea estaba concebida, y la orden del Emperador a Cortés está documentada desde entonces y sin precedente posible.

»La divisa de Cortés (soberbia, como suya) fué encontrar un estrecho o hacerlo, convencido de la conveniencia y de la practicabilidad de la obra. Y tanta importancia le reconocía, que en 1524 escribió al Emperador diciéndole que obtener la comunicación de los dos mares sería «el más grande servicio que podría rendirle». A esa altura estaba ya disipado el secreto del Estrecho.

»Alvaro de Saavedra Cerón, primo de Hernán Cortés, interesado desde 1517 en el secreto del Estrecho, y que, bajo el gobierno de Balboa, había residido largo tiempo en el istmo de Panamá, preparó, antes que nadie, en 1529 (según refiere el historiador Galvano), los planos para la construcción allí

de un canal, sorprendiéndole la muerte cuando se disponía a presentárselos al Rey de España.

»Galvano y Gomara concuerdan en que, de no haber fallecido entonces Alvaro de Saavedra, «se habría abierto la tierra de Castilla de Oro y de Nueva España, desde mar a mar»; y es curioso ver cómo esos historiadores, desde el siglo XVI, determinan, sobre el asunto, las mismas cuatro rutas del golfo de Darién, Panamá, Nicaragua y Tehuantepec, que son las mismas hasta nuestros tiempos disputadas.

»Simultáneamente que Saavedra planeaba un canal por Panamá, Pedrarias encargaba a su teniente Estete que hiciese las medidas para un canal por Nicaragua, o sea las dos rutas rivales hasta el último momento.

»También, en 1534, Carlos V ordenó a Andagoya, Gobernador de Costa Firme, hacer las medidas del valle del río Chagres, para encontrar la ruta más practicable de un canal. Y Felipe II, en 1567, había mandado medir la ruta de Nicaragua al mismo ingeniero Juan Bautista Antonelli, que después tuvo a su cargo, en 1588, la construcción en la Habana de los castillos de la Punta y del Morro.

»El genio latino, desde hace cuatrocientos años, había concebido la obra en toda su importancia, no abordándola por motivos políticos. Estaba también hecho el estudio, en principio. Y corroborando este aserto, nada más propio que extractar las hermosas palabras del historiador Gomara, en su *Historia de las Indias*, dirigidas al Emperador Carlos V, en 1551, reconociendo las dificultades de la obra, pero sin aceptarlas como insuperables: «Hay montañas, pero también hay manos. Déseme la autorización, y la obra será realizada. Si no falta la resolución, no faltan medios; las Indias, a las cuales se hace camino, los proveerán. Para un Rey de España, buscando las riquezas del comercio indiano, eso es posible y es también fácil.» He ahí, en espíritu, la España grande del siglo XVI.»

El pensamiento de la apertura del canal no volvió a rena-

cer hasta que Lesseps dió fin a la obra de Suez. Pero la Compañía francesa fracasó de la manera tan ruidosa que se conoce por todos, y entonces los Estados Unidos se subrogaron en los derechos de la Compañía Francesa del Canal de Panamá. Los norteamericanos necesitaban limpiar de obstáculos el istmo, y para ello iban descartando toda influencia ajena a ellos. Le tocó el turno a Colombia, y Colombia se quedó sin el Panamá. Surgió la microscópica República del Panamá merced al *fiat* omnipotente de los Estados Unidos, e inmediatamente buscaron darle un ropaje jurídico (que parecía una página de Anatole France sobre la Isla de los Pingüinos fabulosa) al interés de la República norteamericana.

Había sido designada una comisión compuesta por el Ministro del Panamá, Bunau Barilla, y los Sres. Amador, Boyd y Arosemena, para convenir, sin pérdida de tiempo, con los Estados Unidos, un tratado sobre el canal. Y considerando ya suficientemente conocida la materia, firmóse, sobre análogas bases de lo antes discutido con Colombia, el tratado Hay-Bunau Barilla, con fecha 18 de Noviembre de 1903, el cual fué oportunamente ratificado.

Por el artículo I de ese tratado, los Estados Unidos garantizan y mantienen la República del Panamá.

Por el art. II, la República del Panamá cede a los Estados Unidos, en perpetuidad, una zona de tierra de diez millas de ancho, desde mar a mar, para la construcción, operación y mantenimiento de un canal, más tres millas marinas sobre el Pacífico, y otras tantas sobre el mar Caribe, excluyendo las ciudades de Panamá y Colón, que quedan dentro de esa zona; y además se extiende la cesión a los terrenos limítrofes que los Estados Unidos *puedan necesitar* para futuras operaciones del canal, y se ceden, también a perpetuidad, todas las islas comprendidas en ambas zonas marítimas y los *grupos de islas* de la Bahía de Panamá, nombrados Perico, Naos, Culebra y Flamenco.

Por el art. III, la República de Panamá concede á los Es-

tados Unidos todo derecho, poder y autoridad en dicha zona, en sus posibles adiciones y en los grupos de islas referidas.

En el art. IV, Panamá cede a los Estados Unidos los ríos, corrientes, lagos y todas las aguas dentro de los expresados límites, en tanto que se necesitare para el canal y sus accesorios.

Por el art. V otorga Panamá a los Estados Unidos un perpetuo monopolio para un sistema de comunicaciones por ferrocarril, a través de los territorios entre el mar Caribe y el Pacífico.

El art. VI nombra una comisión mixta para las cuestiones que ocurran por daño a la propiedad privada, durante la construcción del canal, indemnizando los Estados Unidos.

El art. VII deja perpetuamente a los Estados Unidos intervenir en la sanidad y el orden público, en las ciudades de Colón y Panamá, inmediatos a los términos del canal, en el Atlántico y en el Pacífico, respectivamente, siendo esos los dos centros urbanos importantes de la nueva República, y Panamá es la capital del Estado.

Los artículos siguientes no revisten tanta importancia, excepto el XIV, que acuerda, como compensación, el pago por los Estados Unidos a Panamá, de diez millones de pesos al contado, más doscientos cincuenta mil pesos anuales en los nueve años siguientes; y el XVIII, estableciendo la neutralidad del canal, con obligada referencia a las estipulaciones del tratado entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, fecha 18 de Noviembre de 1901.

Merece una especial mención el art. XXIII, estableciendo que los Estados Unidos, a su discreción, usarán sus fuerzas de mar y tierra, o *fortificarán el canal*, para la seguridad y protección de éste o de los barcos allí usados, o de los ferrocarriles y obras auxiliares del canal.

Los norteamericanos han perseguido el comunicar los dos mares con el menor tiempo posible. El canal se ha construído conforme á un sistema de esclusas y de lagos artificiales, resultando una obra predominantemente militar.

Dada la posición relativa de la ruta interoceánica respecto de América y Europa, el trastorno de rutas ha de ser de enorme significación. La crisis económica comercial se hará patente en tres grandes continentes: América, Europa y Asia.

Panamá ocupa un punto casi al medio de ambas Américas, o sea a la mitad de la inmensa costa del Pacífico, calculado desde Alaska al Norte, junto al estrecho de Bhering hasta el cabo de Hornos, al Sur, próximo al estrecho de Magallanes. Y todo el Continente americano, casi desde el polo Norte al polo Sur, se interpone entre Europa y Asia.

Dividir, pues, las Américas por un pasaje navegable, en su justo medio, Panamá, es abreviar en enormes proporciones las distancias entre Asia y Europa, como también entre Europa y los puertos americanos del Pacífico, entre Asia y los puertos americanos del Atlántico, y entre los puertos que existen de un lado y del otro del Nuevo Mundo, desde el Ecuador hacia el Norte.

De New York a San Francisco de California, por la vía de Magallanes, hay 13.090 millas. Y abierto Panamá, se ahorrarán 7.790 millas, lo cual reduciría el tiempo, de sesenta días, a sólo dos semanas.

Desde New York al Japón, por Suez, hay 13.000 millas, que es hoy la ruta más corta. Y por Panamá se ahorrarán 3.000 millas, que equivale a ocho días de viaje próximamente, en vapores que corran 16 millas por hora.

De New York a los puertos del Pacífico de los Estados Unidos y de la América Central se acortarán, en promedio, 8.415 millas; y a los puertos de la América del Sur, en el Pacífico, el ahorro será en promedio 4.700 millas, partiendo de un máximo de 8.415 junto a Panamá, y de 1.004 en Punta Arenas, al extremo Sur de Chile.

Las costas del Pacífico de ambas Américas y los puertos europeos, se acercarán en términos de ahorrar un promedio de 1.046 millas desde Londres, Liverpool, Amberes ó Hamburgo, a Panamá, en el Pacífico.

En los puertos al Sur de Panamá, ese máximum de 6.046 millas se irá reduciendo hasta cero, entre Punta Arenas y el Coronel, que es el puerto industrial más al Sur que hay en Chile.

El promedio de acortamiento entre Liverpool y los puertos de la América del Sur, en el Pacífico, viene a ser como de 2.600 millas. Y el comercio británico llegará a Nueva Zelanda y a las otras tres grandes islas del Pacífico y Oceanía, con 1.503 millas menos que por la ruta de Suez y 2.400 millas más cerca que por la de Buena Esperanza.

New York hará una victoriosa competencia a su gran rival, Liverpool, porque todos los puertos americanos del Pacífico quedarán 2.759 millas más cerca de New York que de Liverpool. Y hoy sucede a la inversa por la ruta de Suez.

En general, puede decirse que las distancias entre el Este y Oeste de los Estados Unidos (que por Magallanes son 13.000 millas) el canal de Panamá las acortará en ocho o nueve mil millas, que es la distancia precisa para bordear toda la América del Sur, lo cual entraña un enorme acortamiento en tiempo y gastos.

El canal de Panamá pondrá a la Rusia asiática, al Japón, a China, a Filipinas y a Australia más cerca de New York, Boston, Filadelfia, Baltimore, New Orleans y todo el Este de los Estados Unidos, que de Europa.

En América, en Asia y en Oceanía se acrecentará la influencia norteamericana en concurrencia con la de Europa. En la actualidad está más cerca Europa de los países americanos situados abajo de la línea ecuatorial que los Estados Unidos. Los primeros países que serán hondamente influídos por la apertura del canal en la América del Sur, han de ser Perú, Ecuador, Bolivia y Chile. La lucha comenzará a librarse en el comercio. En 1910, la Gran Bretaña vendió á la América latina 220 millones de pesos; Alemania, 108, y los Estados Unidos, 201. Una vez abierto el canal, se modificarán estas relaciones de manera bien sensible.

La reducción de las distancias equivale a una rebaja de las tarifas de transporte y, por lo tanto, a una mayor intensidad de la concurrencia por el aumento en la fuerza y en el número de los concurrentes. La concurrencia agrícola ultramarina en Europa fué precisamente determinada por la rebaja de los fletes entre Europa y América. Gráficamente ha demostrado estas transformaciones el profesor E. Reyer en un libro notable, en el que estudia la importancia del desenvolvimiento de las fuerzas materiales y morales en el poderío de los Estados (1).

No obstante, los efectos de la apertura del canal no serán trascendentales en la América del Sur, con ser de importancia, como los cree el profesor Carrera. La absorción de estos países, el monopolio de su comercio por los Estados Unidos, tiene obstáculos y no pequeños en la potencialidad comercial de Europa. El viejo continente hará más intensas sus relaciones con la América del Sur con el proyectado ferrocarril de la costa occidental de Africa, que acortará en gran manera las distancias entre ambos territorios.

En donde influirá profundamente la acción de los Estados Unidos será en Asia, en donde más tarde o más temprano ha de tropezarse con un Monroe japonés.

De todos los países hispano-americanos, ninguno será tan influido por el nuevo estado de cosas que acarreará la apertura del canal de Panamá como Cuba. El profesor Carrera así lo reconoce, y señala junto a las ventajas el peligro que ello envuelve para el pueblo cubano. Así lo expresa:

«En tres conceptos necesitamos considerar los efectos que en Cuba ha de producir el canal de Panamá:

»Primero. En cuanto el istmo de Panamá, nuestro inmediato vecino por el Sur (de Cienfuegos al istmo, hay sólo 780 millas), se transforma, de eterna barrera colombiana, casi

(1) E. Reyer: *Kraft das ist animalische, mechanische, soziale Energien und deren Bedeutung für die Machtentfaltung der Staaten*. Leipzig, 1909.

desapercibida para nosotros, en vía de comunicación, la más frecuentada del Universo y bajo la soberanía de los Estados Unidos.

»Segundo. En cuanto al uso de esa nueva vía, nos aproxima á países poderosísimos, con prodigiosas riquezas, de los cuales estábamos inmensamente distanciados, hasta el extremo de no darnos cuenta casi de su existencia.

»Y tercero. En cuanto por la situación geográfica de Cuba, ésta se encuentra al alcance de ese movimiento colosal e incesante que se determinará a través de la nueva comunicación interoceánica.

»El primer punto (o sea la transformación que va a operarse en nuestro próximo vecino del Sur) hace observar que las 780 millas interpuestas entre Cuba y la zona del istmo de Panamá sólo requieren un viaje de pocas horas.

»Esa zona del istmo es hoy la Gran República de los Estados Unidos de Norte América. Y aún algo más que eso. Es, en lo político, en lo militar y en lo económico, el sitio hoy más importante de los Estados Unidos.

»Sentado así, venimos á la conclusión forzosa de que esa transformación del istmo de Panamá determina, por acción catalíptica, una variación fundamental en las futuras orientaciones de nuestra política exterior, y modifica a fondo el valor absoluto y relativo de nuestras costas del Sur.

»Por lo pronto, resultará que todo el Sur de Cuba cambia esencialmente su perspectiva político-geográfica. Ya no tendremos casi a la vista sólo a Yucatán, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Colombia, con quienes hace cuatrocientos años estamos enfrentándonos con mutuo resultado negativo. Ahora por ese Sur tenemos a los Estados Unidos, cuya presencia jamás puede pasar desapercibida.

»Esa zona del canal de Panamá, que ya contiene 25 poblaciones, será muy pronto un centro inmenso de cultura, de riqueza y de movimiento, siendo también una posición inexpugnable, fortificado en prevención tal vez de grandes cosas.



»No tardará en levantarse allí ciudades como New-York, Chicago; San Louis o San Francisco, que junto a su grandeza material contendrán el tremendo espíritu de la raza del Norte.

»Cienfuegos, Trinidad, Santa Cruz, Manzanillo, Santiago, Guantánamo y todos nuestros puertos del Sur tienen, con esa nueva perspectiva, serio asunto de estudio y la oportunidad de que esos municipios trabajen cada uno su propio destino.

»Esa transformación de Panamá le da al mar Caribe la misma clasificación política que cabe darle al golfo de México, o sea aguas dominadas por los Estados Unidos.

»Y véase el mapa para fijar entonces bien la posición de Cuba, rodeada ahora en pleno, por la influencia de la Gran República, con Key West, por el Norte, Guantánamo por el Este y la zona del Panamá por el Sur.

»Caer un país, así, dentro de la zona de otro país, no implica la pérdida de su soberanía o independencia; pero sí complica en mil aspectos su política interior y exterior.

»Tanta importancia internacional tienen estas consideraciones, que uno de los principales motivos para la actual intervención de España en Marruecos fué la perspectiva de que, anticipándose en ello Francia, quedaría España cogida entre la influencia francesa por el Norte y por el Sur. Y claro está, que no por eso habría perdido España su independencia ni su soberanía, pero se complicaba su política.

»Algo análogo que a Cuba le acontece a las Repúblicas de Haití y Santo Domingo, para quienes (con consecuencias ya hoy evidentes) Key West, Puerto Rico y Panamá completan el triángulo de fuerza en que resultan comprendidas.

»Con una zona militar de los Estados Unidos en el istmo de Panamá; siendo Guantánamo (que si no lo es ya, lo será) formidable, y con una base de operaciones navales en Key West, queda Cuba en el centro de una gran esfera de acción de los Estados Unidos y, en más o en menos, nos alcanzarán todos los movimientos que, según las circunstancias, convenga

a la Gran República realizar para sus propios fines, siquiera sean meramente preventivos.

»Lo hecho hasta ahora es lo requerido por la sola perspectiva de comunicarse ambos Océanos. Luego de comunicados, entre sus consecuencias primeras habrá una tremenda actividad política, militar y naval de los Estados Unidos, comprendidos nosotros en esos amplios movimientos, y esto refluirá a fondo en nuestro orden interior más intensamente cada vez, y hasta en la calidad de las personas elegidas para nuestro Gobierno, que con mucho más motivo *necesitará mostrarse fuerte y responsable.*»

Cuba está llamada a presenciar hechos trascendentales. Así como los Estados Unidos se acercarán por el canal al Asia, el Asia se acercará también a los Estados Unidos y al resto de América. Los conflictos a que esto puede dar lugar saltan a la vista. Pero a parte de los conflictos que las rivalidades internacionales y la oposición de intereses entre los Estados asiáticos y los de Norte América hacen surgir, se avecina un nuevo peligro para algunas repúblicas hispano-americanas, peligro que pudiéramos llamar de *asiatización*. El llamado peligro amarillo no hay que concebirle como una invasión armada precisamente, sino como una influencia social de los elementos asiáticos que, mediante la pacífica emigración a los territorios hispano-americanos, transformen y consigan, en algunos casos, modificar o borrar el primitivo carácter de los países invadidos. Cuando el país que recibe la inmigración de los asiáticos es tan grande y tan poblado como los Estados Unidos, el peligro disminuye en significación, porque la corriente de sangre asiática viene a ser lo que una gota de agua en el mar; pero tratándose de las repúblicas hispano-americanas, algunas de ellas de extenso territorio y escasa población, la avalancha de chinos y de japoneses constituyen un serio peligro. El canal de Panamá es una esclusa para el Imperio japonés, que cuenta con 49,7 millones de habitantes, que, sumados a los de sus posesiones, constituyen una masa de población

de 53,3 millones de población absoluta, con una densidad en la metrópoli de 130 habitantes por kilómetro cuadrado y de 118 en el Imperio. China, con sus 330 millones de habitantes, dará un contingente a la inmigración en los países hispano-americanos como le ha dado a los Estados Unidos. Sobre las consecuencias que esto pueda traer, basta recordar la repugnancia con que fué acogida en la Argentina la idea de una posible inmigración de elementos japoneses. Por elevado que se ponga el pensamiento de fraternidad humana, no se debe llegar a confundir la simpatía con la renunciación a los caracteres distintivos de la propia personalidad. Y el peligro de la pérdida de la propia personalidad es el que se trasluce en la temida y posible, más que posible, probable, inmigración de elementos asiáticos en la América latina. Para países que se encuentran en período de desenvolvimiento, que necesitan de una cierta cohesión, la infusión de sangre tan distinta como la asiática, de costumbres e ideales tan separados, constituye una perturbación de trascendencia suma.

Cuba será cogida entre dos fuegos: la influencia norteamericana, por una parte; por otra, la asiática... No participo de los optimismos del profesor Carreras, cuando escribe: «Vemos en Cuba — como hoy se ve en Haway, en el Oeste de los Estados Unidos y en el de México — miles de chinos, y coolíes, y filipinos, y japoneses, etc., infiltrando en el agregado cubano inmensidad de nuevos elementos y creando grandes fuerzas sociales que, en su constante trabajo, lento y secreto, pero efectivo y hondo, irán poco a poco variando en algo la sociología cubana, ya un tanto modificada por los chinos — a pesar de la distancia inmensa actual — en pueblos tan importantes como Jovellanos, Colón y algunos otros, lo cual acontece ya en New-York, San Francisco y otras grandes ciudades americanas, donde hay barrios populosísimos absolutamente chinos.» Esto será un hecho en plazo no lejano, y tal vez también será una realidad el que aparezcan por la boca del Morro, como describe Carreras, los invictos acorazados japoneses, y, aún, que do-

minen el canal de Panamá y atruenen con sus cañones en Cienfuegos y en Santiago de Cuba... Justo es decir que, al llegar a estas sospechas, el profesor Carreras se pone serio; recuerda la raza, la cultura histórica suya, y da un toque de alarma a los políticos cubanos.

\*  
\* \*

No es totalmente ajeno el movimiento de unión de Repúblicas hispano-americanas a la sospecha de los peligros comunes que les amenazan. Este movimiento es una confirmación de lo que llevamos dicho respecto de las consecuencias de la apertura del canal de Panamá. El movimiento tiene dos centros: la América central y la del Sur.

En varios órganos de la prensa sudamericana apareció la noticia, y largos comentarios acerca de ella, respecto a la proposición, de parte del Gobierno del Ecuador al de Venezuela, a fin de que ésta, como hija primogénita del genio de Bolívar, iniciara el pensamiento de que las actuales Repúblicas de Venezuela, Colombia y el Ecuador, que en un tiempo formaron la gran Colombia, reanuden sus vínculos de familia, fusionen sus intereses, para volver un día, confundiendo sus destinos, a reaparecer como una sola entidad política.

El Gabinete de Caracas acogió con entusiasmo tan patriótica iniciativa, ampliándola por su parte con la idea de hacer extensiva la invitación a todas las naciones cuya emancipación se debió a la acción del libertador, es decir, al Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela, cinco pueblos hermanos de idéntico origen, de iguales condiciones y de análoga historia, que, por leyes sociológicas ineludibles, han de correr la misma suerte en lo porvenir.

La noticia y los comentarios a que hemos hecho referencia nos han interesado tanto más, cuanto que en ellos vemos la manifestación del problema unionista que allá se inicia ahora, y que los centroamericanos tienen planteado desde el año 1842,

desde que Morazán purificó con su sangre ese ideal regenerador. El pensamiento es el mismo: las razones que existen para su realización (razones teóricas y de conveniencia) son exactamente iguales. Los hombres pensadores de aquellas cinco Repúblicas, como los de éstas, lo mismo que los cinco pueblos, están de acuerdo en considerar la unión como un medio salvador para la vida interna, y una seguridad para la soberanía e independencia en las relaciones internacionales de dichas Repúblicas.

En Sud-América juegan ya trascendentalísimos intereses políticos, a los que el *jus gentium* sirve de salvaguardia. Háblase allá de hegemonía y de equilibrio sudamericanos como si se tratase de un mundo aparte, y con el mismo o mayor interés con que se tratan esos asuntos entre las naciones del viejo continente, o con relación a los de la América entera. La *entente* que de hecho se manifiesta entre los tres países principales (Argentina, Brasil y Chile), que ha dado margen a que se crea en la alianza A B C, como generalmente se la llama, influye de manera decisiva en la solución de todo género de asuntos de importancia internacional, y a esa *entente* atribúyense muchos resultados benéficos, tales como el de evitar un choque armado entre Chile y el Perú por la vieja y enojosa cuestión de Tacna y Arica, un conflicto entre la Argentina y Bolivia con motivo de las manifestaciones hostiles de parte de Bolivia, a causa del laudo arbitral argentino sobre límites entre Bolivia y el Perú, y el encauzamiento de procederes y la *fraternización* de ideales entre los delegados de la Cuarta Conferencia Pan-Americana, reunida en Buenos Aires, de cuyo seno, a no haberse puesto en acción la influencia combinada de los tres países mencionados, pudo resultar un rompimiento y un desconcierto general.

Ante esa fuerza moral innegable, que no es sino una consecuencia natural de la magnitud de las cuestiones que se ventilan, y de las inevitables afinidades internacionales que se desarrollan, los cinco países septentrionales de la América del

Sur, que por su posición geográfica, por sus tendencias, y más que todo por sus afinidades históricas, necesitan constituirse en verdadera unión, ya que la solidaridad de intereses, por otra parte, les compele a ello en presencia de amenazas y peligros comunes.

«Ha llegado para la América el momento de hacer frente al avance imperialista, acordando los medios para no hacer negatorios los esfuerzos de una raza que aspira con legítimo derecho a disputar a Europa su secular poderío, y a colmar con la exuberancia de su naturaleza, pródiga y generosa, las aspiraciones del mundo.» Estas elocuentes palabras de un diario costarricense traducen las aspiraciones de los países latinoamericanos, cuyo primordial y más legítimo derecho es el de la independencia y la estabilidad, con todos los atributos de las naciones libres.

Las cinco Repúblicas sudamericanas que ahora manifiestan tendencias unionistas tienen, como las de Centro-América, antecedentes y recuerdos inolvidables que, como a éstas también, las llaman a la unión. Esos antecedentes y recuerdos se remontan a su origen, a aquella época en que Simón Bolívar, con asombro del mundo, rompió con su espada las cadenas que ligaran a varios millones de hombres para restituirlos a la vida de la libertad y del derecho. Desde esos días de trascendentales acontecimientos, en que el Libertador, después de emancipar a Venezuela, emancipó a Nueva Granada, hízolo invocando el ideal de la unión de los pueblos de Hispano-América. «Granadinos—dijo en la primera de sus proclamas,—la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una república, es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana»... Y cuando, tres meses después, vencedor de Nueva Granada, se presentó al Congreso de Angostura para deponer ante él su mando de guerrero; cuando, «apenas puede la victoria alcanzar al vencedor», según lo dijo Francisco Antonio Zea, Presidente de dicho Congreso, Bolívar no tuvo otra petición que hacer que

la siguiente: «Decretad la unión política de los dos Estados, y habréis satisfecho mi más ardiente deseo, y recompensado ampliamente al ejército por sus servicios.» La propaganda unionista del Libertador fué tenaz, persistente, convirtiendo su anhelo en el tema favorito de sus conversaciones. A sus íntimos amigos les decía: «El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad, deseo verlo realizado porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de ese modo erigiremos un monumento que testifique nuestra gratitud. Llamando a nuestra República *Colombia*, y denominando su capital *Las Casas*, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la Humanidad: Colón y Las Casas pertenecen a la América. Honrémonos perpetuando sus glorias.»

La voluntad de Bolívar prevaleció en el Congreso de Angostura, y el 17 de Diciembre de 1819 este alto cuerpo firmó la ley fundamental de la República, formándola con los Estados de Venezuela y Nueva Granada, y consagrándola con el nombre de *Colombia*.

Realizada la unión de Venezuela y Nueva Granada, el Libertador pidió autorización para marchar a Quito, y someter al Ecuador a la misma ley de unión. En el Ecuador, y después de su célebre entrevista con el general San Martín, libertador de Chile y protector del Perú, éste solicitó de Bolívar auxilios en pro de su libertad, empresa que no se vió coronada sino después de la batalla de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

El 7 del propio mes llegó Bolívar a Lima. «La muchedumbre, en su alborozo delirante, arrebató a Bolívar de su caballo y lo llevó en triunfo a su alojamiento...»

Aquella misma tarde acudió a su mente la obsesión de toda su vida: la idea de la unión de los pueblos de América, y dió forma a la circular en que invitó a los Gobiernos para la reunión del Congreso de Panamá.

Ya en 1815, proscrito y arrojado a las playas de Jamaica, había externado por primera vez su pensamiento de realizar una gran federación de todos los países de Hispano-América. «Es una idea grandiosa—escribía a un amigo—pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un mismo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarla... ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las Repúblicas, Reinos e Imperios para, tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo!...»

Al dirigirse a los Gobiernos, el 7 de Diciembre de 1824, se expresó de manera más concreta sobre el pensamiento esbozado en el párrafo que dejamos transcrito, dando principio a la circular en los siguientes términos:

«Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantías que en paz y en guerra sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes Colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.» Y más adelante: «Con respecto al tiempo de la instalación de la asamblea, me atrevo



a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exijan los preparativos ministeriales y las distancias que median entre las capitales de cada Estado y el punto central de reunión...»

»Si el mundo hubiera de elegir su capital, el istmo de Panamá parece el punto indicado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el Africa y la Europa. El istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin por los tratados existentes. El istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podrá ser el lugar provisional de la primera asamblea de los confederados...» «El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá?...»

Al Congreso de Panamá concurrieron los plenipotenciarios de Colombia, Centro-América, Perú y México, y el 15 de Julio de 1826 fué firmado el tratado de *Unión, Liga y Confederación*, que ya hemos publicado en estas páginas, en que se realizó en parte el ideal por tantos años acariciado por el Libertador. Este, todavía el día de su muerte—17 de Diciembre de 1830,—según lo refieren testigos presenciales, repetía a los amigos que lo rodeaban: «*Unión, unión, o la anarquía os devorará*», última y sabia profecía de aquel gran carácter.

En el Congreso Boliviano de la Paz, celebrado en Caracas en Julio de 1911, fracasaron las negociaciones encaminadas a

conseguir la unión que nos ocupa. El Sr. Maurtua, Ministro del Perú, declaró que su país no aceptaría una *entente cordiale* con el Ecuador y Colombia. El representante del Ecuador, señor Peralta, declaró que, en vista de esas declaraciones, la idea de una unión política y de que reine la armonía entre esas naciones fracasaría; que aunque el Ecuador desea paz y armonía a toda costa, al encontrar obstáculos tan serios, no podía entrar en ningún convenio. Declaró, además, que muchos estadistas peruanos habían declarado que el arbitraje, en lugar de cimentar la paz, provocaría la guerra, y terminó negando su voto a la unión y al arbitraje.

Bolivia, Colombia y Venezuela apoyaron la actitud del Ecuador, apareciendo el Perú en minoría.»

A última hora, por el *Diario de Centro-América*, nos enteramos de las bases del protocolo propuesto por el Gobierno de Venezuela, y firmado, según asegura dicho periódico, por algunos de los Ministros diplomáticos de las Repúblicas mencionadas. Por esas bases, los países signatarios se habían comprometido a lo siguiente:

«A dirimir entre sí sus controversias y disidencias actuales y futuras;

A no recurrir nunca a la guerra;

A ir unidos a los Congresos internacionales;

A enlazar sus líneas telegráficas;

A impedir que en un Estado se preparen revoluciones contra otro;

A facilitar la extradición de reos;

A reconocerse recíprocamente los grados académicos;

A reducir el porte de la correspondencia;

A no hacer la guerra a nadie;

A no solicitar la intervención extranjera, ni aceptarla, para el arreglo de sus diferencias;

A no enajenar en ningún caso su territorio, y

A no conceder a ninguna nación la administración de sus rentas.»

\*  
\* \*

La literatura pan-americanista cuenta con un nuevo libro, titulado *La Unión Pan-americana: Paz, Amistad, Comercio*. Aún no ha sido traducido del inglés; su autor es el honorable John Barret, Director de la Unión Pan-americana. La obra, dice el autor que ha sido escrita con el propósito de «responder de una vez, y en forma de libro artísticamente ilustrado, al creciente número de pedidos de informes y datos sobre: a) la población, el área, el comercio y el progreso de las veinte Repúblicas latino-americanas; b) sobre la Unión Pan-americana, su labor práctica y su historia; c) sobre el suntuoso palacio que ocupa; d) sobre los discursos de algunos preeminentes estadistas; y e) sobre lo que las Américas han hecho en pro de la paz y del arbitraje».

El autor ha dividido el libro en cinco capítulos. El primero, titulado *Pan-American To Day*, contiene una descripción predominantemente económica de los países latino-americanos; y al estudiar las revoluciones en ellos, afirma que se tiene sobre este asunto una idea exagerada, y si alguna vez se realizan, dice Barret, «son un siglo de progreso; no de retroceso».

En este capítulo aparece una parte en que figuran las impresiones personales recibidas por el autor en su viaje como Ministro de los Estados Unidos de América a Bogotá, y de allí á Quito, capitales de Colombia y el Ecuador, respectivamente; lo mismo que sus impresiones en Buenos Aires, donde también estuvo con igual carácter oficial. De modo, pues, que las observaciones, comentarios, etc., merecen toda fe, desde luego que descansan en el conocimiento directo de los lugares y cosas.

Termina el capítulo con una breve síntesis de los datos estadísticos actuales de las veinte Repúblicas latino-americanas, respecto a comercio, población, extensión territorial, etc., figurando intercalados en el texto magníficos fotograbados, representativos de edificios, calles y monumentos de las expresadas Repúblicas.

El segundo capítulo—*The Pan-American Unión*—da una

idea completa de lo que es y cuáles son las funciones de la organización internacional denominada «Unión Pan-Americana» (antes *Bureau* de las Repúblicas americanas), cuya definición la condensa así: *Es una organización y una Oficina sostenida voluntariamente por las veintiuna Repúblicas americanas, controlada por un Comité directivo, compuesto de los representantes diplomáticos en Wáshington, de las otras naciones americanas y del Secretario de Estado de los Estados Unidos, administrada por un Director general y un Subdirector, nombrados por el Comité y asistidos por un Cuerpo de empleados: editores, estadísticos, compiladores, peritos, comerciales, traductores, bibliotecarios, dependientes y estenógrafos, y atenta al desenvolvimiento y conservación del comercio, fraternal intercambio y al ensanche de las buenas relaciones de todas las Repúblicas americanas.»*

Hace en seguida la historia de la institución, presentándola en sus varias fases evolutivas, y consignando los nombres de su creador—Mr. James G. Blaine,—como Presidente de la primera Conferencia Pan-Americana, y los de sus sucesivos directores, hasta llegar al actual, Sr. Barret, que ha logrado el gran desarrollo que la «Unión» alcanza, y de manera especialísima el nombre de Mr. Andrew Carnegie, conocido filántropo americano, quien dió en pesos 750.000 dollars para la construcción del nuevo edificio de la «Unión», cuyo estreno tuvo lugar el 26 de Abril de 1910.

Especifica también algunos de los trabajos concretos de la Institución, tales como la publicación de boletines, folletos y el establecimiento de la gran biblioteca «Colón»; de cámaras de comercio, de conferencias, de exhibiciones, etc., etc., terminando por hacer presente el decidido apoyo que los veintiún Gobiernos prestan á aquélla, con el pago de sus cuotas, y otros actos de marcada deferencia.

El tercer capítulo—*Pan-America's New Building*—da los detalles técnicos del soberbio palacio, hogar común de los países del Nuevo Mundo, erigido en monumento de paz y confr-

ternidad para honra y gloria del espíritu de nuestra época.

El Sr. Barret, que intervino en todos los trabajos llevados a cabo para levantar el nuevo edificio de la «Unión», hace de ellos prolijo relato; explana el pensamiento arquitectónico que predominó en todos, y describe cada una de las manifestaciones de ese pensamiento en las varias partes del grandioso edificio, dándolas a conocer con todo detenimiento y propiedad.

En verdad, el nuevo edificio de la «Unión Pan-Americana» es una de las maravillas del arte y simbolismo de la capital norteamericana: las fachadas, las galerías, los grupos históricos, los bajorrelieves, las fuentes, los salones, los gabinetes de trabajo, reproducidos por magníficos fotograbados, presentan un conjunto único por su grandiosidad y exquisito buen gusto.

Un millón de dollars costó la soberbia construcción, y para realizarla se contó con el concurso de las voluntades de los primeros dignatarios de la gran República, no menos que con la munificencia de Mr. Carnegie y la actividad e inteligencia del actual director de la «Unión Pan-Americana.»

El cuarto capítulo—*The Pan-America and Peace*—es acaso el más notable de la obra, y trata de los esfuerzos hechos por las principales naciones hacia el ideal de la paz, desde las épocas más remotas. «La paz universal—dice el Sr. Barret—es la meta hacia la cual las naciones del mundo son inevitablemente compelidas.» Y así es la verdad: el pacifismo se ha impuesto en el espíritu moderno con tal fuerza y proporciones tales, que al presente en la política de todos los países están pospuestos los demás intereses a los de la paz. Esta es, ante todo, el principio fundamental de toda política: sin paz no se concibe la marcha de la administración ni el funcionamiento de los partidos.

Desde que el Czar de todas las Rusias, por una de esas antinomias inexplicables, inició—en 1898—el movimiento pacifista con su celebrada iniciativa para la reunión de la primera Conferencia de La Haya, las tendencias se han venido pronunciando

cada vez más, y la justicia y elevación de esas tendencias, como resumen y resultado de esfuerzos hechos en épocas anteriores, han sido reconocidas como innegables y dignas de todo apoyo. En 1904—en notables circulares—el Gobierno de los Estados Unidos de América renovó y amplió las declaraciones pacifistas del Czar, al iniciar la reunión de la segunda Conferencia de La Haya, reunión que por los acontecimientos que se desarrollaron no pudo efectuarse antes del 15 de Junio de 1907; mas las ideas de paz y confraternidad que en el fondo alentaba el pensamiento de convocar tales asambleas se propagaron por el mundo fácilmente, encontrando en todos los países y en todos los sistemas fervorosos adeptos, al grado de que, como dejamos dicho, el pacifismo ha llegado a imponerse, a despecho de toda otra tendencia.

El capítulo cuarto del libro que analizamos hace ver que el movimiento en favor de la paz, al través de los siglos, fué intermitente, y que no es sino desde la última década del siglo XVIII que ese movimiento se volvió firme y persistente, en particular en los países del Nuevo Mundo. Y para comprobar esta afirmación, el Sr. Barret entra a detallar los diferentes esfuerzos hechos en pro de la concordia entre Estados Unidos y la Gran Bretaña en 1794, entre Estados Unidos y España en 1802, y entre los mismos Estados Unidos y la «Santa Alianza» y otras naciones europeas, durante el largo período de la emancipación política de las Repúblicas hispanoamericanas.

Después de esos esfuerzos, que bien pudieran considerarse embrionarios, refiérese el Sr. Barret al *Primer Congreso Panamericano de la Paz*, como él llama al Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, y reunido en 1825, y al cual concurrió Centro-América como uno de los cuatro países en aquél representados. Continúa relatando la evolución seguida en América por el principio de arbitraje sentado o estipulado por el Congreso de Panamá, especificando los procedimientos de los varios Congresos posteriores, hasta llegar a las actuales Conferencias Pan-americanas, fundadas por Mr. Blaine en 1899.

Trata, además, este importante capítulo de otros puntos congruentes con el tema de la paz en América, tales como el de la organización de sociedades para sostenerla, etc., y concluye con una honrosa alusión a la Conferencia de Paz Centro-Americana, reunida en Wáshington en 1907, de la que dice que fué una Conferencia de La Haya en miniatura; pero que, no obstante esto, sus resultados fueron un triunfo para la causa de la paz, é indica como base principal de ese triunfo la creación de la Corte de Justicia Centro-Americana, a cuyo conocimiento se comprometieron a someter los cinco países signatarios «las controversias o cuestiones que entre ellos puedan sobrevenir, de cualquiera naturaleza que sean y cualquiera que sea su origen».

El quinto y último capítulo—*Pan-American Speeches*—está formado por algunos discursos a que el Sr. Barret atribuye significación histórica, y que se relacionan con los propósitos de confraternidad y armonía pan-americanas, de que se han hecho ostensibles manifestaciones en los últimos tiempos en la capital americana. En la imposibilidad de reproducir todos los discursos pronunciados en tal sentido, el autor expresa que sólo incluye unos pocos, escogiéndolos entre los de mayor importancia por los nombres de los oradores. De estos figuran los de Blaine, Roosevelt, Taft, Nabuco, Root, Knox, de la Barra, Carnegie, cardenal Gibbons y obispo Garding.

El libro termina con una recopilación de los casos de arbitraje entre los países de América desde 1794 a 1910.

Al honorable Mr. Barret le parece de color de rosa la historia de las relaciones internacionales más cercanas a nuestros tiempos. Tal vez, si hubiese reparado un poco más en la acción internacional de los Estados Unidos no lo viera así. Los Congresos de la Paz han aportado escaso influjo a la paz mundial. Estando a disposición de los Estados los árbitros de La Haya, se han provocado guerras tan sangrientas como la ruso-japonesa, despojos como los llevados a cabo por los Estados Unidos con España, acometidas como la de Italia a la

Tripolitania. Yo recuerdo, entre risas y amarguras, el Congreso de la Paz celebrado en Berlín en 1909. Los delegados se reunieron en el soberbio Palacio del Reichstag y ante la asamblea internacional pronunció un discurso el entonces Canciller del Imperio, von Bülow. El Canciller elogió el buen deseo de los congresistas, habló de las excelencias de la paz, pero... acabó afirmando que Alemania, aleccionada por amargas experiencias, no disminuiría sus armamentos, ni dejaría de cumplir su programa naval ni su programa colonial. Y los asambleístas, ante tan poderosas razones, aplaudían... ¡Y era un Congreso de la Paz! En realidad, se hacía un balance del poderío militar de los distintos países allí representados; parecía más bien un zoco en dónde se estuviesen probando las armas *pacíficamente*.

Cuando salí del Reichstag me pareció que la gigantesca estatua de Bismarck volvía por propio impulso la espalda a los congresistas, con un gesto de sincero desdén, e interrogaba a Moltke, que enfrente se erguía esculpido en el hielo de albos mármoles, duro, hierático, como desprendido de una archivolta bizantina.

Los americanos ya saben lo que significa el pacifismo norteamericano y por qué erizan los Estados Unidos con sus cañones las bocas del canal de Panamá.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: La novela en la literatura latina.—ENCICLOPEDIA: Reliquias de Tolstoi.—CRÍTICA: El humorismo.—CIENCIAS NATURALES: Los sentidos de las plantas.—ANECDÓTICA: Los amores de Dickens.—IMPRESIONES Y NOTAS: Goethe artista.—La letra con sangre entra.—La falsa reputación de la cigarra.—Un bohemio de una pieza.—La cautividad de Napoleón III.—Un alma heroica.

## LITERATURA

LA NOVELA EN LA LITERATURA LATINA.—¿Qué puesto ocupaba en las literaturas clásicas la novela, que hoy lo llena todo? Ninguno casi. Entre los griegos, la novela no aparece sino en el último período de decadencia; entonces florece con abundancia; pero entre tantas historias como han pululado en los siglos II al V, apenas se tropieza con una verdaderamente interesante, como dice en la *Grande Revue*, de París, Renato Pichón. Fuera de la pastoral de *Dafnis y Cloe*, alabada con exceso por algún pasaje gracioso, y de las *Aventuras de Teágenes y Cariclea*, saboreadas por Racine no formado todavía, lo demás es un tejido de invenciones inverosímiles, descripciones fastidiosas y madrigales alambicados, sin valor de fondo ni de forma.

Algo más valen las novelas—llamémoslas así—de la literatura latina: el *Satiricón* de Petronio contiene algún episodio de salpimentado realismo, y las *Metamorfosis* de Ovidio y *El Asno de Oro* de Apuleyo encierran algunos cuentos ingeniosos

y pintorescos; pero sin hablar de la asquerosa obscenidad que en esas obras campea, ninguna de ellas responde al concepto que hoy tenemos de la novela. ¿Es que entonces no existían las necesidades que hoy nos hemos creado? Por lo menos, no eran tan precisas ni tan imperiosas, y la poesía las satisfacía en sustitución de la novela.

Para que el género novelesco aparezca, se necesita que exista cierto público, indiferente a las cuestiones políticas y filosóficas, ansioso de novedades, refinado de gusto y suficientemente ocioso para saborear los primores del género; ese público no existe en Roma sino desde los tiempos de Augusto. El primer poeta que en cierto modo puede llamarse novelista es Virgilio. La *Eneida* es un poema épico; pero ciertos episodios pueden estimarse como novelas, y tal sucede con el relato de amor iniciado en el primer libro y terminado en el cuarto, que podría llamarse «La novela de Dido»; un novelista moderno desarrollaría en medio volumen lo que Virgilio recoge en 50 o 60 versos; pero en el fondo, no añadiría nada esencial. Así se comprende la impresión que la lectura de la *Eneida* causó en San Agustín adolescente, y su profunda simpatía por la heroína virgiliana, que tantas emociones le hizo sentir en sus años escolares, a la manera que la lectura de *Werther* impresionó a los adolescentes del pasado siglo y sigue impresionando a los del presente.

Así como la epopeya se aproxima en la pluma de Virgilio al género novelesco, así la poesía elegíaca manejada por Catulo, tiende también a trocarse en novela comprimida; es expresión de afectos personales, lírica; pero se hace poco a poco análisis de esos afectos, pintura objetiva de la vida sentimental, que es la materia propia de la novela, y esa transformación, que se inicia en Tibulo, se hace más visible en Propertio, y llega en Ovidio a su pleno desarrollo. El amante contemplando a su bella dormida; el amante que gime a la puerta de su amada; el viaje del enamorado o de su amiga; la llegada de un rival; las tablillas perdidas o encontradas; las escenas de

celos y de reconciliación, etc., son episodios obligados de la vida sentimental, que aparecen, se ensanchan y se fijan cada vez más, y dan el esquema de la novela elegíaca latina. Algunos de ellos están tratados con suma gracia, como *El sueño de Cintia*, de Propercio, y el que podría titularse *El despecho amoroso*, del mismo. A veces, Propercio abandona el campo lírico por completo, y expone, no ya sus devaneos, sino las aventuras de sus amigos. ¿No hay una novelita comprimida que podía titularse *Póntico o el indiferente castigado*, en la elegía que dedica al poeta Póntico que no hace caso de los sufrimientos de Propercio? ¿No es un «Don Juan convertido», aquel Galo, seductor profesional, que al fin de su carrera tropieza con una verdadera pasión?

Menos ardiente que Propercio, y presa cuando más de uno de esos caprichos que dejan la cabeza fría y la voluntad libre, Ovidio se encontraba en mejores condiciones para desarrollar un plan novelesco. Él mismo afirma, al principio de su colección de elegías amorosas, que estaba muy apurado para escribirlas por no sentir amor de corazón, y que entonces Cupido le hizo enamorarse de Corina para tener a quien cantar. Pero como un solo amor le parece poco interesante, estima preferible la situación del hombre enamorado de dos a la vez, y aun pareciéndole eso poco, se proclama enamorado de todas, y sienta la teoría de la inconstancia.

Los resultados de la observación psicológica de Ovidio aparecen recogidos en retratos con perfiles medio dramáticos, medio novelescos. En una elegía de los *Amores* hay un retrato de la intermediaria Dipsas acabado; sus zalamerías con la joven a quien quiere perder; sus esfuerzos para arruinar lo que la queda de pudor o de fidelidad; sus astucias para corromperla, por la coquetería, por el interés o por una cínica profesión de inmoralidad, todo ello es del mayor realismo. *El arte de amar* está lleno de bosquejos excelentes: el enamorado listo que disimula sus apetitos tras una amistad platónica; el amante ya victorioso que, para asegurar mejor su poder, im-

pone a su amada los tormentos de la ausencia; el amante viejo, cuya calma y cordura se oponen a la fogosidad del joven como la llama del heno húmedo a la de la madera seca.

El poemita de los *Remedios de amor* deja ver todavía mejor la habilidad de Ovidio para recoger en rasgos vivos los datos de la psicología amorosa. Ovidio posee el sentido de las realidades exteriores tan aguzado como el de las del corazón humano. En sus elegías se estudia el mundo de las carreras, con las inquietudes de las apuestas y las intrigas galantes que en él se inician y traman; los sitios en que se reúne la buena sociedad; los colores de moda de los trajes y cabellos; la preferencia por los peinados en bandas en las mujeres de cara larga y de las trenzas sobre la frente en las de cara redonda; cada elegía es un documento histórico para la Arqueología, y se explica el gusto con que serían entonces leídos, como hoy se leen con avidez las que describen las costumbres de París, Madrid o Viena.

Las dos fuentes de la novela latina, la épica y la elegíaca, las reúne Ovidio en sus *Heroidas*, prestando a sus dioses y a sus héroes del Olimpo y de los tiempos helénicos el mismo lenguaje y los mismos sentimientos de la sociedad en que el autor vivía. En las *Metamorfosis* todo se baraja, lo épico y lo lírico, las descripciones, la pintura de sentimientos y la narración de hechos; Ovidio sigue desarrollando las ideas y sentimientos de su época en boca de Júpiter y de los demás inmortales; pero llega en algunos episodios de amor a la nota profunda y hasta trágica, alejándose del tono superficial y ligero que le es característico. El monólogo de Scila, cuando ve la ciudad de su padre Niso sitiada por su amante Minos; la situación de Medea, enamorada del bello Jasón conquistador del Vello cino de oro, son cuadros de admirable sensibilidad.

Hasta en los mismos *Fastos*, a pesar de su carácter histórico, se ve a Ovidio tratando la historia romana como había tratado la mitología griega, mezclando además en ellos buen número de lo que ahora llamamos novelas cortas, trágicas unas

y ligeras otras. Lo que hoy pedimos al género novelesco, claro es que en otra medida y con otro alcance, los latinos lo encontraban en la poesía épica y elegíaca, siquiera fuese en muy pequeñas dosis y sin el desarrollo que hoy tiene en las descripciones, narraciones y diálogos. Allí están los orígenes de nuestro género novelesco y los primeros ensayos que se han hecho en literatura de análisis de sentimientos y de pasiones sin pretensiones de filosofar.

## ENCICLOPEDIA

RELIQUIAS DE TOLSTOI.—E. Halperine-Kamienski, amigo de Tolstoi, ha publicado parte de la correspondencia inédita del gran escritor ruso en la *Grande Revue*, para contribuir al esclarecimiento de su biografía, especialmente del período poco conocido anterior a su apostolado y a su fama mundial, es decir, al que abarca la que pudiéramos llamar primera época de su vida literaria, desde 1851, en que aparece su primera obra *Infancia*, hasta 1876-77, en cuyo tiempo se opera definitivamente la transformación del autor de *Guerra y Paz* y *Ana Karenina* en el de *Religión y Confesiones*. En esa correspondencia con su tía Alejandrina, con su compañero de armas el príncipe Sergio Urusof y con el filósofo Nicolás Strakof, hay multitud de cosas interesantes para los biógrafos de Tolstoi. Pero nosotros, que no nos proponemos aquí reconstituir una vez más esa biografía, sino espigar en el pensamiento de Tolstoi algunos de sus frutos más curiosos, por unos u otros conceptos, para ofrecerlos a nuestros lectores, entresacamos los párrafos que nos parecen de interés más general en esas cartas, ya para la historia del autor, ya para la historia de la época, como documentos vivos de valor permanente.

Estando en Sebastopol, durante el famoso sitio, escribe el 20 de Noviembre de 1857: «El estado de espíritu de las tropas es indescriptible. En la época de la Grecia antigua no ha-

bía tanto heroísmo. Pasando revista a las fuerzas, en lugar de gritarles: «¡Salud a los muchachos!», Kornilof decía: «¡Hay que morir, muchachos! ¿Moriréis? Y todos respondían: «¡Moriremos! Hurra por el General». Y no era efectismo; se veía en el rostro de cada uno que era real, pues ya veintidós mil habían cumplido su palabra. Un soldado herido, casi moribundo, me contó cómo habían atacado a la 24.<sup>a</sup> batería francesa, sin ningun refuerzo. Lloraba, sollozaba. «Una compañía de marinos ha estado a punto de sublevarse, porque querían hacerles salir de la batería en la que han pasado treinta días bajo una lluvia de bombas. Los curas (popes), llevando cruces, dan vuelta a los bastiones, y bajo el estampido de los cañones recitan sus plegarias. El 18, en una brigada, hubo 160 hombres heridos que no han abandonado las filas. ¡Qué días tan maravillosos! No he tenido la fortuna de entrar ni una sola vez en fuego; pero doy gracias a Dios por haber visto estos hombres, y haberlos visto en momentos tan gloriosos».

El 18 de Agosto de 1857 escribe a su tía: «En Dresde he tropezado de manera bien inesperada con la señora Lvof. Era para mí el momento más favorable para enamorarme. Perdía a las cartas; estaba descontento de mí, y me aburría (según mi teoría, el amor viene como una necesidad cuando el hombre quiere olvidarse; por eso aparece casi siempre como el sueño, cuando el hombre no está contento de sí mismo o es desgraciado). La señora Lvof es una hermosa, inteligente, honrada y encantadora naturaleza. Yo quería con toda mi alma enamorarme de ella; la veía con frecuencia, y sin embargo, ¡nada! Por amor de Dios, decidme: ¿Soy un monstruo o me falta algo? Yo creo que me falta un granito de fatuidad. Me parece que en la mayor parte de los enamorados, las cosas pasan así: se ven con frecuencia, los dos flirtean, y por último, se persuaden de que están enamorados uno de otro; y luego, como en recompensa de este amor imaginario, se ponen a quererse de verdad. Pero yo, que observo atentamente la mujer con la que empiezo a flirtear, ¿cómo he de poder, viendo la repugnancia que la ins-

piro por toda mi persona, dejarme prender en sus encantados embustes? Pero ¿a qué santo viene todo esto? Quizá ya es tiempo de no pensar en el postre, de no pensar en platitos de dulce, cuando tiene uno ya los cabellos grises. Doy gracias a Dios por haberme dado lo principal, es decir, la capacidad de amar, aunque, según vuestra opinión, esas sean paradojas, pero esa es la idea que de ello tengo.»

En Abril de 1858 escribe desde Jasnaia Poliana: «¡La primavera! ¡Qué gusto da vivir sobre tierra a las buenas gentes, y aun a gentes como yo! La naturaleza, el aire, todo está saturado de esperanza, de porvenir, de maravilloso porvenir. A veces se equivoca uno, y se piensa que no es solo la naturaleza quien tiene el porvenir, la dicha, sino que también uno espera algo, y se es feliz. Eso es lo que me pasa en este instante, y con mi egoísmo habitual, me apresuro a hablaros de cosas que no interesan a nadie más que a mí. Bien sé, cuando reflexiono sanamente, que soy una vieja patata helada y podrida, y hasta aderezada en salsa; pero la primavera tiene en mí tal influencia, que a veces me sorprendo a punto de soñar que soy una planta que se ha desarrollado hace un momento con las demás, y que crecerá sencillamente, tranquila y alegremente en la tierra de Dios. En esta ocasión pasa en mí tal fermentación interior, una purificación, una coordinación que no se podría imaginar ese sentimiento si no se ha experimentado. Todo lo que está gastado desaparece: las conveniencias del mundo, la pereza, el egoísmo, todos los vicios, todos los lazos vagos y enredados, los disgustos, hasta los remordimientos, todo se borra. ¡Paso a la planta maravillosa que hincha sus yemas y se desarrolla con la primavera!»

Los más interesantes párrafos son los de esta carta, dirigida a su tía el 1.º de Mayo de 1858, y en la que vuelve a tocarse el tema de la primavera, de la anterior: «La primavera llega; se hace bien de rogar, pero llega: por la noche se producen milagros, y cada día hay un milagro nuevo; la víspera no habrá más que una rama seca; de pronto, la rama se cubre de

hojas, y no se sabe cómo. Por el suelo bullen cositas amarillas, azules, verdes, sin que se sepa por qué. Toda clase de insectos vuelan alocados de rama en rama y silban con todas sus fuerzas, sin saberse el motivo. ¡Es maravilloso! En este mismo minuto, unos ruiseñores arman un estrépito de todos los diablos debajo precisamente de mi ventana. Estoy haciendo experimentos con ellos, y figuraos que consigo atraerlos bajo mi ventana haciendo escalas en el piano. Por casualidad he hecho este descubrimiento. Estos días, según mi costumbre, golpeaba la sonata de Haydn en que hay también escalas; de pronto, oigo fuera y en la habitación de mi tía (tiene un canario) un silbido, unos pío-pío y trinos; dejo de tocar, y todo cesa; vuelvo a empezar, y empiezan de nuevo. Pasé tres horas en esta ocupación, con el balcón abierto, la noche templada, las ranas en sus ocupaciones y el vigilante nocturno en las suyas. ¡Es maravilloso!

«Ayer fuí al bosque que he comprado, y que estoy a punto de mandar cortar. En él he visto las hojas de los abedules abrirse y a los ruiseñores volar, sin querer sospechar que estos árboles no pertenecen ya al Estado, sino a mí, y que los van a cortar. Los cortarán, pero retoñarán como antes sin preocuparse de nada. Yo no sé cómo explicar este sentimiento: está uno confuso ante la pretendida dignidad del hombre y la omnipotencia de que tanto se envanece, omnipotencia que traza límites imaginarios, y que, sin embargo, no tiene el poder de transformar el menor grano de arena, y eso en ninguna parte, ni siquiera en sí mismo. En todo hay leyes, leyes que no se comprenden, y dondequiera se siente este freno, dondequiera: *Él*.

»Y aquí llegamos al punto de nuestro desacuerdo respecto a mi relato. Hacéis mal en examinarlo desde el punto de vista cristiano. Mi idea era ésta: tres seres han muerto, una señora, un labriego y un árbol (se trata de *Tres muertos*, publicado en 1859). La dama era indigna y lamentable, porque ha estado mintiendo toda su vida, y miente en el momento de su muer-



te. El cristianismo, tal como ella lo comprende, no resuelve para ella el problema de la vida y de la muerte. ¿Por qué morir cuando se quiere vivir? Ella cree en la promesa de otra vida por la imaginación y por el espíritu, mientras todo su sér se subleva porque no conoce, fuera de su falso cristianismo, otro consuelo. Por eso es indigna y da lástima.

»El labriego muere en paz, y precisamente porque no es cristiano. Su religión es otra, aunque por costumbre observe el culto cristiano; pero su religión es la naturaleza en medio de la cual vive. Con sus propias manos corta los árboles, siega las espigas, guadaña la hierba, mata unos carneros y cría otros, como los niños vienen al mundo, y los viejos se mueren; conoce esta ley de la naturaleza, y jamás se ha apartado de ella como la señora; él la mira sencillamente cara a cara. «¡Un bruto!» decís. ¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo en ello? Un bruto es la belleza y la felicidad, la armonía con todo el universo, y no una disonancia como la señora.

»El árbol muere con calma, franqueza y belleza; con belleza, porque no miente, no hace muecas, no teme, no se lamenta. He ahí mi pensamiento, con el que seguramente no estáis conforme, pero que no se puede discutir. Está en vuestra alma como en la mía. No os desesperéis por eso, abuela. Siento en mí el sentimiento cristiano en el más alto grado; lo siento y me es muy grato sentirlo. Es el sentimiento de la verdad y de la belleza, mientras el otro es un sentimiento personal, el del amor y la paz.»

## CRÍTICA

EL HUMORISMO.—*La Revue*, de París, ha tenido la buena idea de averiguar lo que es el *humour*, ese «problema más angustioso que el de la gravitación universal»; verdadero «cuadrado de la hipotenusa de los críticos literarios», y para ello se le ha ocurrido consultar a los más célebres humoristas de Francia, Alemania e Inglaterra.

Ante algunos resultados de esta información, no puedo menos de recordar aquel redactor del *Diario Universal*, de Madrid, que hace años visitó al embajador de Francia en esta corte para obtener de él algunas noticias, y que nos dió el fruto de su conferencia nada menos que en un folletín, para fijar bien la atención del público. ¡Qué conferencia y qué visita! ¡La plancha de las planchas! El embajador dió bonitamente con la puerta en las narices al periodista sin decirle nada ni hacerle el menor caso, y el periodista hilvanó su artículo y nos lo hizo tragar con la mayor frescura. Tres o cuatro columnas de amazacotada prosa para no decir nada; ¡peor todavía!, para poner al descubierto su falta de tacto y diplomacia, pues había ido por uvas y volvía sin ellas.

Algo de esto le ha ocurrido a *La Revue* con algunos consultados. Pero, ¡vamos!, otros han estrujado el ingenio, y algo ha salido de provecho en conjunto, aunque no tanto como fuera de desear, pues entre las calladas por respuesta de unos, las respuestas negativas de otros, las evasivas de éstos y las incongruencias de aquéllos, nos quedamos casi peor que estábamos antes de la información. Porque antes sabíamos por Taine que el humorismo es «la broma del hombre, que al bromear conserva la gravedad de su rostro», y ahora, ahora, ¡vean ustedes si hay que alambicar para reconstituir, con los datos aportados por unos y otros humoristas, lo que es el humorismo!

Jorge Bernardo Shaw, el hombre más representativo de la literatura inglesa contemporánea, dice sencillamente que «el *humour* no puede definirse; es una sustancia primaria que nos hace reir»; añadiendo que «tanto valdría tratar de probar un dogma». ¿Eh? y el periodista se traga la píldora y nos la pasa para que la digiramos, haciéndose la ilusión de que la respuesta tiene miga y no suena a hueco.

El segundo de los consultados, Jerónimo K. Jerónimo, que ha sido maestro de escuela, actor, periodista, director del *Idler*, del *To-Day*, y por último, novelista (en todas partes cuecen habas), y que hoy es uno de los profesionales del *humour* más

queridos en Inglaterra, como si dijéramos un fabricante de gracia, que es el avatar democrático del bufón de las antiguas cortes, se descuelga con esta contestación: «No pienso que el humor pueda ser explicado». Luego recapacita, y añade: «Yo lo definiría de buena gana... lo que nos choca por su gracia.»  
¡Algo es algo!

Otro prójimo, que tiene por misión hacer reír a los espectadores londoneses, Carton, toma en serio no sólo la consulta, sino su oficio mismo de cosquillero, y nos endilga una filosófica perorata sobre el humorismo, «que crea y alimenta la hilaridad del mundo»; sobre lo que sería nuestra existencia sin la risa, que es el mejor desinfectante contra el suicidio, y sobre su única ambición, la de ostentar en su pecho la cruz de la Legión de Honor. ¡Ese Carton es un guasón!

Israel Zanwill, el célebre profesor periodista, ha confiado al telégrafo su respuesta, no sabemos si por afán de laconismo o por temor de no llegar a tiempo a la información, y ha soltado la definición siguiente: «El *humour* es la sonrisa en la mirada de la cordura» (*sagesse*, dice el original, tómenlo ustedes en el sentido de *cordura*, o en el de *prudencia*, *sabiduría* u otro semejante). El redactor consultante califica la respuesta de «elocuente y verdadera».

Pett-Ridge dice que no acierta a definir el humorismo, y que, entre ellos, el método más moderno consiste en burlarse de los héroes de novela más bien que en reírse con ellos, y que el *humour*, o va derecho al fin o se queda completamente sin efecto. La cosa, como se ve, es oscura, y lo único claro es que cada país tiene su humorismo especial.

Anstey Guthrie, otro maestro en la materia, da sin confianza la definición de que el *humour* es «una deliciosa concepción de lo incongruo», y duda que cada país sepa apreciar bien el humorismo de otro país.

Courtney se pone grave y demuestra condiciones de analista no despreciable. «Se ha sostenido—dice—que la gracia (el *esprit*) es característica de las razas latinas y el *humour* de

las nórdicas (anglo-sajonas o escandinavas), y eso no es exacto.» La gracia es la efervescencia de un carácter ligero, el florecimiento de una cultura refinada; el *humour* es propio de un temperamento más moroso, a veces más profundo; es una concepción de la tragedia del universo que, tragedia para el que siente, tiene su lado de comedia para el que piensa.

Owen Seaman, el director del famoso *Punch*, estaba llamado a dar su opinión, y la da diciendo: «El *humour* se basa en el contraste, en la incongruencia del espíritu o en un sentido bastante subjetivo de la superioridad. Hay el *humour* de los hechos o de las ideas, común a todos los pueblos, y el de la forma o expresión, que difiere según las razas. En América se caracteriza por tres tendencias: 1.<sup>a</sup> La exageración. 2.<sup>a</sup> La supresión de uno de los elementos en el encadenamiento de los hechos. 3.<sup>a</sup> La riqueza pintoresca de las metáforas. En Inglaterra se caracteriza por el empleo de lo sobreentendido, y como medio de expresión por lo grotesco.

Alberto Engstrom dice que el *humour* es una cualidad del espíritu, que no tiene necesidad de expresión visible o tangible. El humorista está siempre contento de la existencia, y por lo tanto, no puede ser pesimista. En la sátira y en la ironía puede haber *humour*, pero en el *humour* no hay sátira ni ironía.

Tomás Mann, alemán, dice que «la palabra *humour* significa lo contrario de *sequedad*», y que se la honra mucho ateniéndose a esta definición. El conde de Baudissin, alemán también, dice que sin sátira no hay *humour*, pues el *humour* sin sátira se convierte en chiste inofensivo, y la sátira sin *humour* no es más que una caricatura. No cree que el humorismo haga carrera en Alemania, porque Alemania sigue siendo el país de los filósofos, más admirados cuanto menos se les comprende. El alemán, en el dominio espiritual, adora también la carne salada y la *choucroute*.

Los humoristas franceses, sometidos a la consulta, no están más de acuerdo que los ingleses. Alfredo Capus dice que

la risa francesa tiene más profundidad que lo que parece, y no es la risa de una raza particular, sino «de cierto piso de la especie humana». Tiene su fuente en la ironía y la amargura, y fluye en Rabelais y en Molière como cosa natural.

El *humour*, dice Julio Claretie, es la fantasía; en el extranjero se dice que es el ingenio. Es una especie particular de ingenio, algo extrañamente guasón, amargo, alado y a veces barroco. El *humour* es el humor, es decir, el buen humor, regado, no con vino claro, sino con whisky o cerveza.

Emilio Faguet ha creído saber que el *humour* era el arte de decir cosas cómicas con imperturbable sangre fría. Pero desde que ha leído muchos gruesos volúmenes ingleses sobre el *humour*, se ha quedado sin saber lo que es. Siempre pasa lo mismo. Cuando piensa uno quedarse sin saber lo que es una cosa, no hay sino estudiarla.

«La ironía es la base del *humour* — contesta Roberto de Flers.— En lugar de enfadarnos, tratamos con ironía; es nuestra manera de poner a cada cual en su sitio y de hacer comprender cómo juzgamos su conducta.»

Cuando hayamos dicho que el *humour* es el arte de las antítesis cómicas, el del símbolo en la ironía, de la alegría en la seriedad, de la gravedad en la sonrisa, de la poesía en la farsa, de la pirueta en la filosofía; cuando hayamos dicho también que es un elegante derroche de observación en que se pone el juego burlesco y socarrón de las palabras al servicio de un pensamiento melancólico, estoico y a veces justiciero; cuando hayamos agregado que no es la sonrisa, ni la gravedad, ni el estoicismo, ni nada semejante, siendo, sin embargo, algo particularísimo muy perceptible, ¡bastante habremos adelantado! ¡Saboreemos el *humour* y no nos metamos a escrutar su química! Y así habla Kistemaekers.

El humorista es en el fondo un melancólico que sonríe. Eso es lo que puede sacarse de la media página que dedica Enrique Maret a decir que le ponen en grave apuro con la pregunta.

Max Nordau lo toma en otro tono que nos deja sumidos

en la mar de confusiones: «El *humour*, dice — y quiero citar textualmente, pues Max Nordau se nos pone muy grave tratando del humorismo, — ve y muestra todas las debilidades y todos los desfallecimientos de que la carne es heredera; pero siente los dolores y los cuidados que juzga mezquinos atendiendo a la eternidad, y que pueden parecerle chuscos estimándolos fútiles. Es la forma más elevada de la concepción artística, porque apreciamos en él la gloriosa victoria del espíritu sobre la materia, de la comprensión sobre la sensación. Rendimos homenaje, en el humorista, al alma heroica que tiene la fuerza de observar con sangre fría su propio sufrimiento, de evaluar en su flaco valor su propio destino caduco y evanescente, y de sonreír como con mueca de polichinela de la contracción involuntaria de su propio rostro en su propio dolor.» ¡Y nada más! ¿Eh? No sabe uno si Max Nordau está hablando a lo San Simeón Stilita o a lo Mark Twain. Pero, por lo menos, hemos sacado de su parrafito el adjetivo *evanescente*; ¡me ha gustado la palabrilla!

Un escritor que se llama Tristán de nombre y Bernardo de apellido, estaba predestinado a ser humorista. Y así ha sido; y en su respuesta encontramos una de las más acertadas observaciones, no decimos definiciones, sobre el humor. «Desde mi infancia — dice, aunque lo pone en boca de un amigo — me acostumbré a contar sencillamente lo que veía, sin reticencias, y a pensar libremente, sin prejuicios. No podía figurarme que fuera a dar que reír a las gentes; creía ser sincero, y nada más, pero parece que resultaba gracioso. Estuve creyendo mucho tiempo que se burlaban de mí, mientras ellos creían que era yo quien me burlaba de ellos. Caí en la cuenta, y, naturalmente, me aproveché de la situación; las circunstancias me imponían la carrera de la guasa, y obedecí á las circunstancias. Había sido gracioso sin pretenderlo, y traté de seguir siéndolo; pero no he tenido en esto tanta fortuna: la gente reía menos. He vuelto a mi ingenuidad primera, y ahí está el secreto del *humour*.»

Al articulista de *La Revue* no se le ha ocurrido consultar ni a Tartarin, ni a Panurgo, ni siquiera a un andaluz cualquiera de Sevilla o Málaga. ¡Es lástima! ¡Es mucha lástima que los escritores franceses actuales, por su afán de exotismo, se empeñen en hacer tragar a su público, y, lo que es peor, a los papanatas del público cosmopolita que les oye, un día a Nietzsche, otro a Ibsen y otro a los humanistas ingleses, tocando el bombo y golpeando los platillos hasta llamar la atención y distraer a la clientela propia para llevarla a la tienda del vecino. ¡El *humour* inglés! ¡Como si no hubiera más *humour* en Paul de Kock o en Daudet que en todas las novelas inglesas juntas! ¡Las ocurrencias de Mark Twain! ¡Como si en cualquier mesa de café del barrio latino, de la Cannebière, de la Puerta del Sol o de la calle de las Sierpes no se derrochara más gracia que en todas las obras del gracioso yanqui! ¿Qué es el *humour*, en definitiva, sino la guasa andaluza diluída en la bruma pesada del Támesis? ¿Qué es sino el *Jerez* convertido en *Sherry* y regando macizos trozos de sanguinolentos *beefsteaks* transformados en *bisteks* delicados?

## CIENCIAS NATURALES

LOS SENTIDOS DE LAS PLANTAS.—Por poco que se trate a las plantas con el microscopio—dice Enrique Coupin en *La Revue*,—pronto se convence uno de que gozan de verdadera vida sensorial, imperfecta desde luego, pero no inferior a la de los pólipos y los amibios. Tomad, por ejemplo, la elodea del Canadá, planta corriente de agua dulce de nuestros acuarios, donde vive hasta sin raíces; quitadle una hoja delicadamente con unas pinzas, y examinad al microscopio en una gota de agua; veréis células algo alargadas, en las que hay numerosos cuerpos verdes redondeados, los granos de clorofila. Todo está inmóvil; pero a los cinco, a los diez, a los quince minutos cuando más, todo se pone en movimiento, lento al principio y acele-

rado después: los granitos parecen deslizarse en fila a lo largo de la pared, volviendo, a los dos minutos primero y a un minuto después, a su punto de partida. Es un espectáculo curioso el de todos los granos girando en cada célula, sin sincronismo entre los de unas células y otras, unos yendo a la derecha, otros a la izquierda; éstos con rapidez, aquéllos con lentitud. Es un desorden completo: el protoplasma (la parte activa de la célula, la que impulsa los granos) parece enloquecido por la amputación sufrida por la hoja; ha *sentido* la herida y expresa el dolor a su manera. Esta sensibilidad permite a las plantas apreciar en cierto modo el mundo exterior, y no otra cosa hacen los sentidos en la más amplia acepción de la palabra.

El sentido más desarrollado, según Coupin, es el de la *vista*, que les permite percibir la luz, pero no los objetos, como sucede a los gusanos, las ostras y el coral. El heliotropismo lo demuestra: la planta reacciona a la luz, luego percibe la luz. Y es más: hasta la raíz tiene esa sensibilidad, sólo que en sentido opuesto, pues si el tronco busca el lado de la luz, la rama huye de él. Por la noche las hojas duermen, es decir, cambian de posición; por el día se disponen a recibir los rayos luminosos perpendicularmente a su posición, y por la noche al contrario, como puede verse en las capuchinas. Tómese, por ejemplo, agua verdosa de un arroyo, y échese en un tubo de cristal recubierto de negro de humo; quítese el humo en cualquier sitio, escribiendo, por ejemplo, un nombre, y póngase el tubo al sol; a las pocas horas, límpiase por fuera el tubo, quitándole todo el negro, y se verá el nombre que se dibujó, escrito en letras verdes en el interior: son las algas, que han ido buscando la luz, aglomerándose donde la había y dejando trazado el dibujo con su propia aglomeración.

Otro sentido no menos desarrollado en las plantas es el del *tacto*, siendo el caso más conocido y evidente el de la *sensitiva*; se ha supuesto que el agua, al contacto, se retira hacia el tronco y produce la depresión de los órganos foliares; puede ser, pero el hecho es que la planta ha sentido el contacto, y



eso es lo que se llama tacto en los animales. Otra planta, también muy sensible, es la dionea atrapamoscas; en ella el sentido del tacto está más localizado que en la sensitiva, pues reside en uno de los tres pelos del centro de la doble hojita en que queda cogida la mosca al tocarlos. Véase, por otra parte, el zarcillo de las vides y de los melones; mientras no tropiezan con nada, van derechos; pero en cuanto tropiezan con algo, con una rama ó una cuerda, se arrollan en espiral a ella; el contacto les produce ese efecto. En las flores se observan también multitud de fenómenos táctiles: tóquese con la punta de un alfiler un estambre de parietaria, y se verá cómo en el acto los estambres se estiran como un resorte, lanzando su polen en derredor.

El mismo sentido del *gusto* existe positivamente en ciertas plantas, como en las algas, por ejemplo. Si en el agua en que viven se echan, por ejemplo, partículas de diversas especies, se verá que sólo se asimilan algunas, pasándose a su superficie, y abandonando todas las demás. ¿Qué es el gusto sino la capacidad de percibir el sabor de los alimentos y la facultad consiguiente de elegir los más adecuados? Si en una hoja de drósera se pone un insecto o una pizquita de carne, los tentáculos de la hoja palpan y se agitan, lo que no sucede si se pone un cuerpo mineral.

Otro sentido, en fin, especial de las plantas es el de la *dirección en el espacio*, que los fisiólogos llaman *geotropismo*. Colóquese una raíz tendida en el suelo, y se la verá dirigirse hacia tierra; hágase lo mismo con un tronco, y se verá que se dirige hacia el cielo; cada parte busca su posición natural.

## ANECDÓTICA

LOS AMORES DE DICKENS.—Los biógrafos de Dickens no han hablado de sus amores. ¿No los tuvo? Hervier, en el *Mercure de France*, dice que sí, y hace remontar nada menos que a la

edad de cinco años los primeros. Entonces tenía Dickens de compañera de juego una linda niña rubia, Lucía, de magnífica cabellera de oro. Esta niña impresionó de tal modo al futuro escritor que jamás llegó a olvidarla, haciéndola figurar con sus rubios cabellos en cinco de sus novelas. Más tarde tuvo por amigo a un empleado de Banco, Kollé, que tenía relaciones con la hija de un banquero; otro amigo era novio de otra hija del mismo, y Dickens estaba tan desconsolado con su soledad, que los dos amigos le presentaron en casa del banquero, donde se enamoró de la tercera hermana, María Beadnell.

El profesor Jorge Pierce Baker, de la Universidad de Harvard, ha publicado un folleto en el que figura parte de la correspondencia de los dos enamorados; de ella se deduce que *David Copperfield* es una verdadera autobiografía, y que la Dora Spenlow de esa novela y la Flora Finchig de *La niña Dorrit* están inspiradas en María Beadnell; ésta tenía diez y nueve años y Dickens diez y ocho; María era ligera y coquetilla y, aunque prestaba oídos a Dickens, no le quería realmente; la familia tampoco le aceptaba al verle sin colocación, y los novios tuvieron que romper. María fué enviada a París para completar su educación y, tras algunas cartas que todavía se cruzaron, la ruptura fue definitiva, cuando Dickens se convenció, por lo frío de una de las respuestas que recibió, de que era inútil seguir aquellas relaciones.

En 1836, Dickens, que era reporter escenógrafo de la *Evening Chronicle*, se casa con la mayor de las tres hijas del redactor jefe, Hogarth. Ya empezaba a tener renombre, gracias a sus *Sketches* del *The old monthly Magazine* y de la *Evening Chronicle*, pero su reputación llegó al éxito con la publicación de su primera novela *Pickwick*. El matrimonio se había llevado a la más pequeña de las tres hermanas Hogarth, María, una adolescente cuyo carácter se armonizaba perfectamente con el de Dickens; María era su confidente, su musa, su consuelo; con ella hablaba de sus sueños y de su porvenir; era ella el corazón que todo escritor necesita a su lado para desahogarse y ser

comprendido, y a ella, mejor que a su mujer, confiaba sus planes y consultaba sus trabajos. Pero una noche, el 7 de Mayo de 1837, fueron al teatro, y a la vuelta, la pobre joven, de diez y siete años, se sintió enferma y murió a las pocas horas. Dickens no se consoló nunca de aquella desgracia; era la alegría de su vida que se alejaba, un amor puro, desinteresado, formado por la armonía de dos caracteres, el que se iba; María Hogarth es la pequeña Neil que figura en el *Almacén de antigüedades*. El interesante *Pickwick*, que salía por entregas, quedó en suspenso varias semanas, a pesar de las protestas de los lectores. Todavía pasados cinco años era tan vivo el recuerdo de la difunta que, estando Dickens para marcharse a América, tuvo que asistir a los funerales de su cuñado y acompañar su cuerpo al cementerio para que le enterraran en la tumba de familia, al lado de su hermana, y fue tal la impresión que recibió, que dice: «No puedo expresar el dolor que sentí a la idea de que otro y no yo fuera llamado a compartir la tumba de María; habría querido desenterrarla y esconderla en los meandros de las catacumbas, donde nadie más que yo hubiera podido encontrarla; el deseo de ser enterrado junto a ella es todavía vivísimo en mí, después de cinco años de intervalo, y sé que este deseo subsistirá siempre, porque nadie podría describir el afecto que tenía a esta niña. ¡Oh! Si fuera posible, quisiera hacerla sacar de allí, aunque comprendo que sus hermanos, sus hermanas y su madre tienen más derecho que yo a dormir junto a ella.»

La otra María, la Beadnell, se había casado nueve años después que Dickens en 1845, con Enrique Luis Winter. Diez años después, cuando Dickens era célebre, recibió una carta suya que le causó gran placer; contestó con cierta pasión, recomendándola que leyera *David Copperfield*, donde podría reconocerse en Dora, y con este motivo siguió adelante la correspondencia, hasta que llegaron a verse de nuevo. ¡Qué desencanto! Aquí de Campoamor:

—¡Dios mío! ¿Y éste es aquél?

—¡Santo Dios! ¿Y ésta es aquélla?

Dickens cuenta la impresión en *La niña Dorrit*, haciendo Flora de María: «Flora, que había sido siempre esbelta, se había puesto gorda, demasiado gorda, inmensa... Pero no era eso todo; Flora, que él había dejado bella como un lirio, se parecía ahora a una peonza... Pero no era esto todo; Flora, que en otros tiempos parecía siempre inspirada en sus palabras y en sus pensamientos, era ahora confusa y estúpida. Eso era algo; pero Flora, frívola e ingenua de joven, quería seguir siendo ingenua y frívola pasados los cuarenta; y eso fué un golpe fatal.» Tan fatal, que cuando María volvió a escribir a Dickens éste le contestó con frialdad y acabó por no contestarla.

¿Con quién sustituir a su cuñadita María? Con otra cuñada, la segunda de las hermanas, Jorgina, pues con Kate, su mujer, no congeniaba. Era una buena esposa y una buena madre, pero vivía en otro mundo que el novelista; eran caracteres que no podían entenderse, y Dickens, como todo escritor, necesitaba a su lado alguien que le comprendiera. La incompatibilidad llegó al extremo de la separación: en 1858 Dickens quería fijarse en Gad's Hill, porque decía que en Londres no podía trabajar, y la señora se opuso resueltamente, diciendo que estaba demasiado encariñada con Londres para irse a vivir al campo. Dickens se fué a Gad's Hill con su hija y su cuñada. Y así siguieron hasta que Dickens murió en 1870, siendo sus últimas palabras para Jorgina, a quien nombró su ejecutora testamentaria, dejándola un legado de 200.000 francos, todas las joyas y todo el mobiliario de su casa. A pesar de esto, todos cuantos han conocido a Dickens reconocen que fué un hombre honestísimo, y que su amor a sus cuñadas fué un afecto puro y casto.

## IMPRESIONES Y NOTAS

GOETHE, ARTISTA.—Pocos saben que el autor del *Fausto*, del *Zorro* y de *Werther* era también algo más que un simple aficionado a las Bellas Artes. Goethe, desde niño, cultivó el dibujo, y más tarde, durante el período de sus estudios universitarios, procuró compartir sus trabajos de clase con las sesiones de la Academia de Pintura; tal era su afición, que, según dice G. Raphael, en *L'Art et les Artistes*, llegó a vacilar algún tiempo entre la Literatura y la Pintura. Al fin venció la primera, pero no sin que Goethe dejara por completo la segunda, como lo demuestran numerosos trabajos, piadosamente recogidos por sus admiradores en la *Goethe-Haus*, de Weimar.

Goethe, aunque educado en los principios del arte clásico y académico, se sentía atraído por la pintura holandesa, buscando en sus cuadros, ante todo, el detalle íntimo y pintoresco; gustaba del paisaje, pero animándolo siempre con una habitación, con un personaje cualquiera que le diera animación y vida, pues la naturaleza muerta no le seducía. Más tarde, después de visitar Italia, tuvo otra orientación, trabajando con empeño y regularidad, como si realmente hubiera pensado en hacerse pintor de profesión, y regresando a Weimar encantado con el clasicismo.

Nunca, sin embargo, se entregó de lleno a la Pintura, convencido, sin duda, de no poder dominarla hasta el punto de llegar a ser en ella lo que era en Literatura. Su afición, no obstante, era grande, y en su vejez llegó a fundar una revista, *Arte y Antigüedad*, que dirigió hasta su muerte, publicando, además, en 1821, un álbum con los mejores trabajos suyos de este último período. En él se ve la seguridad de mano y la habilidad técnica que poseía, y que quizá le hubieran hecho llegar a ser un gran artista si se hubiera consagrado exclusivamente al cultivo de estas aficiones.

\*  
\* \*

LA LETRA CON SANGRE ENTRA.—Este antiguo refrán, que ninguno de los jóvenes de la actual generación conoce más que de oídas, es todavía una realidad, y constituye parte integrante del sistema de enseñanza de... ¿de dónde había de ser? de la culta, de la civilizada, de la humanitaria, pero también de la tradicional y práctica Inglaterra.

Según dice en *La Revue* L. Chevalier, en las escuelas de Londres no sólo no se han suprimido los castigos corporales, sino que han sido perfeccionados. En algunos establecimientos de enseñanza de primer orden se utiliza al efecto, para aplicar la pena de azotes, un látigo mecánico que golpea al paciente con más o menos fuerza, según la gravedad de la falta, gracias a un ingenioso mecanismo. Lo más curioso es que a este azotador automático va unido un fonógrafo que, durante el castigo, pronuncia con voz terrible versículos de la Biblia y máximas morales, con el doble objeto de hacer comprender al paciente sus deberes y de ahogar sus gritos y quejas.

Si esto no es poner la civilización al servicio de la barbarie, que venga Dios y lo vea. Sólo falta al aparatito educador, un último perfeccionamiento: el de lanzar chispas eléctricas entre estallidos de truenos, como si fuera el propio Jehová desde la altura del Sinaí el que hablara a la criatura castigada; el recuerdo sería indeleble. Si en España hiciéramos algo semejante, ¿qué se diría de este país de la Inquisición y de los toros? Pero «unos cardan la lana y otros llevan la fama», que dice otro de nuestros refranes.

\*  
\* \*

LA FALSA REPUTACIÓN DE LA CIGARRA.—Las *Costumbres de los insectos*, del ilustre naturalista Fabre, están llenas de observaciones tan curiosas como exactas; literato y hombre de ciencia, le sublevan las imágenes falsas, las leyendas sin fundamento, las reputaciones caprichosamente formadas, las calumnias lanzadas por el vulgo o por los poetas contra los po-

bres insectos. ¿Quién no conoce la deliciosa fábula de La Fontaine *La Cigarra y la Hormiga*? Nada hay en ella de verdad: ni la cigarra es una cantarina imprevisora, ni pide nada a la hormiga.

«La cigarra—dice Fabre—sufrirá siempre hambre cuando vengan los fríos, aunque no haya cigarras en invierno; pedirá siempre la limosna de algunos granos de trigo, alimento incompatible con su delicado chupador; como una mendiga, irá siempre pidiendo moscas y gusanos, cosa que no come nunca. La verdad rechaza como invención insensata todo lo que nos cuenta el fabulista. Que a veces haya relaciones entre la cigarra y la hormiga, nada más cierto; sólo que esas relaciones son precisamente al revés de como nos las cuentan. En ningún tiempo va la cigarra a quejarse de hambre a las puertas de los hormigueros, prometiendo lealmente devolver el capital con sus réditos; todo lo contrario, la hormiga es la que, apremiada por la necesidad, implora a la cantante, ¡qué digo implora!, empeñarse y devolver no entran en las costumbres de la ladrona, explota a la cigarra, la desvalija descaradamente. En Julio, en las sofocantes horas de la siesta, cuando la plebe insectil trata en vano de aplacar su sed en las flores medio secas, la cigarra se ríe de la carestía general. Con su pico, fina barrena, agujerea una pieza de su bodega inagotable; establecida siempre cantando, en una rama de arbusto, agujerea la corteza firme y lisa, hinchada por una savia madurada al sol; con el chupador metido en el orificio de salida, la cigarra bebe deliciosamente, inmóvil, recogida, entregada por completo a los encantos del jarabe y de la canción. Entonces acuden en tropel las sedientas, avispas, moscas, forficulas, esfex, pompilios, cetonias y hormigas sobre todo; todas vienen a chupar el líquido extravasado; y pronto las hormigas acometen a la cigarra, obligándola a dejarlas el campo libre. El pedingon sin delicadezas que no retrocede ante la rapiña, es la hormiga; el artesano industrial que reparte gustoso lo que tiene con el que sufre, es la cigarra.

¡Una leyenda más desmoronada! Pero ¿qué harán ahora los *Cigaliers*, que habían adoptado precisamente su nombre de cantores haraganes e imprevisores, fundados en la reputación fabulosa de la cigarra?

\* \* \*

UN BOHEMIO DE UNA PIEZA.—Hay bohemios de nacimiento como los gitanos, bohemios de circunstancias como los desafortunados, bohemios de ocasión como los golfos, y bohemios de vocación como ciertos poetas a lo Verlaine. Uno de estos bohemios fué el poeta Alfredo Poussin, un «pobre diablo» como él mismo se llamaba, famélico sempiterno que tuvo cien ocasiones de poder aceptar una vida regular, y que prefirió siempre vivir al día sin tener que comer, por pereza de voluntad invencible.

En *L'Intermédiaire* encontramos una de las pruebas de ese estado de alma bohemia, que demuestra a la vez el ingenio del poeta y su despego por todo plan de vida regular. Son dos cartas: una de Poussin al gobernador de París, Poubelle, su paisano, y la respuesta de éste. Helas aquí:

«París, 29 Setiembre 1892.—Sr. Prefecto: Había una vez un pobre poeta normando (del Liceo de Caen) que poseía por toda fortuna cien ejemplares de un volumen de versos que acababa de publicar.—El soñador se dijo una mañana: «Tratemos de sacar partido de ellos; hagamos como el tendero de la esquina, que después de haber fabricado su mostaza, busca colocación para ella. Sus amigos, por de pronto, le compraron sus versos, y algunos fueron hasta bastante generosos, lo que le permitió pagar su cuarto y comer casi como todo el mundo. Había sufrido mucho el pobre diablo; testigo, estos cuatro versos:

He vivido siempre al azar  
sin un cuarto, con la boca abierta,  
encerrado en las calles del lugar  
sin hallar tras de mí ninguna puerta (1).

(1) J'ai vecu longtemps au hasard—sans un sou, bayant à la nue;—ne pouvant entrer nulle part,—j'étais prisonnier dans la rue.



»Un día que ya no tenía nada que llevarse a la boca y no conocía ya a nadie a quien dirigirse, se le ocurrió enviar su obra a varios compatriotas suyos que ocupaban alta posición en la ciudad, y eligiendo un ejemplar de sus *versiculitos*, escribió en el sobre el nombre siguiente: «Sr. Poubelle, Prefecto del Sena.» Llevó su libro a la dirección, y hecho esto, esperó con confianza: *Habent sua fata libelli*. Dignaos aceptar, Sr. Prefecto, el homenaje de mi profundo respeto.—*Alfredo Poussin*.

A los ocho días recibió la respuesta siguiente: «Muy señor mío: He recibido con su carta el volumen de versos que se ha dignado usted ofrecirme, y que le agradezco. Los versos me han gustado: su arrogante acento y su dolorosa sinceridad me agradan. Sin embargo, celebraríame mucho poder ayudar a usted a dirigir sus sueños por regiones menos desoladas; me parece que el poeta que hay en usted no perdería nada con poder bajar a tierra, por lo menos a las horas de comer. Permita usted que me inscriba de antemano entre los suscritores de su próxima colección, y le dé pruebas menos fugitivas del interés que me inspira. Reciba usted mis más afectuosos cumplimientos.—*Poubelle*.

A pesar de tan afectuosa carta, Poussin no dió un paso siquiera para utilizar los ofrecimientos de Poubelle. Quería, sin duda, y lo comprendemos, que se le buscara, que se le impusiera la aceptación del favor. Era un bohemio de vocación.

Esta carta nos recuerda otra, mucho más delicada, de un poeta más equilibrado, Pedro Dupont. Llegó de Lyon a París, y se presentó en casa de Víctor Hugo; el gran poeta, atareadísimo, no pudo recibirle; Dupont emborronó una hoja de su cuaderno de apuntes, y la pasó al autor de *Los miserables*. La hoja decía así:

Si tú vieras una anémona  
secarse, pronta a morir,  
pedirte una gota de agua  
de limosna por vivir;

o bien una golondrina  
 en tarde de invierno ir  
 a tu vidriera pidiendo  
 asilo donde dormir...  
 flor y pájaro hallarían,  
 agua y asilo feliz.  
 ¿Por qué no ser yo ¡oh poeta!  
 pájaro o flor para ti? (1)

Los versos del desconocido Dupont impresionaron a Víctor Hugo, que contestó con otros no menos delicados, y Dupont fué amigo del grande hombre.

\*  
 \* \*

LA CAUTIVIDAD DE NAPOLEÓN III.—El barón Verli, coronel de los Cien-Guardias, había dado a conocer, en sus *Recuerdos*, algunos pormenores sobre la cautividad de Napoleón III en el castillo de Wilhemshohe, después de la catástrofe de Sedán; con ellos había despertado el apetito a los aficionados a este género de estudios, sin satisfacerlo por lo escaso de sus noticias. El general, conde de Mons, gobernador de Cassel y *carcelero* del Emperador en Wilhemshohe, ha publicado a su vez otros *Recuerdos*, en los que cuenta día por día toda la historia de la cautividad, con gran contento de los historiógrafos.

De ellos sacamos un recuerdo que revela hasta qué punto se hacía Napoleón la ilusión de volver a ocupar el trono, suponiendo que Prusia había de tratar, no con el Gobierno del 4 de Setiembre, sino con él, Napoleón, emperador siempre, aunque vencido, destronado y prisionero.

(1) Si tu voyais une anémone—languissante et prête à mourir—te demander comme une aumône—une goutte d'eau pour fleurir;—si tu voyais une hirondelle—un jour d'hiver te supplier,—à ta vitre battre de l'aile—demander place à ton foyer—l'hirondelle aurait sa retraite—l'anémone sa goutte d'eau.—Pour toi, que ne suis je ¡oh poète!—ou l'humble fleur ou l'humble oiseau?

Era durante el invierno de 1870 á 71 cuando los prusianos tenían sitiado a París, y el Emperador, cautivo con los personajes de su séquito, llevaba la mejor vida posible dentro de su situación. El Emperador escribía y fumaba, y de sobremesa, tras una comida «regiamente servida», bromeaba sobre las ratas «soberbiamente aderezadas» con que los parisienses sitiados tenían que regalarse. Hablando de las dificultades en que se encontraba el rey Amadeo en España, el prisionero del rey de Prusia decía: «No quisiera yo estar en su lugar.» ¿Le parecería preferible su situación?

Otro recuerdo curioso se refiere al mariscal Bazaine. Algunos días después de la llegada de Bazaine cautivo a Cassel, se reunió con él su mujer con sus dos hijos; la mariscal no tardó en dar a luz, y a fin de que el nuevo vástago no quedara privado ni aun en la cautividad de la ventaja de nacer en tierra francesa, Bazaine hizo llevar de Francia a Cassel varios sacos de tierra que se echó debajo de la cama de la parturienta, así como debajo de la cuna del niño.

\*  
\* \*

UN ALMA HEROICA.—Con este título ha publicado Pedro Berton, en *La Revue*, sus memorias, en las que tropezamos con unas páginas conmovedoras sobre el matrimonio y los últimos años de Glatigny. Ese matrimonio se verificó el 11 de Febrero de 1871; en Junio del mismo año acababa de instalarse Berton en París, después de la tormenta de la invasión, cuando una mañana le sorprendió Glatigny con su visita.

«Cuando me hube desprendido de su abrazo, dice, vi tras él de pie, tranquila, sonriente, esperando a ser presentada, una joven sencillamente vestida, pero con gusto, en quien adiviné, a la primera ojeada, la «queridísima Emma». Iba, pues, a poder satisfacer mi curiosidad, a juzgar a la señora Glatigny en lo moral y en lo físico, a conocer, en fin, la génesis, la ocasión, los motivos determinantes de aquel extravagante matri-

monio. Pronto estuve al corriente. ¡Ah, qué hermoso y sencillo era!—Alberto ha estado tan enfermo este invierno terrible, me dijo ella, que comprendí que estaba perdido, y pregunté al médico cuánto podría vivir todavía. ¡Dos años, señor, dos años nada más! ¡Y encima, desgraciado, careciendo de todo! Pero yo había tenido una pequeña herencia, cinco mil francos. Con lo que él pueda ganar, es bastante para que no carezca de nada durante esos dos años. Y entonces me dije: Me voy a casar con él, y mientras todavía pueda vivir, será feliz como no lo ha sido nunca.»

Podrá pensarse que se trataba del impulso de un alma generosa y loca, desconocedora de las consecuencias de sus actos. Pero no, era una resolución consciente; ella conocía su porvenir, y eso es lo más admirable de todo. «Yo la miraba, sigue diciendo Berton: muy linda no, pero completamente encantadora, fresca y rosada, con ojos azules profundos y límpidos y cabellos castaño claro, graciosa y bien formada; en suma, muy digna de amor. Su estatura, su reserva, su hablar discreto, su calma inalterable, su aire de salud campesina, formaban el más perfecto contraste con la larga persona de Glatigny, su incesante movilidad, su voz alborotadora y su rostro marchito. Pero lo que me sorprendía más en ella, era su sonrisa, aquella sonrisa amable, dulce y persistente, que parecía, a medias con su mirada tranquila, dejaros adivinar cosas que no decía; aquella sonrisa que no la abandonaba nunca, ni aun hablando de los sufrimientos de sus amigos, de su muerte próxima e inevitable, y que tan bien se explicaba al ver la alegría agradecida del pobre enfermo. Porque se veía aquel moribundo y olvidaba sus sufrimientos, sus miserias y las amenazas de la muerte; y aquella asombrosa alegría era obra de ella; ella era quien le había transfigurado así; por ella se dilataba su corazón, y ella contaba con embriagarle de ternura hasta su último aliento. ¿No tenía el derecho de estar orgullosa de aquel milagro de amor? Pero ¡qué hermosa sencillez en su triunfo, qué serenidad en aquella prueba! Nada de grandes frases, de

lágrimas visibles, de quejas vanas; nada dramático ni forzado. Jamás se ha visto más tranquila resolución; ella se había trazado su camino; sabía sus ásperas revueltas, sus fatigas, sus peligros; conocía sobre todo su inevitable término, y, sin embargo, entraba en él con paso tranquilo, sonriendo.

Mientras ella se alejaba con paso discreto, he ahí a Glatigny que coge los brazos a Berton, y oprimiéndolos con energía, le dice a media voz: «Usted no sabe, Pedro, lo que ella es para mí, y lo que ha hecho por mí. No tengo que decirle a usted, ¿no es verdad?, todo lo que mi enfermedad tiene de horrible y de repugnante; que paso días enteros escupiendo mis tripas y vomitando sangre, y que me da horror de mí mismo por la fetidez que de mí se exhala. Pues bien, sus besos son tan tiernos como en nuestros mejores días. Nada la cansa ni nada la hace retroceder para cuidarme y aliviarme. Durante la noche me dan sudores helados tan violentos, que hay que cambiarme las sábanas tres y cuatro veces. ¿Sabéis dónde paso yo esas noches horribles? En sus brazos, amigo mío; en sus brazos, que me envuelven y oprimen contra su pecho. Mientras yo la inundado con ese sudor de cadáver, su cuerpo se enlaza con el mío para darle su calor y su vida.»

Alberto Glatigny murió el 16 de Abril de 1873, y su viuda el 26 de Febrero siguiente. No pudiendo curarle de su enfermedad, había querido morir de ella, y lo logró. El recuerdo de Emma María Dionisia Hermosa Dennie, merece ser conservado en toda alma generosa y agradecida.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Il nuovo diritto internazionale e gli odierni congressi, conferenze, società e leghe per la pace, l'arbitrato e il disarmo*, pel prof. Eduardo Cimbali. Roma, Bernardo Lux, editore, 1910.—186 páginas en 8.º mayor, con 67 más de apéndice, 5 liras.

Veinticinco años hace ya que este autor viene laborando, con una larga serie de publicaciones, por el abandono del actual derecho internacional, fundado en la violencia y la conquista, y por su sustitución con otro derecho que represente, según Cimbali, un verdadero orden público, de paz, cooperación y confianza mutua entre los Estados, y no un orden de prepotencia, en el que los Estados más fuertes oprimen a los más débiles. Cimbali quiere que sólo haya Estados-patrias, que son los Estados verdaderamente libres, suprimiéndose los Estados-prisiones, subyugados por otros Estados. Para él, todos deben ser absolutamente iguales, sean bárbaros o civilizados, y las relaciones entre los mismos deben ser por completo análogas a las que en el orden interno de un Estado mantienen los ciudadanos del mismo, amparados todos por las mismas leyes y gozando todos de los mismos derechos y prerrogativas.

Muy bien. Sólo que esto requiere—podrá decirse—la constitución del Estado internacional, del que resulten siendo simples miembros los Estados nacionales actuales, y la existencia de leyes y poderes superiores a las de todos éstos, lo que,

hoy por hoy, todavía no pasa de ser una aspiración. A lo que Cimbali observa que efectivamente es así, y que, dada la actual situación de cosas, pero sobre todo las erróneas enseñanzas de los internacionalistas, no puede esperarse que esa situación, por ellos defendida como jurídica, aun siendo lo contrario, vaya a cambiar mucho. Pero que los hombres de ciencia comiencen a condenar y execrar la conquista y demás formas de violencia internacional, y a no rendir pleitesía sino al derecho, y el derecho internacional será una realidad bien pronto. «Yo no soy, ni he sido, ahora ni nunca—escribe el autor,—tan infantilmente ingenuo que vaya a admitir como posible una verdadera actuación del derecho penal internacional que yo propugno, sin que antes el mundo de los pueblos y de los Estados salga del salvaje y anárquico estado del dominante arbitrio internacional, para entrar dignamente en el civil y jurídico estado de universal organización que constituye el programa y el ideal de la nueva dirección de derecho y de política internacional. Pero, por otra parte, es mi gloria y mi orgullo el no pertenecer a la infeliz turba de los desheredados de toda elemental enseñanza histórica, la cual nos muestra constantemente cómo no es jamás posible que ningún orden jurídico se torne *real*, si ante todo y sobre todo no es *ideal*. Créese y enséñese el derecho penal internacional *idealmente y científicamente*, y no estará lejana la era jurídica y civil, en la que se tendrá el perenne y universal beneficio de un derecho penal internacional *práctico y real*.»

He aquí otros párrafos de la misma obra que darán al lector una idea suficientemente clara sobre la índole de ésta:

«La única razón por la que el derecho internacional, lejos de ser *redentor y pacificador*, como deberá serlo absolutamente, no es, en cambio, sino *opresor y guerrero*, es que los escritores y los enseñantes, en lugar de combatir contra la dominante realidad de la política internacional *opresiva y guerrera* de las grandes potencias, y combatirla valerosa e incesantemente, no hacen otra cosa sino inclinarse servil y constantemente ante

ella, elevándola a la dignidad de *ciencia jurídica*, al sistematizarla y propagarla con las obras y con la enseñanza.»

«El derecho es la abolición absoluta y universal de la conquista y de las guerras de conquista, no la consagración y la sistematización de tales brutales y antijurídicas *violencias internacionales*.»

«Un individuo, sea cualquiera el punto de la tierra donde se encuentre, desde el momento en que se vea lesionado en uno cualquiera de sus derechos de hombre, encontrará siempre un Código que invocar y un Tribunal que lo reintegre en los derechos en los cuales haya sido injustamente ofendido. Por el contrario, un pueblo, si tiene la desgracia de ser simpáticamente débil—sea civilizado o bárbaro, europeo o africano, americano o asiático,—puede ser invadido, despedazado, despojado, oprimido y aun suprimido, sin que haya ningún Código que lo proteja ni ningún Tribunal adonde apelar... Y la culpa de ello es de los escritores y de los enseñantes de derecho internacional, así de Europa como de fuera de Europa...»

«No habría sido jamás concebible *paz pública interna*, si los escritores y enseñantes de derecho público y privado interno hubiesen propugnado y enseñado el culto y la admiración del robo y del homicidio con fines de robo. No será tampoco concebible nunca *paz pública internacional* mientras subsista la barbarie y la vergüenza de escritores y enseñantes de derecho público y privado internacional, los cuales no creen todavía deshonorarse y deshonar a la humanidad entera cuando defienden y enseñan el culto al robo de la conquista y al homicidio de las guerras de conquista. Si el robar y el matar a un individuo es delito, que se persigue y castiga incluso con la muerte, es enormemente increíble que en el décimo año del siglo xx existan escritores y enseñantes de derecho internacional que llamen aún «gloria» el robar y el matar a centenares de miles y millones de hombres...»

«Contra los delitos de los Estados, en el lugar de una gloria usurpada y absolutamente inadmisibile, debe levantarse el



---

*derecho penal internacional*, investido de la indispensable misión de perseguirlos y castigarlos.»

«Jamás mi desdén se hace tan intenso e irrefrenable como cuando oigo pronunciar la sagrada y santa palabra de *paz* por gentes cuya obra de escritores y enseñantes no es sino una brutal justificación de conquistas y de guerras de conquista, y la más escandalosa glorificación de Estados de todo tiempo y lugar, los cuales, más que otro alguno, se han distinguido en el delito y en el deshonor de conquistas y de guerras de conquista.»

P. DORADO

# ÍNDICE

---

|                                                                                                           | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Buenos Aires</i> , por Adolfo Posada.....                                                              | 5            |
| <i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos</i> ,<br>por Miguel de Unamuno..... | 32           |
| <i>Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud</i> , por<br>el Dr. D. Federico Rubio.....   | 51           |
| <i>Los españoles en la Revolución francesa</i> , por Miguel S. Oliver....                                 | 115          |
| <i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....                                                         | 143          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                     | 169          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....                                                          | 198          |

# LIBROS PUBLICADOS

POR

# LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,  
López de Hoyos, 6.—MADRID

| N.º del Catál.º                                                                                                                   | Pesetas | N.º del Catál.º                                                                                                                                                                         | Pesetas |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 513-514. <b>Aguanno.</b> —La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).                                                | 15      | 112 — La Quiebra de César Birotteau. ....                                                                                                                                               | 3       |
| 176 — La Reforma integral de la legislación civil..                                                                               | 4       | 62 — Papá Goriot.....                                                                                                                                                                   | 3       |
| 177 <b>Alcofurado.</b> — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....           | 3       | 76 — Ursula Mirouet.....                                                                                                                                                                | 3       |
| 315 <b>Amiel.</b> —Diario íntimo..                                                                                                | 9       | 2 <b>Barbey d'Aurevilly.</b> — El Cabecilla. ....                                                                                                                                       | 3       |
| 178 <b>Anónimo.</b> —¿Académicas?                                                                                                 | 1       | 12 — El Dandismo y Jorge Brummel.. ....                                                                                                                                                 | 3       |
| 179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....                                                                                     | 1       | 131 — La Hechizada. ....                                                                                                                                                                | 3       |
| 327-328 <b>Antoine.</b> —Curso de Economía Social, 2 vols.                                                                        | 16      | 120 — Las Diabólicas. ....                                                                                                                                                              | 3       |
| 183 <b>Araujo.</b> —Goya.....                                                                                                     | 3       | 124 — Una historia sin nombre.....                                                                                                                                                      | 3       |
| 180 <b>Arenal.</b> — El Delito colectivo.....                                                                                     | 1,50    | 110 — Venganza de una mujer.....                                                                                                                                                        | 3       |
| 182 — El Derecho de gracia.                                                                                                       | 3       | 495 — <b>Barthelemy-Saint-Hilaire.</b> —Buda y su religión.....                                                                                                                         | 7       |
| 181 — El Visitador del preso.                                                                                                     | 3       | 130 <b>Baudelaire.</b> — Los paraísos artificiales. ....                                                                                                                                | 3       |
| 323 <b>Arnó.</b> —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....                              | 7       | 163 <b>Becerro de Bengoa.</b> — Trueba. ....                                                                                                                                            | 1       |
| 114 <b>Arnold.</b> — La crítica en la actualidad.....                                                                             | 3       | 174 <b>Bergeret.</b> — Eugenio Mouton (Merinos) ....                                                                                                                                    | 1       |
| 172 <b>Asensio.</b> —Fernán Caballero.....                                                                                        | 1       | 353 <b>Boccardo.</b> —Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio..... | 10      |
| 39 — Martín Alonso Pinzón.                                                                                                        | 3       | 311 <b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....                                                                                      | 8       |
| 184 <b>Asser.</b> — Derecho Internacional privado.....                                                                            | 6       | 380 — La Oposición bajo los Césares.....                                                                                                                                                | 7       |
| 368 <b>Bagehot.</b> — La Constitución inglesa.....                                                                                | 7       | 525 <b>Bouchot.</b> —Historia de la literatura antigua.....                                                                                                                             | 6       |
| 391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia..... | 4       | 169 <b>Bourget.</b> —Hipólito Taine.....                                                                                                                                                | 0,50    |
| 416 <b>Baldwin.</b> —Elementos de Psicología.....                                                                                 | 8       | 395 <b>Bréal.</b> —Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones). ....                                                                                                          | 5       |
| 111 <b>Balzac.</b> —César Birotteau                                                                                               | 3       |                                                                                                                                                                                         |         |
| 54 — Eugenia Grandet....                                                                                                          | 3       |                                                                                                                                                                                         |         |

| N.º del<br>Catal.º                                                                             | Pesetas | N.º del<br>Catal.º                                                                                                                           | Pesetas |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....                                            | 7       | la mujer en la familia.                                                                                                                      | 3       |
| 399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....                                                 | 2       | 40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. .. .                                                                                                      | 3       |
| 484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....           | 7       | 26 — La tema de Juan Tozudo                                                                                                                  | 3       |
| 505-526 Bryce. — La República Norteamericana, tomos I y II.....                                | 13      | 93 — Meta Holdeins.....                                                                                                                      | 3       |
| 367 Bunge. — La Educación..                                                                    | 12      | 18 — Mis Rovel.....                                                                                                                          | 3       |
| 185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....       | 14      | 91 — Paula Meré.....                                                                                                                         | 3       |
| 187 Buylla. — Economía.....                                                                    | 12      | 297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..                                                                  | 15      |
| 520 Cambronero. — Las Cortes de la Revolución..                                                | 4       | 59 Daudet. — Cartas de mi molino.....                                                                                                        | 3       |
| 36-37 Campe. — Historia de América (dos tomos)..                                               | 6       | 125 — Cuentos y fantasías..                                                                                                                  | 3       |
| 156 Campoamor. — Cánovas.                                                                      | 1       | 13-14 — Jack (dos tomos)..                                                                                                                   | 6       |
| 79 — Doloras, cantares y humoradas. . . . .                                                    | 3       | 22 — La Evangelista.....                                                                                                                     | 3       |
| 69 — Ternezas y flores.....                                                                    | 3       | 38 — El sitio de París.....                                                                                                                  | 3       |
| 317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa (tres tomos).....                                | 24      | 46 — Novelas del lunes....                                                                                                                   | 3       |
| 393 — Pasado y presente....                                                                    | 7       | 425 Dollinger. — El Pontificado .....                                                                                                        | 6       |
| 189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte..                                            | 3       | 166 Dorado. — Concepción Arenal.....                                                                                                         | 1       |
| 102 Caro. — Costumbres literarias.....                                                         | 3       | 33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....                                                                                                 | 3       |
| 140 — El Derecho y la fuerza.                                                                  | 3       | 301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..                                                                                           | 9       |
| 58 — El pesimismo en el siglo XIX.....                                                         | 3       | 402 Dumas. — Actea.....                                                                                                                      | 2       |
| 65 — El suicidio y la civilización.....                                                        | 3       | 340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.                                                                      | 7       |
| 363 — La filosofía de Goethe                                                                   | 6       | 326 Emerson. — La ley de la vida .....                                                                                                       | 5       |
| 293 Castro. — El libro de los galicismos.....                                                  | 3       | 332 — Hombres simbólicos. .                                                                                                                  | 4       |
| 394 Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países..... | 6       | 413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....                                                                           | 3,50    |
| 190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....                         | 15      | 442 — Inglaterra y el carácter inglés.....                                                                                                   | 4       |
| 437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....                                             | 2       | 459 — Los veinte ensayos...                                                                                                                  | 7       |
| 64 Coppée. — Un idilio.....                                                                    | 3       | 516 Ellen Key. — El amor y el matrimonio.....                                                                                                | 6       |
| 404 Couperus. — Su Majestad.                                                                   | 3       | 342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias..... | 4       |
| 361 Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado .....           | 10      | 162 Fernán Flor. — Tamayo..                                                                                                                  | 1       |
| 515 Chassay. — Los deberes de                                                                  |         | 158 — Zorrilla.....                                                                                                                          | 1       |
|                                                                                                |         | 155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch .....                                                                                                   | 1       |
|                                                                                                |         | 92 Ferrán. — Obras completas                                                                                                                 | 3       |
|                                                                                                |         | 42 Ferry. — Estudios de Antropología.....                                                                                                    | 3       |
|                                                                                                |         | 329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.                                             | 5       |

| N.º del Catál.º                                                                                                                                          | Pesetas | N.º del Catál.º                                                                             | Pesetas |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|---------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 352 <b>Finot.</b> —Filosofía de la longevidad.....                                                                                                       | 5       | librecambio.....                                                                            | 9       |
| 357 <b>Fitzmaurice - Kelly.</b> —Historia de la Literatura española.....                                                                                 | 10      | 421 — Problemas Sociales..                                                                  | 5       |
| 24 <b>Flaubert.</b> —Un corazón sencillo.....                                                                                                            | 3       | 261 <b>Giddings.</b> —Principios de Sociología.....                                         | 10      |
| 390 <b>Flint.</b> —La Filosofía de la Historia en Alemania..                                                                                             | 7       | 414 — Sociología inductiva.                                                                 | 6       |
| 196-197 <b>Fouillée.</b> —Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> )                                                                                  | 12      | 485 <b>Girard.</b> —La Elocuencia ática.....                                                | 4       |
| 195 — La ciencia social contemporánea.....                                                                                                               | 8       | 286 <b>Giuriati.</b> —Los errores judiciales.....                                           | 7       |
| 194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..                                                                                  | 7       | 164 <b>Gladstone.</b> —Lord Macaulay.....                                                   | 1       |
| 451-452—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> )                                                                                          | 12      | 287 <b>Goethe.</b> —Memorias.....                                                           | 5       |
| 333 <b>Fournier.</b> —El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....                                     | 3       | 406 <b>Gonblanc.</b> —Historia general de la Literatura.                                    | 6       |
| 198-199 <b>Framarino dei Malatesta.</b> —Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....                                             | 15      | 21 <b>Goncourt.</b> —Germinia Lacerteux.....                                                | 3       |
| 509 <b>Fromentin.</b> —La pintura en Bélgica y Holanda..                                                                                                 | 6       | 204 — Historia de María Antonieta.....                                                      | 7       |
| 302-303 <b>Gabba.</b> —Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> )..                                                              | 15      | 44 — La Elisa.....                                                                          | 3       |
| 307 <b>Garnet.</b> —Historia de la Literatura italiana....                                                                                               | 9       | 61 — La Faustín.....                                                                        | 3       |
| 201 <b>Garofalo.</b> —Indemnización á las víctimas del delito.....                                                                                       | 4       | 129 — La señora Gervaisais..                                                                | 3       |
| 200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli..... | 10      | 318 — Las favoritas de Luis XV.....                                                         | 6       |
| 202 — La superstición socialista.....                                                                                                                    | 5       | 6 — Querida.....                                                                            | 3       |
| 507 — El delito como fenómeno social.....                                                                                                                | 4       | 11 — Renata Mauperín....                                                                    | 3       |
| 98 <b>Gautier.</b> —Bajo las bombas prusianas.....                                                                                                       | 3       | 358 — La Du-Barry.....                                                                      | 4       |
| 167 — Enrique Heine.....                                                                                                                                 | 1       | 206 <b>González.</b> —Derecho usual                                                         | 5       |
| 132 — Madama de Girardin y Balzac.....                                                                                                                   | 3       | 282-283 <b>Goodnow.</b> —Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....         | 14      |
| 121 — Nerval y Baudelaire..                                                                                                                              | 3       | 207 <b>Goschen.</b> —Teoría de los cambios extranjeros... ..                                | 7       |
| 70 <b>Gay.</b> —Los Salones célebres.....                                                                                                                | 3       | 208 <b>Grave.</b> —La sociedad futura.....                                                  | 8       |
| 345 <b>George.</b> —Protección y                                                                                                                         | 3       | 469, 470, 461 - 462. <b>Green.</b> —Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> )..... | 25      |
|                                                                                                                                                          |         | 209 <b>Gross.</b> —Manual del juez.                                                         | 12      |
|                                                                                                                                                          |         | 502 <b>Guizot.</b> —Abelardo y Eloísa.....                                                  | 7       |
|                                                                                                                                                          |         | 210 <b>Gumpowicz.</b> —Derecho político filosófico.....                                     | 10      |
|                                                                                                                                                          |         | 211 — Lucha de razas.....                                                                   | 8       |
|                                                                                                                                                          |         | 330—Compendio de Sociología                                                                 | 9       |
|                                                                                                                                                          |         | 212 <b>Guyau.</b> —La educación y la Herencia.....                                          | 8       |
|                                                                                                                                                          |         | 331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....    | 12      |
|                                                                                                                                                          |         | 471 <b>Hailman.</b> —Historia de la Pedagogía.....                                          | 2       |
|                                                                                                                                                          |         | 290 <b>Hamilton.</b> —Lógica parlamentaria.....                                             | 2       |
|                                                                                                                                                          |         | 213 <b>Hausonville.</b> —La juventud de Lord Byron.                                         | 5       |

| N.º del Catál.º                                                            | Pesetas |
|----------------------------------------------------------------------------|---------|
| 324 Heiberg. — Novelas Danesas .....                                       | 3       |
| 41 Heine. — Memorias.....                                                  | 3       |
| 314 — Alemania.....                                                        | 6       |
| 396 Höffding. — Psicología experimental.....                               | 9       |
| 426 Hume. — Historia de la España contemporánea..                          | 8       |
| 412 — Historia del Pueblo Español.....                                     | 9       |
| 214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....                              | 4       |
| 316 Huxley. — La educación y las ciencias naturales..                      | 6       |
| 43 Ibsen. — Casa de muñeca.                                                | 3       |
| 53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....                                     | 3       |
| 423 Jitta. — Método de Derecho internacional.....                          | 9       |
| 217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.                      | 7       |
| 219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.                           | 3       |
| 295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....                          | 2,50    |
| 322 Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres.....                          | 6       |
| 299 Krüger. — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....       | 7       |
| 517 Lagerlof. — El esclavo de su finca.....                                | 3       |
| 220 Lange. — Luis Vives....                                                | 2,50    |
| 454 Larcher y Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato... | 5       |
| 221 Laveleye. — Economía política.....                                     | 7       |
| 369 — El Socialismo contemporáneo.....                                     | 8       |
| 319 Lemcke. — Estética.....                                                | 8       |
| 288 Lemonnier. — La Carnicería (Sedán).....                                | 3       |
| 321 Leroy-Beaulieu. — Economía política.....                               | 8       |
| 474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización.....              | 7       |
| 434 Lewis-Pattée. — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....    | 8       |
| 222 Lombroso. — La Escuela criminológico-positivista.....                  | 7       |
| 385-386 — Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....                         | 15      |
| 382 Liesse. — El trabajo des-                                              |         |

| N.º del Catál.º                                                                        | Pesetas |
|----------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| de el punto de vista científico, industrial y social                                   | 9       |
| 223 Lubbock. — El empleo de la vida. ....                                              | 3       |
| 438 Macaulay. — Estudios jurídicos.....                                                | 6       |
| 294 — La Educación.....                                                                | 7       |
| 305-306 — Vida, memorias y cartas ( <i>dos tomos</i> ).....                            | 14      |
| 460 Mac-Donald. — El criminal tipo.....                                                | 3       |
| 224 Manduca. — El Procedimiento penal.....                                             | 5       |
| 504-510-522 Marshall. — Tratado de Economía política ( <i>tres tomos</i> ).....        | 21      |
| 225-226-227 Martens. — Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> ) | 22      |
| 424 — Tratado de Derecho internacional. — Apéndice. — La Paz y la guerra...            | 8       |
| 410 Martín. — La Moral en China.....                                                   | 4       |
| 481 Mattiolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....                           | 10      |
| 173 Maupassant. — Emilio Zola.....                                                     | 1       |
| 375 Max-Muller. — La ciencia del lenguaje .....                                        | 8       |
| 298 — Origen y desarrollo de la religión.....                                          | 7       |
| 366 — Hist. de las religiones.                                                         | 8       |
| 455 — La Mitología comparada.....                                                      | 7       |
| 160 Menéndez y Pelayo. — Martínez de la Rosa...                                        | 1       |
| 152 — Núñez de Arce.....                                                               | 1       |
| 284 Meneval. — María Estuardo.....                                                     | 6       |
| 383 Mercier. — Curso de Filosofía: Lógica.....                                         | 8       |
| 387-388 — Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....                                         | 12      |
| 392 — Ontología.....                                                                   | 10      |
| 427 — Criteriología general.                                                           | 9       |
| 418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..                                           | 2       |
| 118 Merimée. — Colomba....                                                             | 3       |
| 133 — Mis perlas .....                                                                 | 3       |
| 450 Merkel. — Derecho penal.                                                           | 10      |
| 230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....                    | 15      |
| 296 Mommsen. — Derecho público romano.....                                             | 12      |

| N.º del Catal.º                                                        | Pesetas |
|------------------------------------------------------------------------|---------|
| 440-373 — Derecho penal romano (dos tomos).....                        | 18      |
| 398 Mouton. — El deber de castigar.....                                | 4       |
| 170 Molins. — Bretón de los Herreros.....                              | 1       |
| 492 Morley. — Estudios sobre grandes hombres.....                      | 5       |
| 295 Murray. — Historia de la Literatura clásica griega                 | 10      |
| 312 Nansen. — Hacia el Polo.                                           | 6       |
| 472 Nardi-Greco. — Sociología jurídica.....                            | 9       |
| 232 Neera. — Teresa.....                                               | 3       |
| 233 Neumann. — Derecho Internacional público moderno.....              | 6       |
| 490 Nisard. — Los cuatro grandes historiadores latinos.....            | 4       |
| 308 Nietzsche. — Así hablaba Zaratustra.....                           | 7       |
| 335 — Más allá del bien y del mal.....                                 | 5       |
| 336 — La Genealogía de la moral.....                                   | 3       |
| 350 — Humano, demasiado humano.....                                    | 6       |
| 370 — Aurora.....                                                      | 7       |
| 405 — Ultimos opúsculos...                                             | 5       |
| 431 — La Gaya ciencia.....                                             | 6       |
| 466 — El viajero y su sombra.....                                      | 6       |
| 497 Nourrison. — Maquiavelo                                            | 3       |
| 355 Novicow. — Los despilfarreros de las Sociedades modernas.....      | 8       |
| 365 — El porvenir de la raza blanca.....                               | 4       |
| 407 — Conciencia y voluntad sociales.....                              | 6       |
| 478 — La guerra y sus pretendidos beneficios....                       | 1,50    |
| 473 Papini. — Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.                  | 3       |
| 157 Pardo Bazán. — Alarcón.                                            | 1       |
| 171 — Campoamor... ..                                                  | 1       |
| 151 — El P. Luis Coloma...                                             | 2       |
| 168 Passarge. — Ibsen.....                                             | 1       |
| 483 Perrot. — Derecho público de Atenas.....                           | 4       |
| 161 Picón. — Ayala.....                                                | 1       |
| 417 Potapenko. — La novela de un hombre sensato..                      | 2       |
| 379, 432 y 433 Prevost Paradol. — La Historia Universal (tres tomos).. | 16      |

| N.º del Catal.º                                                                                                                                 | Pesetas |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 384 Quinet. — El Espíritu nuevo.....                                                                                                            | 5       |
| 235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....                                                                                                | 6       |
| 236 — La Vida de los Santos. 56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....                                                                          | 6       |
| 422 Ribbing. — La higiene sexual.....                                                                                                           | 3       |
| 237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas (dos tomos).                                                                                            | 20      |
| 397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519. — Ricci. Derecho civil (veinte tomos)..... | 140     |
| 285 Rod. — El silencio.....                                                                                                                     | 3       |
| 409 Roguin. — Las Reglas jurídicas.....                                                                                                         | 8       |
| 415 Roosevelt. — New-York.                                                                                                                      | 4       |
| 523 Rossi. — Sociología y Psicología colectiva.....                                                                                             | 6       |
| 453 Rozan. — Locuciones, proverbios.....                                                                                                        | 3       |
| 346 Ruskin. — Las siete lámparas de la arquitectura                                                                                             | 7       |
| 446-439 — Obras escogidas, (dos tomos).....                                                                                                     | 13      |
| 122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....                                                                                                    | 3       |
| 441 — Estudios sobre Virgilio                                                                                                                   | 5       |
| 49 — Tres mujeres.....                                                                                                                          | 3       |
| 512 Saisset. — Descartes, sus precursores y sus discípulos.....                                                                                 | 7       |
| 381 Sansonetti. — Derecho constitucional.....                                                                                                   | 9       |
| 518 Sarcey. — Crónica del Sitio de París.....                                                                                                   | 6       |
| 84 Sardou. — La Perla Negra                                                                                                                     | 3       |
| 242-314-372 Schopenhauer. El mundo como voluntad y como representación (tres tomos).....                                                        | 30      |
| 241 — Fundamentos de la moral.....                                                                                                              | 5       |
| 465 — Ensayos sobre Religión, Estética.....                                                                                                     | 4       |
| 464 — La nigromancia.....                                                                                                                       | 3       |
| 458 — Estudios de Historia filosófica.....                                                                                                      | 4       |
| 448 — Eudemonología.....                                                                                                                        | 5       |
| 508 Scheel y Mombert. — La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....                                                    | 4       |

| N.º del Catál.º                                                           | Pe   |
|---------------------------------------------------------------------------|------|
| 511 Schuré. — Historia del drama musical.....                             | 5    |
| 524 — Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....                          | 6    |
| 401 Sienkiewicz. — Orso. En vano.....                                     | 2    |
| 430 Sieroszewski. — Yang-Hun-Tsy.....                                     | 2    |
| 320 Sohm. — Derecho privado romano.....                                   | 14   |
| 378 Sombart. — El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....   | 3    |
| 256 Spencer. — De las leyes en general.....                               | 8    |
| 247 — La moral.....                                                       | 7    |
| 253 — El organismo social..                                               | 7    |
| 254 — El progreso.....                                                    | 7    |
| 257 — Ética de las prisiones.                                             | 8    |
| 255 — Exceso de legislación.                                              | 7    |
| 248 — La beneficencia.....                                                | 4    |
| 246 — La justicia.....                                                    | 7    |
| 260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...  | 9    |
| 249 — Las instituciones eclesiásticas.....                                | 6    |
| 251-252 — Las instituciones políticas ( <i>dos tomos</i> )...             | 12   |
| 258-259 — Los datos de la Sociología ( <i>dos tomos</i> )....             | 7    |
| 250 — Las instituciones sociales.....                                     | 7    |
| 343 — Las instituciones profesionales.....                                | 12   |
| 351 — Las instituciones industriales.....                                 | 4    |
| 488-489 Squillace. — Las doctrinas sociológicas ( <i>dos tomos</i> )..... | 8    |
| 362 Starcke. — La Familia en las diferentes sociedades                    | 10   |
| 262 Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho...                      | 5    |
| 341 Stirner. — El Único y su propiedad.....                               | 12   |
| 376-377 Stourm. — Los Presupuestos ( <i>dos tomos</i> )..                 | 9    |
| 475 Strafforello. — Después de la muerte.....                             | 15   |
| 449 Stuart-Mill. — Estudio sobre la religión.....                         | 3    |
| 291 Sudermann. — El Deseo.                                                | 4    |
| 263 Sumner-Maine. — El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....      | 3,50 |
|                                                                           | 7    |

| N.º del Catál.º                                                                            | Pesetas |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 264 — La guerra según el Derecho internacional.                                            | 4       |
| 266 — Las instituciones primitivas.....                                                    | 7       |
| 267 Supino. — Derecho mercantil.....                                                       | 12      |
| 403 Suttner. — High-Life...                                                                | 3       |
| 106 Taine. — Florencia.....                                                                | 3       |
| 268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa ( <i>cinco tomos</i> )....        | 34      |
| 74 — La pintura en los Países Bajos.....                                                   | 3       |
| 310 — Notas sobre París....                                                                | 6       |
| 104-105 — Roma ( <i>dos tomos</i> ).                                                       | 6       |
| 107 — Venecia.....                                                                         | 3       |
| 334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea ( <i>cinco tomos</i> )..... | 36      |
| 359 — Los filósofos del siglo XIX.....                                                     | 6       |
| 521 — Tito Livio.....                                                                      | 4       |
| 272 Tarde. — El duelo y el delito político.....                                            | 3       |
| 273 — La criminalidad comparada.....                                                       | 3       |
| 271 — Las transformaciones del Derecho.....                                                | 6       |
| 500-506 — Filosofía penal ( <i>dos tomos</i> ).....                                        | 14      |
| 339-360 Todd. — El gobierno parlamentario en Inglaterra ( <i>dos tomos</i> ).....          | 15      |
| 400 Tehekhof. — Un Duelo..                                                                 | 1       |
| 239 Thorold Rogers. — Sentido económico de la Historia.....                                | 10      |
| 134 Tchong-Ki-Tong. — La China contemporánea..                                             | 3       |
| 5 Tolstoy. — Dos generaciones.....                                                         | 3       |
| 7 — El ahorcado.....                                                                       | 3       |
| 71 — El camino de la vida..                                                                | 3       |
| 63 — El canto del cisne....                                                                | 3       |
| 77 — El dinero y el trabajo.                                                               | 3       |
| 10 — El Príncipe Nekhli..                                                                  | 3       |
| 81 — El trabajo.....                                                                       | 3       |
| 15 — En el Cáucaso.....                                                                    | 3       |
| 115 — Fisiología de la guerra                                                              | 3       |
| 52 — Iván el imbécil.....                                                                  | 3       |
| 117 — La escuela.....                                                                      | 3       |
| 1 — La sonata á Kreutzer.                                                                  | 3       |
| 95 — Lo que debe hacerse..                                                                 | 3       |
| 48 — Los Cosacos.....                                                                      | 3       |
| 90 — Los hambrientos.....                                                                  | 3       |
| 3 — Marido y mujer.....                                                                    | 3       |